

CATHERINE
BROOK
L

A man with short brown hair and a light beard is seated in an ornate, light-colored wooden armchair with a dark red velvet cushion. He is dressed in 18th-century style clothing: a black coat over a mustard yellow waistcoat, a white cravat, and black breeches with black leather boots. He is leaning back, resting his head on his left hand and his right hand on his knee, looking directly at the camera with a slight smile. The background is dark, and the floor is covered with a red and black patterned rug.

LA APUESTA
ARRIESGADA
DEL CONDE

La apuesta arriesgada del conde

Catherine Brook

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Había tres cosas que lady Rebecca Astor amaba:

Las matemáticas, el té sin azúcar y la venganza. Esta última, en particular, era la que más satisfacción le causaba.

Venganza, dulce venganza.

Sonrió con perversidad mientras veía, a través de las hojas del árbol que la ocultaba, cómo Helen Morgan se adentraba en el jardín, mirando con cautela a su alrededor. Sería una desgracia que atraparan a una jovencita como ella, sin mayor atractivo que una cara común y un linaje apenas aceptable, vagando sola por el jardín. Al no tener a nadie importante que la respaldase, su reputación se arruinaría.

Esa sería una buena venganza dada la afrenta.

Pero Rebecca no era de las que pagaba con la misma moneda. Ella prefería un desquite más elaborado, con consecuencias quizás visiblemente no tan graves, pero emocionalmente destructoras. Quería que se acordara el resto de su vida por qué no debía meterse con las hermanas Astor. Quería que, si no que se arrepintiera, porque dudaba que alguna vez una víbora como ella pudiera llegar a sentir algo semejante, sí que lamentara haberle arruinado la vida a Rosemary, aunque fuera porque su hermana se lo hizo pagar.

Mientras la observaba, se preguntó cuál sería el tiempo ideal para dejarla esperando a un pretendiente que no iba a llegar. ¿Diez minutos? ¿Quince? ¿Treinta? No, no se arriesgaría a tanto, y Rebecca tampoco podía hacerlo. Había notado, por las cartas que habían intercambiado, que Helen había prendado de ese hombre imaginario que le escribía poesía y le hacía promesas de matrimonio, pero no era lo suficientemente tonta para arriesgar su reputación solo por conocerlo. Quince minutos de espera y ansiedad estarían bien.

Mientras la observaba mirar de un lado a otro, se deleitó imaginando su cara cuando Rebecca le dijera que ese hombre con el que llevaba meses escribiéndose no existía, que todo había sido solo un juego de su parte. Si conocía lo suficiente a Helen, intentaría

fingir que no le importaba, haría una mueca de disgusto y se marcharía. Pero Rebecca sabía que sí le importaría, lo sabía porque había leído sus cartas.

Desde que su primo la había dejado sin dote —con justa razón—, Helen Morgan no había tenido ningún pretendiente. Por eso, que uno apareciera de la nada manifestándole interés por cartas no generó en ella ninguna sospecha; al contrario, la ilusionó tanto que mostró su debilidad: la desesperación. Durante dos meses, Rebecca la había endulzado con poemas sacados de los viejos libros de su hermana, palabras bonitas que Alison le ayudaba a redactar, y promesas de que, cuando estuviera seguro de su cariño, se presentaría ante ella. Helen le había dejado muy en claro su cariño, así que era momento de presentarse ante ella.

Contuvo una carcajada de júbilo. Quizás Hattie le diría que estaba actuando mal, tal vez otros opinaran lo mismo, pero Rebecca no podía sentir empatía por quien había arruinado la vida de su hermana. Y no era que Rosemary le hubiera pedido que se vengara, al contrario. Rebecca había estado leyendo con afán sus cartas, en donde, después de dos meses, parecía que ese matrimonio que Helen orquestó, con malicia y envidia, entre su hermana y el barón de Mowbrat no iba a terminar en tragedia. Rosemary no se lo había dicho, pero Rebecca concluyó que su gemela se estaba enamorando del hombre que hacía poco creía que la iba a matar —Rebecca tenía que admitir que tres esposas muertas en su historial no era una perspectiva alentadora—. Sin embargo, aunque Rosemary ya no tenía motivo para odiar a Helen, Rebecca creía que si a una persona no se le enseñaba que las acciones tenían consecuencias, esta se creería con poder para seguir haciendo su voluntad.

Y eso no iba a volver a pasar. No con las hermanas Astor.

Observó el reloj de bolsillo que le había robado a su hermano. Habían pasado diez minutos. Helen empezaba a impacientarse. Sus manos arrugaban su falda y su expresión mostraba un ligero tinte de prisa. Cinco minutos más y saldría. Se regocijó como una niña a punto de cometer una travesura. No podía dejar de imaginarse la cara de Helen. Intentaría ocultar su decepción, no había duda de ello, pero dudaba que pudiera hacerlo del todo, y para ella era

suficiente apreciar por un segundo su expresión triste para darse por satisfecha.

Cuatro minutos más.

Si tenía un poco de suerte, la conmoción sería tal que Rebecca tendría más que unos pocos segundos para regocijarse.

Tres minutos.

Si era muy afortunada, Helen perdería el control e incluso lloraría. Sería algo poético y divino, considerando todo lo que lloró Rosemary por su culpa.

Dos minutos.

Estaba a punto de dar saltitos de alegría. La anticipación llenaba sus venas de un placer macabro.

Un minuto.

Había llegado el momento.

Rebecca empezó a salir con lentitud de su escondite, haciendo tiempo deliberado para prolongar la agonía de su víctima. Estaba solo a unos pasos cuando Helen jadeó, no porque la hubiese visto, sino porque alguien más se acercaba.

Un hombre.

Con rapidez, Rebecca volvió a ocultarse. ¿Qué diablos...?

Mientras caminaba por los amplios jardines de lady Marlborough, Patrick Langdon se dijo a sí mismo que se estaba tomando muchas molestias por una mujer.

Sin embargo, también se recordó que no era cualquier mujer: era Rebecca Astor. Un buen partido por donde se mirase, aunque más escurridiza que arena entre los dedos.

Patrick observó con cuidado a su alrededor, preguntándose dónde estaría la dama que le debía el próximo baile, y si no se habría confundido cuando creyó verla salir por la terraza hacia los jardines.

Rebecca Astor era, sin duda, un dolor de cabeza. Pero él estaba acostumbrado a mujeres que le daban dolores de cabeza. También estaba habituado a dárselos a sí mismo, así que, a diferencia de otros, su renuencia nunca le había supuesto mayor inconveniente.

A lo lejos, divisó un vestido violeta. Al principio, creyó que al fin había dado con la esquiwa joven. No obstante, esa impresión solo le

duró un segundo. La dama que se encontraba a unos pasos de él tenía los cabellos castaños, no rubios, y su vestido vaporoso y a la moda no se asemejaba a la simpleza y austeridad que caracterizaba a lady Rebecca.

Porque era una dama particular, ya lo había notado.

Muchos lo habían notado.

Solo que, a diferencia de otros, a él no le importaba. Desde hacía unos años, Patrick prefería evaluar cada situación en ventajas y desventajas, y las extrañezas de Rebecca no eran nada comparadas con su dote y posición.

Se dispuso a dar media vuelta para marcharse. Una cosa era ir a buscar a la huidiza dama que quería cortejar, y otra diferente arriesgarse a que alguien lo viera en el jardín con una joven, posiblemente soltera, cuyo estatus social desconocía. Si terminaba forzado a un matrimonio, prefería que fuera uno conveniente.

No había terminado de girarse cuando un jadeo de sorpresa le indicó que había tardado demasiado en reaccionar.

Consideró la idea de fingir demencia y continuar su camino, pero, ante todo, era un caballero educado. Alzó la mirada para identificar a la dueña del jadeo y casi maldice en voz alta cuando la reconoció.

Helen Morgan.

Ella no era, desde ninguna perspectiva, un buen partido. Y también estaba lo suficientemente desesperada para que cada segundo a solas con ella resultara muy peligroso. Patrick debía salir de allí.

—Lord Middleton, oh, Dios, no imaginé que fuera usted —dijo.

Sus mejillas se tiñeron de un rubor sospechoso.

¿Por qué hablaba como si lo estuviera esperando?

—Señorita Morgan, yo...

—Solo en mis mayores fantasías, un hombre como usted se fijaría en mí. Veo que los sueños pueden cumplirse.

Patrick parpadeó, confundido. No entendía de qué le estaba hablando, y su instinto le gritaba que era mejor marcharse sin saberlo.

—Creo que es conveniente que me marche.

Su expresión se convirtió en horror. Ella se aferró a su brazo con excesiva confianza.

—¿Se ha arrepentido?

¿Arrepentido de qué?

—¿No le dejé claro por las cartas mi afecto por usted?

—Señorita Morgan...

Quería preguntarle de qué diablos estaba hablándole, pero le estaba costando ordenar las palabras, y ella parecía dispuesta a no dejarlo hablar.

—Sé que el tema de mi falta de dote puede ser desalentador —continuó—, sin embargo, creo que, ante un hombre de su distinguida categoría, mi primo puede ceder un poco. Está algo molesto conmigo en este momento, pero estoy segura de que no le negará mi mano. Tiene que escribirle con prontitud y, si no le responde, tendrá que ir a buscarlo al norte. No creo que lo último sea un problema para usted, ¿verdad?

—No...

«No entiendo», quiso decir, pero, de nuevo, ella lo interrumpió.

—¡Lo imaginé! —dijo con alegría—. Si consigue su autorización pronto, podremos casarnos justo al final de la temporada. Me gustaría que así fuese. No soportaría pasar otro año soltera.

¿Matrimonio?

El corazón de Patrick se aceleró, advirtiéndole de un peligro que aún no terminaba de entender. Le estaba hablando de matrimonio, no como si estuviese a punto de tenderle una trampa, pues no había señales de ello, sino como si él hubiera aceptado, en algún momento, casarse con ella.

¡Pero si apenas habían cruzado palabra antes!

De hecho, recordaba que era una de las jóvenes que se esmeraba en evitar. Aunque Patrick se consideraba un partido decente debido a su título, y quizás también porque su madre había tomado la insensata decisión de casarse con un hombre muy poderoso, no tenía unas arcas demasiado abundantes, por lo que era selectivo respecto a qué damas perseguir, o a cuáles dejar que lo persiguieran.

Tal vez la conveniencia no fuera la base más romántica para iniciar un matrimonio, pero los años habían demostrado que sí era una de las más sólidas, y Patrick ya había cometido muchos errores en el pasado como para casarse solo por amor. No era algo que descartara ni repudiara, pero si el romance venía acompañado de una joven con buena dote, estaría infinitamente agradecido. Hacía ocho años, se había quedado sin casa en Londres y con una deuda al duque de Gritsmore que no lo había mandado a la cárcel de deudores por pura benevolencia del destino, y ayuda de su madre. Había pagado la deuda y había llegado el momento de rellenar sus arcas en un período corto. Nadie de los que vivían en esa mansión lo juzgaría.

Su adorable y gentil padrastro incluso aprobaría la idea.

Patrick solo quería paz, y una novia rica se la daría.

La señorita Morgan no era esa novia, y él tenía que salir de allí.

—Señorita Morgan...

—Helen —interrumpió ella—. Me comentó varias veces que le gustaba mi nombre.

Esa conversación estaba cada vez más extraña. Evidentemente lo confundía con alguien, pero no entendía cómo. O le faltaba una información, o, en definitiva, la dama que tenía enfrente estaba perdiendo el juicio.

—No podemos estar aquí solos.

Necesitaba hacerla entrar en razón.

—Es verdad, ha pasado mucho tiempo —comentó ella, pensativa—. Demoró un poco en salir, ¿su familia lo retuvo? ¿Sospechan de lo nuestro? Entiendo por qué la relación no les parezca conveniente, pero le prometo que, una vez sea su esposa, me esforzaré por agradarles. Los duques me amarán una vez se convenzan de que seré una excelente condesa.

Patrick lo dudaba. A su padrastro, el duque de Gritsmore, le agradaban muy pocas personas, y el número de las que le desagradaban era aun menor, pues para que el duque llegara a sentir desprecio por alguien, este primero tendría que haber demostrado ser lo suficientemente importante para merecer su atención, algo que, con el ego del Gritsmore, no sucedía casi nunca.

Su madre, por su parte, podría aceptar con resignación aprendida cualquier decisión insensata que Patrick tomase, no sin antes advertirle que estaba cometiendo una tontería y que tendría que cargar con las consecuencias él solo.

Eran dos personas poco impresionables, y la señorita Morgan no recibiría de ellos más que indiferencia y, con suerte, cordial educación.

Pero, ¿qué importaba? Él no pensaba casarse con ella.

Consideró la prudencia de obligarla a escucharlo para aclarar cuál fuera el malentendido. No obstante, hacerlo significaba quedarse más tiempo a solas con ella, lo cual era muy contraproducente. Por otra parte, no hacerlo era igual de peligroso, pues ella podría ir diciendo por allí que él iba a pedir su mano.

Su madre alguna vez le comentó que tenía un don para buscarse problemas, y era verdad, pero empezaba a creer que también tenía un don para atraerlos.

No podía concebir cómo había terminado en esa situación.

—Señorita Morgan...

—Helen —corrigió y soltó una risita—. No lo imaginé tan penoso, lord Middleton. Tengo que irme, pero anotaré su nombre en el último baile, y mañana mi madre estaría encantada de recibirlo.

No lo dejó responder. Desapareció con la rapidez de un halcón, o quizás fue Patrick quien, conmocionado, no atinó a reaccionar a tiempo.

¿Estaría ante una nueva técnica de las señoritas solteras para forzar la atención de un caballero? Ante tales proposiciones, sin duda sería difícil para un hombre que presumiese de cordial negarse, sobre todo cuando la dama no daba espacio a escuchar palabra.

—Maldita sea —musitó.

Helen Morgan ni siquiera le agradaba, y no solo porque su falta de dote hacía que se sintiera desalentado a cortejarla, sino que su carácter no tenía nada bueno que destacar. Se comportaba como cualquier joven soltera y desesperada. Intentaba mostrarse sumisa, agradable, pícara, pero no siempre le salía bien. El brillo en sus ojos delataba un ego superior al que su posición le permitía, y cada

palabra de su boca revelaba un temperamento autoritario con el que ningún hombre sensato querría lidiar. Por no decir que no se callaba.

No, no era agradable de trato.

Aunque, si por eso se guiaba, Rebecca Astor tampoco. Pero esta última tenía algo particular en su forma de ser que Patrick aún no lograba encasillar en virtud o defecto.

De lo que sí estaba seguro era que el carácter de ella y la persistencia de él le habían jugado una mala pasada. No debió haberla perseguido hasta el jardín.

Si era que estaba en el jardín.

Pero, ¿cómo iba a imaginar que se iba a encontrar con Helen Morgan? O, mejor dicho, ¿cómo podía saber que le iba a salir con tal absurdo?

—Ni siquiera puedo entender qué pasó —dijo en voz alta—. ¿Qué diablos pasó?

—Que acaba de arruinar mi venganza. Eso pasó.

Patrick siguió el sonido de la voz. La dueña no era otra que Rebecca Astor, quien lo miraba furibunda desde un árbol ubicado en la esquina del jardín.

Bien, al menos ya sabía que sí estaba en el jardín.

Solo era necesario descubrir por qué quería asesinarlo.

Espléndido. Una loca lo consideraba su pretendiente y otra quería matarlo.

Nunca, pero nunca, podría entender el funcionamiento del cerebro de las mujeres.

Capítulo 2

Rebecca no odiaba a los hombres. Tenía un hermano al que apreciaba, y uno que otro familiar masculino que no le desagradaba, sin embargo, tenía la fiel creencia, muy comprobada, de que estos tenían un único e inigualable don: arruinarlo todo.

Ya fuera de forma consciente o inconsciente, siempre lograban destruir algo perfectamente planeado. Y lord Middleton acababa de arruinar una venganza que le había tomado meses planificar.

La rabia fue más fuerte que el sentido común. Salió de su escondite sin meditar las consecuencias solo para tener el placer de observarlo con rabia.

Dos meses. Había pasado dos meses alentando las ilusiones de Helen mediante cartas, todo con el fin de romperle las esperanzas cuando estuviera lo suficientemente enamorada, tal y como ella había roto las esperanzas que tenía su hermana de casarse por amor. Había planeado todo con meticulosidad, ¡y él lo había arruinado!

Vaya ironía de la vida. Su hermana le diría que el destino intentaba evitar que se convirtiera en una persona cruel. Rebecca solo creía que era mala suerte. Muy mala suerte. Pues, ¿cuántas posibilidades había de que un caballero joven, soltero y con título se encontrara con Helen en los únicos quince minutos que estuvo afuera? Ni siquiera parecía que hubiera salido a fumar.

—Lady Rebecca —dijo con galantería, intentando recomponerse de la extraña conversación—. La estaba buscando. Me prometió este baile —aclaró al ver su mirada de desconcierto.

Rebecca observó de reojo su carnet de baile, donde, tal y como dijo, estaba anotado el nombre de lord Middleton para una cuadrilla que debían de estar tocando en ese momento. Rebecca lo había olvidado, aunque tampoco era que le importase. Solo había acepado bailar con él porque si no bailaba con ningún caballero durante toda la fiesta Henrietta se enojaría, y Rebecca la apreciaba lo suficiente para evitar discusiones innecesarias con ella.

Era difícil decirle a una mujer a la que habían presionado toda su vida para que se casara, y que había convertido eso en su única aspiración, que ella no tenía ningún interés o apuro en buscar esposo. No la entendería.

Rebecca sabía que, en sí, su personalidad era difícil de entender para muchos.

Y por eso no se quería casar.

—¿Y le pareció prudente venirme a buscar al jardín? —preguntó con sorna.

—¿A usted le pareció prudente salir sola al jardín? —contraatacó él con una sonrisa burlona que le sacaba hoyuelos en la mejilla.

Ella apretó los labios.

—Ya que la he encontrado, y que temo que nos hemos perdido el baile, quizás podría explicarme qué acaba de suceder. Me ha dado a entender que lo sabe —continuó.

Y Patrick deseaba con ansias una explicación.

Rebecca consideró si dársela o no. No le debía nada. Sí, no negaba que lord Middleton acababa de involucrarse en un problema muy grave. Sin embargo, había sido por completo su culpa. Nadie lo había forzado a ir a ese jardín, ni a quedarse escuchando a Helen.

Bien, a lo mejor, Helen sí lo había forzado un poco. Rebecca admitía que, si hubiera estado en su lugar, tampoco habría sido tan fácil aclarar el malentendido cuando la joven no lo dejaba pronunciar palabra. No obstante, él pudo alzar la voz y obligarla a escucharlo.

Le faltó carácter.

Y a Rebecca le faltó astucia.

De no haber estado tan anonadada observando todo, habría salido de su escondite y confesado la verdad. Eso hubiera silenciado a Helen el tiempo suficiente para que lord Middleton se explicara, y la vergüenza de la verdad hubiera sido peor para Helen, pues habría un testigo de desdicha.

Sí, pudo haber sido una buena forma de proceder, y una excelente venganza también. Sin embargo, al igual que todas las buenas ideas, aparecía cuando su momento había pasado.

Qué desdicha.

—Ya se lo he dicho: ha arruinado mi venganza.

Y era el momento de preguntarse qué iba a hacer. Tal vez debería apartarlo y dejarlo morir con el problema. Suponía que tarde o temprano encontraría el valor de decirle a Helen que no pensaba casarse con ella, y entonces Rebecca podría regresar y confesar la verdad.

Pero, ¿y si no se lo decía?

No lo creía tan idiota como para seguirle el juego, pero con los hombres siempre existía una tendencia alta a que se comportaran como tontos.

—Quizás pudiera ser más explícita.

Ella le lanzó una mirada hostil, con la que pretendía disuadirlo de su interrogatorio. No tenía muchos ánimos de confesar su macabro plan, no porque le interesase lo que podía pensar de ella, sino porque revelar verdades siempre era peligroso.

Sin embargo, la mirada de él le dio a entender que no se marcharía sin una explicación.

En ese momento, sí odió a los hombres. No solo lo arruinaban todo, sino que, además, se mostraban indignados.

«Calma, Becca, entiéndelo»

Aunque era enteramente su culpa la situación en la que se encontraba, tenía que ser un poco objetiva. Ella, en su lugar, también querría una explicación.

—La señorita Morgan hizo un daño muy grande a alguien de mi familia, por lo que creí justo tomar venganza. —Él arqueó las cejas. Rebecca bufó y continuó—. Llevo meses escribiéndole cartas de amor y firmando como un pretendiente anónimo. Le pedí que viniera aquí hoy con el fin de confesarle la identidad. Estaba a punto de salir a informarle que yo era el hombre del que se estaba enamorando cuando usted ha llegado.

Cuando ella terminó de hablar, cada palabra que le había dicho Helen Morgan encajó en su cabeza como un rompecabezas. Incrédulo, observó a la dama frente a sí. A simple vista, no parecía capaz de elaborar un plan tan macabro, con sus cabellos rubios de ángel y esas facciones delicadas que evocaban a una joven tierna. Sin embargo, lo confesaba sin ninguna culpa. Ni siquiera había remordimiento en sus ojos.

—No me mire así —dijo ella, su tono defensivo—, esa dama por la que está sintiendo pena provocó que mi hermana se viera obligada a casarse con un hombre que ni siquiera conocía. Alguien debe enseñarle que las acciones tienen consecuencias.

Patrick había oído hablar de esa historia. Hasta el momento, había sido el mayor escándalo de la temporada. Lady Rosemary Astor había sido encontrada a solas en una habitación con el barón de Mowbrat. Considerando que este no vivía en Londres y solo había asistido a la ciudad para la boda de su prima, no era difícil creer que no se conocían y que todo fue un malentendido. Sin embargo, la sociedad no podía aceptar esa versión porque no era tan entretenida como la historia de un romance clandestino.

Intentó recordar lo que sabía sobre el tema. El barón de Mowbrat era el tutor de lady Helen, uno que, importante acotar, la había dejado misteriosamente sin dote.

Bien, todo empezaba a tener sentido. Al parecer, lady Helen no era la víctima de esa historia. No justificaba, sin embargo, la actitud de lady Rebecca. Patrick jamás se atrevería a considerarse a sí mismo un ejemplo de bondad y valores cristianos, pero había ciertos límites que la conciencia no le permitía cruzar, quizás porque jamás se había considerado una persona vengativa. Patrick había aprendido que todo mal que se hacía tenía consecuencias a corto o largo plazo, así que desde hacía años no perdía tiempo elaborando venganzas cuando tenía cosas más importantes en las que ocuparse.

Pero, por supuesto, él pensaba así por distintas circunstancias que había vivido, y no podía culpar a la joven frente a sí por pensar diferente. A lo mejor, ocho años atrás habría reaccionado igual. Dios sabía que las ganas que tenía hacía años de vengarse del duque de Gritsmore le hubieran comprado un lugar en el infierno. Sin embargo, era más fácil abandonar la idea cuando la realización de esta era difícil, por no decir problemática. En ese aspecto, lady Rebecca tenía ventajas. Dudaba que lady Helen pudiera tomar represalias.

En cualquier otra circunstancia, Patrick no habría intervenido en su forma de pensar. No era un vicario con la obligación de propagar el bien, y mucho menos alguien con la moral para hablar sobre

buenas conductas. Sin embargo, esa pequeña venganza ya lo involucraba.

—Temo que las consecuencias han recaído sobre mí.

—No puede culparme por eso —replicó con desdén.

Patrick contuvo el impulso de poner los ojos en blanco. En ese momento, su carácter estaba tendiendo más a desagradable que a gustarle, pero su dote seguía teniendo mucho peso para que le tomase importancia.

—Habría sido conveniente que, mientras la señorita Morgan hablaba sin parar, usted hubiera salido a aclarar el malentendido.

Rebecca le lanzó una mirada hostil.

—Lo sé —dijo. Aún se lo reprochaba—, pero su llegada me desconcertó tanto que no lo pensé a tiempo. No crea que me agrada esta situación. He sido yo quien se ha quedado sin la satisfacción de haber cobrado la afrenta.

—Entonces, ¿qué sugiere?

—Supongo que aún podemos ir a decírselo —musitó, pensativa.

Empezó a caminar de un lado a otro evaluando la situación. Confesarlo era lo único que se le ocurría para que el plan pudiera salir más o menos bien. Por supuesto, lord Middleton tendría que acompañarla, pues Helen no le creería de otra manera, y no podía ser en el salón, donde cualquiera la escucharía. Podía soportar quedar ante el conde como una desalmada, pero no sería conveniente que se esparciera el rumor.

—Tendrá que citarla fuera de los oídos de todos, pero no creo que pueda ser hoy. No se atrevería a escaparse de nuevo, y, a decir verdad, yo ya llevo también mucho tiempo afuera.

Pero después habría tiempo de pensar en cómo esquivar los reclamos de Hattie.

—Podría ser mañana, o en dos días —continuó—. ¿Asistirá a la velada de lady Sussex?

—Sí, pero temo que, si dejamos pasar esos días, habrá tenido tiempo de decirle a todos que me voy a casar con ella. No creo que le haga bien a mi reputación.

Por lo general, la reputación de un caballero no era tan frágil a las habladurías como las de una dama. Sin embargo, era delicado

meterse con las promesas y el honor. Quizás no sería tan grave, pues nadie lo había visto cortejar a Helen y todo podía tomarse con las fantasías de una joven, pero Patrick preferiría no arriesgarse. Le había costado volver a formarse la reputación de un hombre respetable al que un padre adinerado le confiaría su hija.

—No creo que sea usted el perjudicado —dijo ella con objetividad—. Temo que sería ella la que más quedará en ridículo.

Sus ojos brillaron con malicia, delatando lo mucho que le gustaba la idea. Era una mujer con la que había que tener cuidado. Odiaba con mucha intensidad.

Patrick le dirigió una mirada hostil que la hizo sentir regañada.

—También puede hablar con ella y pedirle que lo mantenga en secreto por el momento —comentó, a regañadientes—. Al menos hasta que surja la oportunidad de aclarar todo.

«De destrozarle las ilusiones». Patrick no se consideraba el hombre más considerado, pero imaginar la escena le dejaba un sabor en la boca un tanto amargo. En la medida de lo posible, intentaba no ser cruel con quienes le mostraban un interés que no era correspondido. Una cosa era elegir a conveniencia, y otra menospreciar a otros.

—Me incomoda un poco esta situación —confesó.

Ella le dirigió una mirada burlona.

—¿Prefiere casarse con ella? —Ante su resoplido de fastidio, Rebecca sonrió—. Eso imaginé. A veces, lord Middleton, hay que pasar malos ratos para ahorrarnos un problema mayor.

Una verdad dura y cruel.

—Bien. Acordado el modo de actuar, puede mandarme una nota notificándome la próxima reunión. Si me disculpa...

—Espere. ¿No cree que me debe una compensación por los inconvenientes?

Ella arqueó las cejas, incrédula.

Patrick sabía qué estaba pensando ella, era fácil inferirlo por su expresión indignada dispuesta a dar pelea. Tenía que reconocer que una de las virtudes de su carácter —o defectos, según se viera— era ese brillo de vitalidad que la diferenciaba de la sumisión que

mostraban muchas jóvenes. Le hacía saber que hablaba con una persona real y no con una muñeca.

Aunque fuera alguien realmente odiosa.

—¿El inconveniente que usted mismo provocó? —replicó con más calma de la que evidenciaban sus ojos.

—No habría interrumpido su venganza si no hubiera tenido que buscarla para reclamar el baile que me prometió.

—No habría tenido que buscarme si hubiera entendido con mi ausencia que no quería bailar con usted.

A Patrick su sinceridad le sacó una sonrisa. Aunque era una respuesta maleducada, su brusca sinceridad era algo refrescante cuando había pasado toda la noche hablando con cortesía que tendía a lo hipócrita. Y sí, por supuesto que había entendido su indirecta, solo había decidido hacer caso omiso de ella porque él se consideraba un hombre persistente. Y no era que tuviera por costumbre imponer su presencia a damas que no la deseaban, pero a veces había ciertas jóvenes por las que valía la pena hacer segundos intentos. Por Rebecca Astor, incluso un tercero.

—¿Alguna razón en particular?

—No creo que lo entienda.

—Puedo hacer el esfuerzo.

Rebecca suspiró con cansancio. Miró a su alrededor. No había nadie, pero cada minuto que pasaba allí era peligroso. No obstante, no podía marcharse sin terminar de acordar lo que harían con Helen.

—No quiero casarme —dijo con paciencia—. No con cualquiera.

—No la veía como una romántica.

No lo era, pero Rebecca no tenía tiempo de explicarle su verdadera forma de pensar. Para muchos, en especial para los hombres, era difícil comprender por qué una mujer no quería buscar esposo.

—No me conoce. Y, si le soy sincera, no creo que sea un pretendiente que mi hermano aprobaría. Es un poco inflexible, ¿sabe? Se centrará en el hombre que fue y será difícil convencerlo de que puede darme una vida tranquila. Solo verá, al igual que yo, que quiere las diez mil libras de mi dote. Le recomendaría que ahorre tiempo y busque otra candidata. Escuché que la dote de lady

Margaret asciende a los quince mil, y, si está dispuesto a bajar un poco, lady Sophia tiene ocho mil.

Patrick, que creía que se estaba acostumbrando a su descaro, se quedó sin palabras.

Rebecca supo el efecto que su sinceridad tuvo en él, y con una mirada de suficiencia que solo podía tener la hija de un marqués, sonrió.

—Entonces, ¿aclarar el malentendido o se casará con Helen? Considero que lo segundo sería una elección poco conveniente para ambos.

Patrick soltó una carcajada.

No fue una risa suave, fue una carcajada tan fuerte que Rebecca temió que alguien se asomara a ver de dónde venía el sonido.

—¿Qué diablos le pasa? —siseó, temerosa.

Patrick respiró hondo, pero le fue difícil calmarse. Porque sí, le causaba gracia, y mucha, aunque era complicado explicar por qué. Quizás se debía a la particularidad de su personalidad. Tenía la arrogancia nata de la hija de un aristócrata, pero no intentaba esconder ni un poco su manipulación, ni su maldad.

Era... auténtica.

Realmente auténtica. Si se tenía la paciencia suficiente para tolerarla, nadie se aburriría a su lado.

A lo mejor, valdría la pena unos cuantos intentos más.

—Le propongo algo —dijo, intentando sonar desenfadado. Dependiendo de la dama en cuestión, podía ser muy bueno, o muy malo, persuadiendo—. Algo que nos beneficiará a ambos.

—Creía que librarse de Helen ya lo beneficiaría suficiente —dijo con sorna.

Patrick la ignoró.

—Creo recordar que a su hermana y a la señorita Morgan las pretendía el mismo caballero.

—Recuerda mal. A mi hermana la pretendía el señor Cooper. Helen solo se encaprichó con él.

—No importa —continuó—, puedo asumir que la mala jugada que le hizo a su hermana fue instigada por la envidia.

—Asume bien, pero no encuentro la relevancia de eso en el asunto que debatimos.

Rebecca se estaba impacientando, pero Patrick se tomó su tiempo.

—El ser humano en general, y las mujeres sobre todo, desean lo que otras tienen. Somos tan egoístas que creemos que tenemos más derecho a lo que peleamos que los demás. Por ejemplo, si se corriera el rumor de que la cortejo, otras damas de buena cuna, quienes quizás desconfíen hoy de mis intenciones, tendrán más interés en llamar mi atención solo para creerse superiores a usted. ¿Entiende a qué me refiero?

Sí, y Rebecca también entendía que él había perdido el juicio si le estaba proponiendo lo que sus palabras habían dado a entender.

—¿Me está pidiendo que lo deje cortejarme?

A Patrick le agradaba que fuera una joven lista.

—Sería beneficioso para ambos.

—Considerando que su otra opción es comprometerse con Helen, no creo que esté en posición de negociar.

Rebecca se estaba exasperando. Tenía que regresar pronto al salón si no quería meterse en problemas, pero el caballero parecía empeñado en complicarle la existencia.

«A lo mejor quiere que nos descubran», pensó, en alerta. Había muchos hombres que se valían de esa táctica cuando necesitaban la dote de una dama.

—Se equivoca, lady Rebecca, siempre puedo fingir ser ese pretendiente de las cartas, y un día decirle que, simplemente, cambié de opinión. Sufrirá, sí, pero después de que se lo afirme, no va a creer que hubo ninguna intervención de su parte, por lo que creo que la venganza le causaría menos satisfacción.

Ella quería sacarle los ojos. Lo vio en la forma en que se inclinó hacia él y apretó los puños. Patrick mantuvo la compostura. Sabía que no estaba actuando bien, pero no creía que la joven que tenía delante tuviera la moral para reprocharle que se aprovechara de una situación y la volteara a su favor. Había hablado con ella solo diez minutos, y apostaría su alma a que ella haría lo mismo.

—¿Qué pasó con el cargo de conciencia que sentía por romperle el corazón? ¿O el temor al qué dirán? ¿Ha quedado opacado en pro de fastidiarme el plan?

—En pro de un bien mayor —corrigió él.

Ella puso los ojos en blanco. Era un gesto que se hubiera visto desagradable en otra dama, pero en ella resultaba extrañamente tierno, quizás porque concordaba con su carácter huraño.

Patrick esperaba poder cortejarla. Quizás a algunos les parecería una insensatez, pero él creía que podría ser una esposa entretenida. Nunca se había adaptado bien a la monotonía, y aunque podría soportar casarse con una dama bien educada y sumisa, no sería tan divertida como alguien que lo retase moderadamente. Su plan inicial era intentar que se diera y, si no podía con su fiel determinación a no casarse, esperaba que el plan sirviera para atraer a otras damas.

Lo más importante era conseguir cierta estabilidad. Ya había vivido muchos años en incertidumbre.

—Piénselo —continuó al ver que ella no hablaba—, para la señorita Morgan puede que resulte más horrible creer que le robó al pretendiente a que usted planeó todo desde el principio. Sería una venganza incluso... simbólica, ¿no lo cree?

Eso logró captar la atención de Becca. No podía negar que tenía un punto. Ella había arruinado a Rosemary para quedarse con su pretendiente, sería una venganza interesante que Becca le robara al hombre que, inicialmente, se había fijado en ella. Sería un buen plan, si no fuera por un detalle.

—Cuando nuestro compromiso no llegue a ningún lado, ella creerá que me dejó.

Y Becca se negaba sacrificar su orgullo de esa manera. Podía incluso imaginar su sonrisa de victoria.

—Puede decirle que usted me dejó.

—¿Y piensa que me creerá? —bufó.

—Es usted la hermana de un marqués, lady Rebecca. A lo mejor la señorita Morgan se diga para consolarse de que la abandoné, pero en el fondo, sabrá que usted podría dejarme si quisiera porque tiene más opciones que ella.

Becca cambió la forma en que lo estaba mirando. Podía ser un hombre inoportuno, pero no parecía tan idiota.

—Tiene una vena malvada, lord Middleton.

—¿Y eso le complace?

Ella respondió con una sonrisa.

—Acepto el trato, siempre y cuando se encargue de correr el rumor de que fui yo quien no continuó con el cortejo.

Él negó con la cabeza.

—Admitirlo arruinaría mi beneficio de lograr que las damas se interesen en mí. Sin embargo, puedo confesarle personalmente a ella que usted no deseó continuar con el cortejo, y si ella no me cree, siempre podremos decirle la verdad. La vergüenza le impedirá divulgarla, y para los demás, puede ser una opción o la otra. Tendrán material de chisme por lo que queda de la temporada. ¿Tenemos un trato, lady Rebecca?

Él extendió la mano y Rebecca la observó. Estaba a punto de involucrarse en una empresa arriesgada. Dejar que lord Middleton la cortejara implicaría despertar las ilusiones de Hattie, y los recelos de su hermano. No podía decirles la verdad porque tenía que revelar los términos de su acuerdo, por ende, debía buscar una manera de lidiar con ellos. Sin embargo, la perspectiva de conseguir su venganza de la manera en que él le proponía la atraía demasiado. Helen aprendería el significado de perder algo que quería, como le pasó a Rosemary.

Colocó la mano sobre la de él y dejó que le diera un casto beso.

Había algo en su mirada calculadora que le daba desconfianza, pero decidió hacer caso omiso de ello. Lo único que debía hacer era no fiarse por completo de él. Si conseguía estar alerta, todo podía salir muy bien.

O esperaba.

Capítulo 3

Patrick estaba convencido de que había hecho un buen trato, y se sintió orgulloso de ello, pues negociar era una habilidad que le había costado desarrollar con el tiempo. Normalmente no hacía buenos tratos, menos si los negociantes eran tan acérrimos como Rebecca Astor.

Aunque ya casi no bebía, se dijo que el momento merecía una copa, así que tomó un vaso de coñac de la bandeja de un criado y se lo tomó en sorbos lentos y silenciosos.

Miró a su alrededor con cautela. No ubicaba a Helen Morgan, y, aunque sabía que era mucho pedirle a la vida, esperaba que se hubiera marchado temprano, para así no tener que bailar con ella la última pieza.

No había acordado los detalles del plan con lady Rebecca, pero asumió que si iba a pasar de cortejar a una dama y luego a otra, tendría que tolerar a Helen en cierta medida.

Un pequeño remordimiento por lo que iba a hacer se despertó en su conciencia, pero lo acalló con rapidez. El mundo era cruel, y Helen no era una dama inocente. Él velaría por sus intereses, que incluían a lady Rebecca.

Se preguntó si eso de verdad podría funcionar. La joven no le había especificado la razón por la que no deseaba casarse, y podría jurar ante el libro sagrado que no estaba esperando al hombre de su vida. A esas alturas, podía distinguir a una dama romántica y a una sensata. Y lady Rebecca no entraba en lo primero. Quizás tampoco en lo segundo.

Ella estaba en una categoría hasta el momento indescifrable.

—¿Bebiendo, Middleton? Últimamente eso es como ver a Jesús resucitar.

La broma vino de un hombre joven a sus espaldas. Etan, se percató con fastidio. Y no estaba solo, sino que iba acompañado de su padre y otro par de caballeros, [Atholl](#) y Kent.

Patrick los conocía a todos. En otra época, habían sido compañeros de juerga. Patrick había dejado de ser un invitado grato en sus salones cuando las deudas lo ahogaron, y volvieron a hablarle solo cuando su economía dio indicios de mejorar. Él nunca volvió a aceptar, aunque de vez en cuando los saludaba y toleraba sus bromas pesadas solo porque era bueno mantener todo tipo de relaciones.

—Hay momentos que lo ameritan —respondió con parsimonia.

—¿Y el momento que te insta a celebrar con alcohol no te anima a acompañarnos a una partida? Atholl nos está invitando.

—No lo creo.

Aún le costaba rechazar esas propuestas. Había pequeños indicios de tentación que se despertaban cada vez que alguien lo invitaba a jugar. Era como si recordara la emoción del juego y quisiera volver a experimentarlo.

Repetirse que la dicha era pasajera y las consecuencias duraderas lo ayudaba a mantenerse firme.

—Vamos, Middleton, hace tiempo que no participamos en una buena partida —dijo Kent.

Tenía un brillo malicioso en los ojos y Patrick sabía por qué.

El problema de Patrick no era jugar, sino que lo hacía muy mal.

O, al menos, sus competidores lo sabían hacer mejor. En el caso de Etan, no era un secreto que se le daban bien las trampas, aunque era difícil atraparlo durante las partidas. Patrick no era bueno ocultando sus reacciones, o en aquel momento no lo era, y siempre terminaba con miles de libras menos en los bolsillos que intentaba con desespero recuperar y que, inevitablemente, lo llevaba a perder más. Un círculo sin fin de ruina y deudas.

Estuvo a punto de pagar muy caro esa obsesión y se había propuesto tener la fuerza de voluntad suficiente para no caer otra vez.

Pensó con cuidado en qué responder. No debía ceder a la provocación, pero tampoco ser lo grosero para molestarlos. En una sociedad donde pocos tienen poder, era mejor llevarse bien con todos, al menos en la medida de lo posible.

—Patrick, querido, llevo tiempo buscándote. Tu abuela quiere saludarte.

Le gustaría decir que la salvación vino de alguien inesperado, pero lo cierto era que la dama a sus espaldas había aplicado tantas veces la misma estrategia que Patrick se habría extrañado si no hubiera aparecido.

Ivory Davies, antigua condesa de Middleton y actual duquesa de Gritsmore, sonrió con un encanto que solía dejar a los caballeros embelesados. Para ser una mujer que tenía poco más de cuarenta, sus cabellos negros brillaban con la misma intensidad que en los mejores años de su juventud, y las pocas arrugas que había en su rostro parecían haberse confabulado para otorgarle un encanto natural. Era difícil verla y no envidiarla.

También era complicado ignorarla, pues su tono, aunque dulce, tenía un deje imperativo que no pasaba desapercibido.

—Madre, no sabía que habían llegado. Caballeros, ¿recuerdan a mi madre?

—Es difícil olvidar a una dama tan encantadora —dijo Atholl, saludando con galantería, aunque había un leve nerviosismo en su voz—. No te quitamos más tiempo, Middleton. Nos vemos.

Los otros murmuraron despedidas rápidas y se marcharon como si temieran represalias solo por estar allí.

—En otra época —comentó su madre con coquetería—, alguno me hubiera invitado a bailar. ¿Habré perdido el encanto con los años, Patrick?

—No, madre, no has perdido el encanto, pero ellos tampoco han perdido el juicio para invitarte una pieza.

Ella sonrió. Para nadie era un secreto que el duque de Gritsmore no era un hombre al que le gustase ver a su mujer bailar con otro.

—No tenías que venir a salvarme —le reprochó.

Patrick quería mucho a su madre, más de lo que otros podrían creer, pero a veces le irritaba que lo tratara como un niño incapaz de resolver un conflicto.

—Solo pasé a saludar —dijo con inocencia.

Patrick arqueó las cejas y su madre le sonrió. Un criado pasó en ese momento frente a ellos, ocasión que su madre aprovechó para

tomar una copa. La chocó con la suya a modo de paz.

—¿Al menos es verdad que está aquí la abuela?

—Oh, sí, habla con unas amigas por allá. —Hizo una seña a un lugar tras de sí—. Deberías ir a saludarla.

Una amable orden disfrazada de sugerencia.

—En un momento voy.

Se quedaron unos segundos en silencio, disfrutando del buen brandy.

—¿Hay alguna razón para encontrarte bebiendo?

Aunque lo pareciera, Patrick sabía que no era un reproche. Difícilmente su madre tenía la moral de reprocharle a alguien beber en exceso cuando ella era fanática del buen licor.

—Debo bailar la última pieza con la señorita Morgan —confesó.

Su madre arrugó el ceño.

—¿Helen Morgan? No me parece el tipo de dama a la que cortejarías.

—No lo es.

—¿Entonces?

—No sé si quieras saberlo.

Tampoco sabía si podía decirlo. Seguramente Rebecca lo asesinaría si hablaba.

Ivory consideró su respuesta.

—Quizás después de dos copas más esté de ánimo para escucharlo —dijo finalmente—. No olvides ir a saludar a tu abuela. Yo buscaré un caballero dispuesto a invitarme a bailar.

—¿Y tu esposo? —preguntó con recelo.

—No quiso venir. Yo le informé que sí quería asistir, y me dijo que hiciera lo que quisiese.

—Creo recordar, madre, que las veces que me decías algo similar no esperabas que me lo tomara literal.

—Oh, bueno, él debió saber que yo sí lo haría. Además, es injusto que por ser casada no pueda disfrutar de una buena pieza solo porque mi esposo no deseó acompañarme.

—Suerte buscando un idiota que quiera desafiarlo —murmuró Patrick.

Detestaba al duque, le parecía un hombre insoportable, pero no se podía negar que desafiarlo era un acto de poco juicio. Tenía demasiado poder y dinero para destruir a cualquiera.

—El conde de Hampton de vez en cuando me invita a una pieza. Y su esposa es una buena amiga mía. Quizás logre persuadirlo.

—Ruega que Gritsmore no se entere.

Ella sonrió con malicia.

—Al contrario, cariño, estoy contando con que lo haga.

Sin decir más, se marchó. Patrick no intentaría entender la relación de esos dos, que más que un matrimonio lleno de amor, parecía un reto continuo de quién hacía perder al otro la compostura más rápido.

Su madre le había dicho una vez que así se entretenían, y después de todo lo que había hecho por él, no era quién para juzgarla, por más que le pareciera que su elección de nuevo esposo era del todo cuestionable.

Terminó su copa y observó a su alrededor. Sus ojos se encontraron con los de lady Rebecca, que lo observaba como quien le daba una advertencia.

Una mujer de cuidado, se dijo.

Lo bueno era que ya había tratado con muchas de esas.

De buen humor, sonrió y alzó la copa vacía a modo de brindis silencioso. Entonces, se fue a buscar otro vaso. Bailaría con gusto con la señorita Morgan si de eso obtenía algún beneficio. Y tenía muchas esperanzas de que así fuera.

Rebecca no estaba segura de haber hecho un buen trato, pero, al ser lo único que tenía, debía asegurarse de que funcionara.

Escondida tras una columna, observó a Helen. Sonreía con alegría y presunción mientras hablaba con unas amigas. No dudaba de que les estaba diciendo que el conde de Middleton la cortejaría, chisme que encontraría base cuando él pidiera el último baile.

Su felicidad le hizo fruncir el ceño.

Sin duda, no era el final que había imaginado para la noche.

Había esperado vengar todas las lágrimas de su hermana, no provocarle una alegría a la bruja.

Si tan solo el conde no hubiera sido tan inoportuno...

Suspiró con resignación. Becca no era de las que se lamentaba por algo que ya no podía cambiar, solo se adaptaba.

Y había llegado el momento de adaptarse a ese nuevo plan, aunque no estuviera en lo absoluto convencida.

Pasó su mirada al hombre que lo había arruinado todo. No negaba que lo que le proponía era interesante, una venganza simbólica, solo esperaba que saliera bien. No confiaba del todo en él.

El caballero, en general, contaba con todo lo que solía despreciar en un hombre. Era presuntuoso e interesado, aunque no negaba que poseía una mente ágil para alguien que había perdido hacía años toda su fortuna en los juegos. Becca le apreciaba su modo malicioso de pensar, pero detestaba que la chantajearan, por lo que su admiración ni siquiera competía con el recelo que le tenía en ese momento.

Sin embargo, con un plan bien estructurado, todo podía salir bien.

Siempre y cuando él no la traicionara.

De pronto, sus miradas se encontraron. Becca no la apartó. Quería dejarle claro que no la intimidaba, y cuando él alzó su copa vacía a modo de brindis, apretó los labios.

Estaba feliz por su causa y eso lo ponía de mal humor.

Él rompió el contacto y Becca deseó que fuera bien visto que ella también bebiera de una copa. No era que prestara atención a las normas sociales, pero como Hattie la atrapara bebiendo, no habría quien la librara de un sermón toda la noche, pues, si algo tenía Hattie, era el don de no callarse.

Consideraba si valía o no la pena el riesgo cuando el destino tomó la decisión por ella.

—¿No deberías estar bailando?

La voz de su cuñada la sobresaltó. A veces, tenía por costumbre aparecer tras de ella como una aparición. Y desde que Rosemary se había casado, Becca era el único centro de atención.

—No le prometí este baile a nadie —se justificó—. Tampoco nadie me lo pidió.

No era del todo cierto. Becca se había asegurado de estar escondida durante el principio de la fiesta, procurando que los

caballeros que la localizaran no fueran demasiados. No solo porque no le gustaba tratar con gente, sino porque la danza no era su don más afianzado.

—No te he visto bailar hoy —la acusó—. De hecho, llevo mucho rato buscándote.

—El calor me sofocó. Estaba en el tocador refrescándome un poco.

Hattie la miró con recelo. La conocía lo suficiente para saber que le mentía, pero era demasiado buena persona para reprochárselo. Prefería intentar entenderla y buscar la manera de encaminarla hacia lo que ella creía el mejor destino para una mujer: el matrimonio.

—¿No hay ningún caballero que te llame la atención?

Su voz estaba llena de esperanza y Becca a veces se sentía mal por decepcionarla. No era que repudiara el matrimonio. Sabía que el amor existía, y que había personas que podían ser muy felices en pareja, como su cuñada, pero no sentía que ella pudiera ser de esas.

Principalmente porque no era la mujer que los caballeros buscaban.

Su hermana Rosemary era linda, atenta, social y fue bendecida con todos los dones que un caballero apreciaría.

Ella era más tosca, sincera, y la obediencia no era su mejor virtud. Era consciente de que no eran atributos que los caballeros apreciaran, pero tenía la firme convicción de no fingir para encajar.

¿Para qué? Fingir algo que no se era resultaba desgastante y Becca no creía que valiese la pena.

El problema era que no todos lo entendían.

Observó a Hattie, buscando la manera de decírselo sin que sonase egoísta.

De pronto, se le ocurrió que no tenía que hacerlo. Si lord Middleton la iba a cortejar, podría funcionar para apaciguar a Hattie un tiempo, y, como al final no sucedería nada, podía alegar que tenía el corazón roto.

Becca sonrió, esperando que la curvatura de sus labios pareciera de emoción y no de malicia.

—Bueno... —guardó silencio unos minutos para aportarle dramatismo al momento. Funcionó. Tenía toda la atención de Hattie

—, es posible que lord Middleton haya llamado un poco mi atención.

No era una mentira, vaya que había llamado su atención, aunque no de buena manera. Buscó con la mirada al caballero, pero no lo ubicó. Debía estar preparándose para su baile con Helen.

Necesitaba conversar con él sobre la manera en que procederían, pero era muy arriesgado un encuentro a solas. Tendría que mandarle una nota.

Hattie compuso una expresión pensativa.

—No sé si a tu hermano le agrade —dijo, pero luego hizo un gesto de desenfado con la mano—. Pero es un problema que resolveremos después.

Hattie parecía tan entusiasmada que Becca se sintió mal por ilusionarla en vano. Entendía a su cuñada, por supuesto que sí, solo le gustaría que ella también entendiese a Becca.

—Podemos acercarnos para que te invite a bailar.

—Quizás en otra oportunidad.

Becca no se sentía con los ánimos de volver a tratar ese día con lord Middleton, así que bajó la mirada, esperando dar la impresión de timidez.

—Creo que ya tiene las piezas comprometidas.

Al menos la última la tenía comprometida.

La vida le tuvo un poco de piedad y en ese momento vieron a lord Middleton sacar a bailar a una joven cuyo nombre no recordaba, lo que pareció convencer a Hattie de no insistir, al menos por ese día.

—Tal vez para la fiesta del sábado...

—Es probable.

Para ese día, deberían empezar a poner en marcha su plan.

—Hattie, ¿no es tu prima? La saludé hace rato, preguntó por ti.

El comentario sirvió para distraer a su cuñada, quien ubicó con la mirada a la duquesa de Abercom y se dispuso a ir a saludar.

Eso le permitió a Becca volver a esconderse con tranquilidad.

Mientras volvía a considerar si tomar o no una copa, otra voz llegó a interrumpir su paz. Una voz muy odiosa.

—¿Te sientes sola sin tu hermana?

Helen.

Becca hizo amago de toda su fuerza de voluntad para no hacer una mueca.

La enemistad que tenía con Helen se remontaba hacía unos cinco años. Habían ido juntas a la misma escuela de señoritas y, desde entonces, no la toleraba.

En general, a Becca le desagradaban muchas jóvenes de clase alta, esas que creían tener el mundo en sus manos por poseer cierta belleza o estatus, pero si le preguntaban por una cuenta simple, no lograban reunir el cerebro para sacarla. No obstante, no odiaba a ninguna. Era consciente de que así las habían educado, porque así era que el mundo las necesitaba.

Helen, sin embargo, era un caso aparte. Porque no solo era tonta e insoportable, era mala.

Becca podía verlo en su mirada, en su forma actual. Y supo, desde el inicio, que no podía dejar que la pisoteara, aunque eso significase ponerse a su mismo nivel.

—Me gusta la soledad —respondió Becca sin mirarla—, ¿y tú? ¿Ningún caballero quiere invitarte a bailar?

Ella miró de reojo solo para observar su sonrisa temblar. Debió haber sabido que irse a hablar con Becca era arriesgarse a que le devolvieran sus comentarios crueles.

Pero la gemela sabía cuál había sido su motivación principal.

—Lord Middleton me ha prometido la última pieza —se pavoneó.

Becca no necesitaba ver su cara para saber que estaba sonriendo con orgullo.

Las ganas de borrarle esa sonrisa diciéndole la verdad se impusieron como un mal consejero, pero la promesa de una venganza más satisfactoria le devolvió la razón.

—¿Alguien se ha olvidado de notificarle que no tienes un penique que ofrecer? —se burló.

Helen apretó los labios.

—Lo sabe y me acepta.

—Me parece que no deberías ilusionarte mucho al respecto.

Helen quería sacarle los ojos y Rebecca disfrutó de su coraje. Había personas a las que no les gustaba recibir lo que daban.

—¿Cómo está tu hermana? —preguntó con malicia.

Si esperaba que eso la alterara, se iba a quedar deseándolo. Helen sabía que era la mejor arma que tenía contra Rebecca, por ende, esta estaba preparada para que la usara.

—Te manda sus agradecimientos. Parece que ella y tu primo congeniaron bastante bien.

No era la respuesta que Helen esperaba y eso le causó una pequeña satisfacción. Debía ser triste, supuso, hacer tantos esfuerzos por arruinarle la vida a alguien, pagar las consecuencias y saber que ni siquiera había funcionado.

—Si me disculpas, lord Middleton me debe estar buscando.

—Disfruta de tu baile, Helen.

«Mientras dure la ilusión», pensó con malicia.

Y nunca se había sentido tan ansiosa porque se llevara a cabo una venganza.

Capítulo 4

Estimado lord Middleton.

Habría preferido que los detalles del plan lo discutiéramos en persona, pero dado que la situación se complica, temo que tendrá que leer esta extensa carta.

He estado analizando la situación con calma, y creo haber descubierto la mejor manera de proceder.

El viernes hay un almuerzo en los jardines de lady Pembroke, al que, asumo, está invitado. Sé que Helen lo está, y, por ende, sería un momento excelente para llevar a cabo el plan.

Verá, puesto que la correspondencia que se supone intercambié con la señorita Morgan fue usted muy efusivo con sus sentimientos, no veo viable que se acerque a mí sin ninguna razón, por lo tanto, seré yo la que me acerque a usted. Seré agradable y lo persuadiré de ir a dar un paseo conmigo. Usted se mostrará celoso, pero finalmente aceptará, lo que, estoy segura, hará que Helen enrojezca de rabia. Pasearemos durante un rato, y después regresará con Helen quien nos interrumpirá en algún punto de nuestro paseo para volver a atraer su atención. Después de lograrlo, intentará hablarle mal de mí, y es ahí cuando el plan inicia, pues usted me defenderá. No con fervor, sería sospechoso. Bastará, por el momento, con decir que le parecí agradable. Eso despertará sus alertas, aunque tengo que advertirle que quizás su insistencia por que pida su mano se volverá un poco más asidua.

Detalles que, espero, sabrá manejar.

No tengo nada más que agregar por el momento. Confío en que en nuestro paseo podremos conversar mejor.

Atentamente,
lady Rebecca Astor.

Patrick dobló las hojas y se las guardó en el bolsillo del chaleco, mientras buscaba con la mirada a la remitente. No había llegado, o, al menos, no la había visto. Sintió la necesidad de volver a leer la carta, pero se contuvo. Creía haber entendido bien cómo iban a proceder, y aunque sentía un miedo latente a equivocarse —dudaba que lady Rebecca perdonara cualquier error—, todavía tenía suficiente confianza en sí mismo para ser optimista.

Sus ojos se posaron en Helen, no porque quisiese, sino porque mientras divagaba, la joven se ubicó frente a él y le estaba haciendo gestos con la mano. Parpadeaba con tanta rapidez que Patrick se preguntó si tendría algo en el ojo.

Y se estaba acercando.

Contuvo una maldición, recordándose que todo era parte del proceso.

La señorita Morgan llegó hasta donde había estado ocultándose. La señora Morgan los observaba desde lejos, como un buitre que ya había atrapado a su presa. Patrick no dudaba que Helen ya le había comentado sobre su supuesto interés en ella. Tampoco tenía dudas de que lo debía de saber media sociedad.

—Lord Middleton —dijo con voz chillona—. Me alegra verlo.

Ojalá él pudiera decir lo mismo.

No tenía nada personal en contra de ella, solo le parecía una persona irritante. Sin embargo, creía poder juzgarla por lo que le habían contado. La desesperación por un esposo era entendible, pero los medios que había usado para obtenerlo los consideraba de los más cuestionables, y él, que no era un modelo de virtud, no usaba esa palabra a la ligera.

Era una dama peligrosa. Quizás menos lista que Rebecca Astor, pero sí mucho más propensa a meter a alguien en problemas.

Patrick se obligó a esbozar su mejor sonrisa.

—Señorita Morgan, dichosos ojos que tienen la gracia de deleitarse con su belleza.

Halagar se le daba bien, su madre siempre se lo decía. Era algo que le salía natural, y que funcionaba más de la mitad de las veces. En pocas ocasiones las destinatarias se daban cuenta de que no estaba siendo sincero.

Ella se sonrojó y Patrick se sintió un poco culpable por engañarla. Solo un poco.

—El día está hermoso, ¿no cree?

Él entendió la indirecta, pero no sabía qué tan conveniente sería proponerle un paseo, considerando que así sería más difícil para Rebecca interceptarlos. Hizo un rápido reconocimiento con la mirada y esta vez sí la localizó. Ella los estaba observando y, con un leve asentimiento de cabeza, le dio a entender a Patrick que el plan daría marcha.

—Sí, lo es. En particular, prefiero los almuerzos al aire libre que las fiestas ostentosas de noche. Es más privado y agradable, ¿no

cree?

Ella arrugó el ceño.

—Creo recordar que una vez comentó que las veladas nocturnas le gustaban porque le parecían románticas.

Patrick se obligó a mantener la sonrisa.

Lady Rebecca tendría que decirle qué escribió en esas cartas.

—Así es, pero últimamente siento cierto encanto por los almuerzos al aire libre. Más aún si el día está tan lindo como hoy. A veces la tranquilidad de estas reuniones no se compara con el bullicio de la noche, ¿no cree?

Ella no estaba de acuerdo, lo supo por la forma en que su ceño se frunció.

—Estoy de acuerdo con usted, milord.

Patrick ya había supuesto que ella no diría lo que en verdad pensaba. No era extraño. A las jóvenes casaderas se les educaba para ser complacientes, creyendo que esa era la mejor manera de atraer a un hombre. Quizás funcionaba con algunos, pero a él alguien que le dijera sí a todo le resultaba tedioso.

—Me preguntaba si... —comenzó ella.

—Lord Middleton.

Al principio, Patrick tardó en reconocer la voz. No tenía ese deje brusco y autoritario de costumbre, aunque su intento de sonar suave y coqueto no fue del todo exitoso.

Se giró.

Estaba diferente, y tardó un poco en averiguar por qué.

Llevaba un vestido nuevo.

O, al menos, a la moda.

Patrick, que había estado observándola por un tiempo, se había percatado de que, por lo general, usaba ropa que parecía de hacía años. Faldas poco voluminosas, mangas sin relleno. Una dama que anteponía la comodidad a la moda. Sin duda, una de sus rarezas.

Ese vestido, sin embargo, estaba bastante bien. Aún les faltaba volumen a las faldas, apostaba lo que fuera a que le había quitado al menos dos enaguas, pero las mangas eran abultadas, y tenía un escote que atraería una que otra mirada curiosa.

Interesante.

—Lady Rebecca —saludó con educación, pero sin parecer interesado.

Jamás había sido buen actor, así que esperaba hacerlo bien.

—Lady Rebecca —dijo Helen entre dientes. Su cuerpo estaba tan tenso como una vara.

Rebecca sonrió. Era evidente que no estaba acostumbrada a hacerlo, porque los labios le temblaban, pero Patrick sospechaba que Helen estaba demasiado furiosa por su presencia para notarlo.

—Lo vi desde lejos y quise disculparme por no haber podido bailar con usted ayer. Me sentí mal y tuve que ir al tocador. Me preguntaba si quería pasear conmigo en compensación.

Un comentario atrevido para una dama soltera. No podía decir que era la mejor actriz del mundo, pues no había sonado muy entusiasmada, pero Patrick concluía que se defendería bien.

Tuvo que contener la sonrisa...

—En realidad...

—Lord Middleton estaba hablando conmigo, lady Rebecca —interrumpió Helen con desdén.

—Oh, pero no pensará en acapararlo, ¿verdad? Eso es de mala educación, señorita Morgan.

Helen apretó los dientes. Patrick no sabía muy bien qué decir. La rencilla entre ambas era difícil de ignorar. Cualquier caballero en su circunstancia se sentiría incómodo.

—No tiene que disculparse, lady Rebecca. Entiendo.

Sí, una respuesta neutral.

—¿Pero no va a aceptar mi paseo? Al menos deme esa oportunidad para saber que me perdona.

Podría hacer bien el papel de coqueta si su expresión no fuera tan expresiva. Patrick tuvo que contener una carcajada cuando las palabras le salieron forzadas.

—Está bien.

Helen iba a protestar, pero él le dedicó una sonrisa tranquilizadora y le susurró.

—Regreso en un momento, querida.

El apelativo cariñoso logró que no replicara. Le ofreció el brazo a Rebecca, que lo aceptó con la misma resignación que alguien

condenado a la horca.

Empezaron a caminar.

—Si quiere que esto funcione, creo que tendrá que mejorar sus dotes de actuación —comentó Patrick con tranquilidad, como si fuera un comentario casual.

Nadie que lo viese de lejos entendería por qué ella le lanzó una mirada furibunda.

—No creo que a usted lo lleguen a contratar en Drury Lane.

—No, pero al menos no la miré con desagrado ante cada palabra que decía.

—Tenga en cuenta que pedirme que sea agradable con usted requiere de mucho esfuerzo.

—¿Tanto me odia?

—No es mi persona favorita en este momento.

Rebecca estaba perdiendo la paciencia, pero, ¿cómo no hacerlo? El día había comenzado complicado desde que Hattie entró a su cuarto con uno de los vestidos que Rosemary no se pudo estrenar, diciendo que ya que lord Middleton estaría en el almuerzo, Becca podría querer ponerse eso.

Ella le había dicho que no, pero Hattie era una mujer persistente, y puesto que ya se había involucrado en el papel de joven enamorada, consideró sospechoso negarse a algo tan lógico como verse bien para la persona que le gustaba.

Como supuso, el vestido era incomodísimo. Las mangas le picaban y la falda le pesaba, a pesar de haberle quitado dos enaguas. Después, tener que actuar como una tonta intentando obtener la atención de un caballero fue un duro golpe a su orgullo. No estaba de humor para seguir fingiendo.

—¿Siempre es así de impertinente?

—Solo cuando tomo confianza, o cuando considero que alguien no merece mi cortesía.

—¿Y mi caso es...?

Ella lo miró, considerándolo una pregunta absurda.

—El segundo, por supuesto.

Su sinceridad era tan brutal que contuvo las ganas de sonreír.

—Si sigue mirándome como un insecto del que se quiere deshacer, no creo que Helen piense que está enamorada de mí.

—Nunca tuve como objetivo hacer que ella creyera que yo estaba enamorada. Estoy segura de que sabe que solo lo busqué para molestarla, y eso es lo divertido.

—Entiendo. Pero no sería muy convincente que yo mencionara que usted me agradó si todos notan en su mirada el desagrado que le produzco.

Becca fue consciente de que él tenía razón y ablandó su semblante.

Le costó.

Aunque no podía llamarse a sí misma una mala actriz, no era buena siendo hipócrita. Cuando algo o alguien le desagradaba, no lo disimulaba bien, y lord Middleton había hecho muchos méritos para que no le fuera ni un poco simpático.

—¿Algún tema en particular del que desee hablar? —preguntó él cuando su caminata fue invadida por el silencio.

—¿Le han quedado claros los detalles del plan?

Él no se sorprendió de que ese fuese su tema de conversación.

—Así es. Aunque sería conveniente que me hiciera llegar un resumen de la correspondencia que mantuvo con la señorita Morgan, pues temo que he pasado de amar las veladas nocturnas a disfrutar más del aire libre.

Rebecca hizo una mueca de disgusto.

—Mañana se las enviaré —musitó—, pero si llega a surgir el tema: ama la carne de cordero y su deporte favorito es la caza.

—¿Por qué?

—Porque Helen ama la carne de cordero y le parecen apuestos los hombres a los que se les da bien la caza.

—Temo que siempre he tenido mala puntería.

—Esperemos entonces que no tenga que demostrar sus habilidades mientras dure la falsa —comentó con desenfado. De pronto, una leve sonrisa curvó sus labios, dejando ver unos pequeños hoyuelos—. En cualquier caso, dijo que era amante de la caza, no que era bueno en ella.

Patrick también sonrió.

Buscó con la mirada a Helen. Estaba en el mismo lugar donde la habían dejado, y observaba a Rebecca con la intensidad de un asesino. Sin embargo, más allá de la furia, Patrick logró distinguir algo más en sus ojos: miedo.

Miedo de que él cediera.

—¿No siente ni un poco de remordimiento? —preguntó con curiosidad.

Becca echó un vistazo a Helen, pero no le dedicó más de un segundo de su atención.

—No. ¿Usted sí?

—Tal vez un poco —aceptó—. Al final, ¿no es solo una joven que intenta no quedarse desamparada? Usted tiene a su hermano, y entiendo que tiene ya un sobrino que heredaría el título, pero, si no lo tuviera, ¿no se sentiría desesperada?

—Eso no justifica su accionar. He conocido mujeres en su misma situación que jamás se habrían atrevido a hacer lo que ella. Una cosa es estar dispuesta a hacer lo que sea por conseguir un esposo, y otra destruir a alguien inocente solo por envidia. Pudo haber condenado a mi hermana a vivir con un loco.

—Por la forma en que lo dice, entiendo que no sucedió.

—Eso no importa —dijo con énfasis—. El daño lo hizo y debe pagarlo. Quizás lo considere cruel, pero no es usted mejor que yo. Pudo haber ido conmigo a aclarar el malentendido y, en cambio, propuso esta farsa solo por razones egoístas.

Touché.

—Así es —admitió—. No quiero crearme moralmente superior. Solo comento que, de vez en cuando, me pesa un poco la conciencia.

—Eso está bien —dijo ella—. La conciencia es lo que diferencia a una persona mala de un promedio.

—Y si usted no tiene remordimientos, ¿es entonces una mala persona?

—Es diferente —acotó ella—. Yo tengo razones para querer vengarme, razones fuertes, por las que mi falta de remordimientos es entendible si se ve desde la lógica. Usted no tiene nada personal contra Helen, si no sintiera remordimientos, sería, como mínimo, una

persona egoísta con la que habría que tener cuidado. La línea entre lo malo y lo promedio está en la conciencia.

—¿No querrá decir lo malo y lo bueno?

Becca negó con la cabeza.

—Creo que puede haber personas completamente malas, pero no por completo buenas. El ser humano por naturaleza egoísta, ¿o por qué cree que existen las leyes? Cada quien haría lo que quisiese si no hubiera consecuencias.

—«El hombre es un lobo para el hombre» —citó él.

Becca se detuvo para mirarlo con sorpresa.

—¿Le sorprende que haya leído a Hobbes? —preguntó él.

Ella se recompuso de inmediato.

—Lo cierto es que no tendría por qué. Los caballeros suelen tener buena educación. ¿Le sorprende que yo lo haya leído?

—Un poco, sí.

—Mi hermano y mi cuñada son lectores aficionados a temas controversiales.

—¿Y ha heredado el gusto?

—Sí, ¿le extraña?

—Es... particular.

Muy particular. Patrick podía contar con las manos a las mujeres que leían, y no podía mencionar a ninguna a la que le gustase la filosofía. Rebecca seguía dando sorpresas.

—Me lo han dicho.

Su tono evidenció que estaba levantando una barrera, y Patrick se vio en la premura de explicarse.

—No particular en el mal sentido, sino en que es poco común conseguir a una dama interesada en el tema.

—Quizás hubiera más si se les diera la oportunidad de conocer sobre ello. Lamentablemente, a veces las leyes, como las normas sociales, oprimen más de lo necesario.

Un silencio tenso se formó entre ambos. Becca miró a su alrededor, se percató de que se habían alejado mucho de los otros grupos, aunque aún seguían a la vista de cualquiera que deseara comprobar que no hacían nada indecente. Helen había desaparecido, y Hattie no les quitaba la mirada de encima.

Tendría que responder muchas preguntas al regresar, y ella misma admitía que sería difícil.

Patrick, que había disfrutado de la conversación fluida, se negó a que el momento acabara. Quería hurgar más en sus pensamientos porque le parecían interesantes.

—Ahora bien, si defiende que el hombre es malo por naturaleza, ¿por qué odiar a la señorita Morgan, que no está más que siguiendo sus instintos primarios?

—Porque no somos animales, lord Middleton, sino seres pensantes con capacidad de decidir. Si algo bueno han traído las leyes, es enseñarnos que no habitamos solos en el mundo. Nos enseñaron que existe el bien, y visto desde la lógica, tiene sentido. ¿Por qué voy a dañar a un inocente solo por mi deseo egoísta? ¿Me gustaría que me hicieran lo mismo a mí? Lo ideal sería que la respuesta fuese no, y si la mayoría fuera consciente de ello, el mundo sería más bonito y tranquilo. Pero como no todos lo son, hay que aplicar el castigo para que midan el peso de sus acciones. Así quizás recapaciten y no hacen más daño a la sociedad.

—Creo que lo está llevando al extremo para justificar su punto.

Ella sonrió con malicia.

—Como dije, no hay personas completamente buenas. Todos tenemos una semilla egoísta, y me parece ridículo tener que aparentar siempre que no.

Patrick quiso sonreír, pero sentía que llevaba sonriendo como un idiota desde que habían empezado la conversación, y ni siquiera sabía por qué.

Quizás era esa excesiva sinceridad lo que le resultaba refrescante. Incluso su madre solía tener más tacto que esa mujer.

Y eso ya era decir mucho.

Quiso decir algo más, lo que fuera para seguir la conversación, cuando una sombra se plantó sobre ellos indicándole la presencia de extraños.

Helen había aparecido, y no estaba sola, sino que la acompañaba una señora regordeta y de mirada astuta: su madre.

—Señor Middleton —dijo la señora Morgan ignorando a Rebecca con deliberación—. Nos preguntábamos si no quería sentarse con

nosotros. Ya va a comenzar el almuerzo.

—¿No han asignado puestos? —preguntó Becca fingiendo inocencia—. Porque, por ser un conde, tal vez esté usted cerca de mí y de mi familia, milord.

A Patrick nunca le había gustado estar en medio de conversaciones incómodas. Sin embargo, supuso que tendría que acostumbrarse, puesto que era evidente que cuando ambas mujeres se juntaban se formaba una batalla campal, donde los pobres soldados que estuvieran alrededor tenían que tener cuidado de no morir.

—Creo que no, lady Rebecca. Ya le había prometido a la señorita Morgan que la acompañaría. Espero que no le importe que nuestro paseo termine aquí.

—Puedo perdonarlo siempre y cuando haya otros.

Sí, no era buena actriz. Su parpadeo era exagerado y su sonrisa seguía tensa. No obstante, sus réplicas eran tan buenas que era fácil pasar por alto esos detalles.

—Estaré encantado —respondió con cortesía, aunque sin demasiado entusiasmo.

Se felicitó a sí mismo diciendo que lo estaba haciendo muy bien.

Se despidió de Rebecca con un casto beso en la mano y le ofreció el brazo a la señorita Morgan, que lo tomó con una expresión de posesividad difícil de ignorar.

Apenas se alejaron lo suficiente para que Rebecca no las oyera, la señora Morgan comentó:

—Hay algunas damas difíciles de trato, ¿no cree milord?

—¿A qué se refiere? —preguntó con fingido desconcierto.

—A lady Rebecca, por supuesto —continuó la señora Morgan. Cada palabra contenía una buena dosis de veneno—. No es la más amigable de las hermanas Astor. Lamento que se haya visto en la obligación de tener que pasear con ella.

Patrick pensó que la capacidad que tenía Rebecca para deducir lo que pasaría era digna de una vidente.

—A mí me pareció una dama agradable.

El comentario tuvo el efecto deseado. Las damas guardaron silencio e intercambiaron una corta pero preocupante mirada.

—Es usted un caballero muy amable, lord Middleton.

Patrick no respondió porque sabía que ellas esperaban que lo hiciera. Dejaría que pensase lo que quisiese, aunque era consciente de que le esperaba un almuerzo muy largo.

Rebecca los observó alejarse con una satisfacción perversa recorriendo cada parte de su cuerpo.

Todo había ido mejor de lo que esperaba, y compartir un paseo con lord Middleton ni siquiera fue tan terrible como pensó.

Si no estuviera frente a tanta gente, estaría dando brinquitos de alegría.

—Tienes la cara que sueles poner cuando una travesura te sale bien. Algo extraño, considerando las circunstancias.

Becca se sobresaltó. Hattie estaba detrás de ella, pero no la había escuchado acercarse. La miraba con sospecha, y Becca sabía que tenía que actuar rápido porque su cuñada no era tonta.

—He hablado con lord Middleton un rato. Eso me ha puesto de buen humor.

—¿Y no te ha molestado que se haya ido con la señorita Morgan?

Su ceño se frunció aún más. La conocía lo suficiente para saber que su cerebro estaba intentando atar cabos, y que no tardaría en llegar a una conclusión.

—A él no le interesa ella. Solo ha aceptado acompañarlos por cortesía. ¿Por qué la cortejaría? Yo soy un mejor partido.

La arrogancia siempre había sido parte de la personalidad de Becca, por lo que Hattie relajó su expresión. La había convencido, al menos temporalmente. Con un poco de suerte, asumiría que Becca estaba feliz porque le estaba robando el interés romántico a Helen, lo cual era en gran parte verdad.

—¿Cómo ha estado el paseo? —preguntó su cuñada, recuperando parte de la emoción de esa mañana.

—Mejor de lo que esperaba.

No era mentira. Lord Middleton la había sorprendido gratamente. Durante el tiempo que llevaba en sociedad, Becca había intentado varias veces entablar conversaciones interesantes con distintos caballeros, y no había recibido más que una mirada de extrañeza y un rápido cambio de tema. Varias veces se preguntó si su desagrado

se debía a que la consideraban muy tonta como para no entender de lo que estaba hablando, o si ellos mismos no tenían ninguna idea y les daba vergüenza parecer ignorantes, por lo que preferían hacerle sentir que ella era el problema.

Quizás sí lo era. Su rareza era algo que Becca había terminado aceptando.

—¿Hay esperanza de que todo salga bien? —preguntó Hattie con seriedad.

—Muchas, Hattie, muchas.

Capítulo 5

Patrick odiaba las cenas con su madre, no por su madre, a ella la adoraba, sino por el duque, que la mayor parte de las veces le otorgaba su indeseada presencia precisamente porque sabía que él la detestaba.

Cada vez que lo trataba, Patrick se lamentaba de tener la culpa de que su madre se hubiera visto involucrada con él. No tenía los detalles de cómo se había formado ese vínculo, ni tampoco los quería, solo sabía que un día su madre le estaba jurando que no eran amantes y otra le comentó con desenfado que se iban a casar y que iba a tener un hermano menor —que al final resultaron ser dos—. Por suerte que Patrick estaba en ese momento intentando enderezar su vida, o quizás habría opuesto más resistencia de la que le hubiera agradado a Gritsmore. O a su misma madre.

Ivory no era una mujer a la que le gustase que le dijese que hacer, lo cual hacía su relación con el duque extremadamente conflictiva. Al menos para Patrick. Ellos parecían estar bien.

—Entonces, cariño, ¿cómo has estado? —preguntó su madre después de que sirvieran el primer plato—. No hemos tenido oportunidad de conversar en mucho tiempo.

—No hay muchas novedades. Llega un punto en que la vida se vuelve muy aburrida, ¿no crees?

—Cásate, la vida se vuelve más entretenida —respondió Ivory con una sonrisa pícar—. Y hablando de matrimonio, creo que ya estoy preparada para escuchar cómo terminaste cortejando a la señorita Morgan

Para enfatizarlo, tomó su copa de vino y bebió un trago con exageración. Patrick hubiera sonreído si a Gritsmore no se le hubiera ocurrido intervenir en ese momento.

—¿A la señorita Morgan? Y yo pensaba que habías empezado a tomar decisiones sensatas.

El hombre lo odiaba, Patrick no tenía dudas, pero tampoco tenía inconveniente con ello, pues él tampoco le agradaba en demasía. Sin

embargo, discutir frente a su madre nunca dejaba de ser incómodo.

—En realidad —dijo, intentando que no se notara su fastidio—, estaba considerando cortejar a lady Rebecca.

Hubiera sido mejor no replicar, no darle el gusto a Gritsmore de intentar justificarse, pues eso era lo que él deseaba, pero el duque tenía el don de sacar de quicio a las personas, y a Patrick aún le costaba no caer, pues si una cosa detestaba era que el duque lo tomara por estúpido.

—Una mejor opción —comentó Gritsmore, aunque el brillo malicioso en sus ojos le advirtió sobre su próximo comentario cortante—, aunque no creo que su hermano apruebe ese cortejo.

Patrick hizo acopio de su fuerza de voluntad para no dejarle ver lo duro que había dado el golpe, pues si algo tenía el duque, era una gran precisión para hacer doler una herida.

—¿Y por qué no lo aprobaría? —soltó Ivory con una amenaza presente en sus ojos—. Es un conde y un buen partido.

—Pero hace unos años no lo era, y su situación económica podría rayar en lo precaria. Para Rhodesay, será evidente que él no desea a su hermana, sino su dinero.

—Me sorprende que amonestes ese modo de actuar, querido. Yo habría creído que lo aprobarías.

El duque curvó levemente los labios, algo raro de ver. Cualquiera que conociera al respetado duque de Gritsmore, le hubiera extrañado que sonriera ante tal impertinencia. Para todos, era un hombre que inspiraba miedo, y que alguien se atreviera a desafiarlo era inconcebible. Pero supuso que por eso se habían casado. Como pocos se atrevían a desafiarlo, encontraba muy entretenido que Ivory lo hiciera.

—Lo apruebo —confirmó él con orgullo—. Solo comento que el marqués no creo que lo haga.

—No tiene derecho a ponerse minucioso —replicó ella—. Lady Rebecca no es la mejor de las hermanas Astor. Todos saben que su carácter es huraño y poco femenino. La reina de la temporada era su hermana, y después del escándalo en el que se vio involucrada, creo que el apellido de la familia quedó lo suficientemente manchado para que se atreva a hacer concesiones.

Patrick quería a su madre, apreciaba lo mucho que lo quería, pero no podía permitir que siguiera defendiendo o perdería el poco respeto que podría tenerle el duque.

—Que lo apruebe o no pronto se volverá indiferente —comentó Patrick después de dar un largo sorbo a su copa—. Dentro de poco, lady Rebecca cumplirá veintiuno. No necesitará autorización de su tutor para casarse, y el marqués, si no quiere armar un escándalo, tendrá que aceptarlo. Después de todo, no siempre podemos controlar que las personas que queremos se casen con pretendientes indeseados.

Si su comentario lo afectó, Gritsmore tuvo mucho cuidado de no demostrarlo. Patrick también odiaba eso de él. Era muy difícil desestabilizarlo.

—Supongo que ser optimista no cuesta nada, aparte de tiempo, por supuesto —respondió con indiferencia.

—Hay algo que no entiendo —intervino Ivory alejando la conversación de la discusión—. Si deseas cortejar a lady Rebecca, ¿por qué también has estado cortejando a la señorita Morgan?

—Porque todos saben que lady Rebecca y ella no se toleran. Pensé que, quizás, podría llamar su atención despertando en ella el deseo de robarle un pretendiente a su enemiga.

No era del todo mentira. Había ideado ese plan con el fin de tener una oportunidad de acercarse a lady Rebecca y, aunque a medida que la conocía lo veía más improbable, Patrick era un hombre de fe.

Notó que Gritsmore lo veía con interés. Era imposible descifrar sus pensamientos, pero Patrick quería pensar que era un plan que aprobaba. ¿Por qué no lo sería? Era la clase de maquinaciones que le encantaban.

A su madre, sin embargo, no le gustó en absoluto la idea. Lo miró con evidente desaprobación.

—Me ofende pensar que crees que somos tan estúpidas, querido hijo. Pero dadas las circunstancias, dejaré que te golpees con cualesquiera que sean las consecuencias de esa absurda idea.

No dijo más durante todo el plato principal. Patrick se sintió un poco mal. No le gustaba hacer sentir mal a su madre porque ya la había hecho sufrir demasiado, así que optó por cambiar de tema.

—¿La abuela por qué no ha bajado a cenar?

Desde que habían vendido la casa en Londres para poder saldar las deudas de Patrick, su abuela pasaba gran parte del tiempo en la mansión de campo ligada al título. Decía que ya no tenía la edad para estas fiestas londinenses, pero de vez en cuando, y para conservar viejas amistades, se quedaba unas semanas en Londres con los duques. A Patrick le sorprendía que a este no le molestase, pero supuso que se debía a que su abuela era de las que evitaban conflictos, y su presencia no molestaba.

—Se quería acostar temprano. Le dolía la cabeza.

Sabía que, a medida que pasaban los años, cada dolencia de la baronesa perturbaba a su madre. No obstante, Patrick veía a su abuela bastante bien. Tenía fe de que duraría al menos diez años más.

—¿Y mis hermanos?

—No nos han dejado asistir a la cena.

La voz que respondió era femenina y aguda. Provenía de la entrada, y venía de una niña de cabellos negros como el ébano y una mirada gris llena de picardía. Contaba apenas con ocho años, pero la astucia de sus ojos revelaba una inteligencia peligrosa.

A su lado, con expresión resignada, estaba un niño de la misma edad. Se había recostado en el marco con la resignación de un soldado que quería estar en otro lado, pero tenía un deber mayor que cumplir.

—Deberían estar durmiendo —les reprochó Ivory con una mirada de advertencia que Patrick conocía muy bien. Sin embargo, o su madre estaba perdiendo facultades, o esos niños tenían un carácter más difícil de manejar, porque ni siquiera se inmutaron.

Victoria bajó la mirada con fingida inocencia, y en un tono demasiado tierno para hacer que el receptor mantuviera el enfado, dijo:

—No teníamos sueño, y queríamos ver a nuestro hermano.

—Yo sí tenía sueño —dijo George sin preocuparse por ser cortés—. Ella me sacó de la cama.

Ciertamente ambos ya tenían las batas de dormir puestas. Patrick no dudaba que su institutriz se había ido a descansar con la fiel

creencia de que había cumplido con su deber.

Niños manipuladores.

—Pero me alegro de verte —acotó el niño, que al menos había desarrollado la consciencia de saber cuándo estaba pasando la línea entre la pedantería y la grosería.

—Podrían verlo si su hermano decidiese visitarlos con más frecuencia a horarios apropiados —dijo Ivory con calma.

—Lo apropiado es aburrido, ¿no es así?

Patrick se levantó y se acercó a ellos. Tomó a Victoria entre los brazos y la hizo girar en el aire. La niña soltó una carcajada de puro júbilo. George dio un paso preventivo hacia atrás, aunque Patrick ya desde hacía años no jugaba eso con él porque al niño no le gustaba. Victoria le echó los brazos al cuello.

—Oh, Patrick, ¿por qué no vienes más seguido? ¿Ya no nos quieres? ¿Nos detestas?

Parpadeó con una decepción que haría sentir culpable al más temible de los delincuentes.

—Los adoro, bruja manipuladora —dijo dejándola en el suelo—. Solo he estado un poco ocupado.

«Y no quiero toparme con tu padre», pensó para sí.

—¿No es momento de que regresen a la cama?

Gritsmore por fin se hizo notar. Sus palabras, para sorpresa de Patrick, no fueron bruscas, pero tampoco dejaban lugar a la réplica.

Victoria, sin embargo, no era alguien que se diera por vencida tan fácilmente. Si algo tenía la niña, era una fuerte determinación.

—¿No podemos quedarnos un rato, padre?

Si Patrick hubiera estado en el lugar del duque, habría cedido. Era difícil resistirse a esos ojos de cachorro y su tono cantarín. Sin embargo, la niña aún no había desarrollado la increíble habilidad de romper la barrera de hierro con la que se protegía Gritsmore, aunque no dudaba que un día lo lograría.

Él se limitó a alzar una ceja y ella suspiró con resignación. No porque se rindiera, sino porque era lo bastante inteligente para saber que lo mejor era estar en paz con sus padres si después quería conseguir objetivos mayores.

Cuando fuera grande sería un dolor de cabeza para ambos, sobre todo considerando que su belleza y posición harían que muchos sangraran solo por obtener su mano.

—Regresar a dormir me parece una excelente idea —dijo George, apoyando el comentario con un bostezo—. Un gusto verte, Patrick.

El niño dio media vuelta y empezó a caminar hacia los dormitorios. Aunque físicamente se parecía mucho a su padre, estaba dando indicios de tener un carácter más llevadero. No era manipulable, ni mucho menos. Era callado pero inteligente, aunque había dos mujeres que podían controlarlo, y ambas estaban en esa sala.

—Nos vemos, hermano —dijo la niña—. Ven más seguido. Eres más divertido que George.

—¡Te escuché! —gritó el niño a lo lejos.

Ella se rio con picardía y se marchó. Patrick también sonrió. El servicio sirvió el segundo plato, pero los niños habían aligerado el ambiente.

Incluso Gritsmore parecía de mejor humor.

La cena terminó sin ninguna muerte inesperada. Una vez en su habitación, no pudo evitar pensar en Rebecca.

Se dijo que era normal. Si deseaba conseguir que ella lo aceptara, tenía que evaluar muy bien su carácter para saber cómo tratarla.

Aunque le era difícil decidir si su misión se estaba complicando o facilitando, pues a medida que la conocía, descubría una nueva particularidad de ella. Había pasado de ser la joven huraña y vengativa a una inteligente y con gran capacidad de análisis. Dios sabría cuántas sorpresas más escondería.

Pero a Patrick le agradaba eso. No podía decir de sí mismo que era un hombre de letras, pero no despreciaba los libros, y no siempre tenía con quien compartir opiniones interesantes.

No le daba vergüenza admitir que estaba convenciéndose de que el matrimonio entre ambos podría funcionar muy bien. Solo esperaba lograr convencerla a ella de lo mismo.

Desde que Rosemary se había casado, Becca odiaba las cenas familiares, porque el tema de conversación era, en su mayoría, ella.

Esa noche en particular Hattie estaba muy emocionada, y Becca sabía que intentaba preparar el terreno para plantearle a Ray su interés en el conde de Middleton, y lo sabía porque la misma Hattie le había revelado su plan poco antes de la cena.

Becca ni siquiera intentó negarse. Sería sospechoso, y tampoco era fácil disuadir a Hattie de algo. Por lo tanto, respiró con paciencia cuando la escuchó decir:

—El conde de Middleton también me parece un buen partido.

Raymond arrugó un poco el ceño, mientras intentaba recordar. Ubicar a todos los candidatos que Hattie había mencionado para llegar «disimuladamente» al conde no era su actividad favorita, pero era un hombre responsable, y sabía que involucrarse en los pretendientes de su hermana era su deber.

Y también llevaba años acostumbrado al parloteo de Hattie.

—Hace varios años perdió casi toda su fortuna en juegos y vicios. Tuvo que vender su casa en Londres y le debía una gran cantidad de dinero a su padrastro que tardó años en pagarle.

Vaya que Ray tenía buena memoria. Becca solo había escuchado esa historia porque de vez en cuando a alguien le apetecía hacer un comentario al respecto cuando veía al conde, pero era un chisme del que ya poco se hablaba. Sin embargo, supuso que en su momento había sido un gran escándalo, sobre todo porque la condesa viuda de Middleton terminó, de alguna manera, convertida en duquesa.

Algunos decían que había seducido al duque para que le perdonara la deuda a su hijo, que había quedado embarazada y eso había obligado al pobre caballero a tener que cumplirle. Becca conocía al duque solo de mirada, pero no le parecía alguien que se dejase embaucar con ese tipo de estrategias.

Asumía que las mujeres solo estaban molestas porque habían sacado del mercado a uno de los viudos más cotizados de aquella época.

—Pero hace años que no juega —acotó Hattie—. Se debe apreciar el esfuerzo de aquellos que reconocieron sus errores y enderezaron su camino.

—Sin embargo, creo que aprecio más a los que tuvieron la sensatez de no cometer dichos errores en un principio.

Ya había supuesto que Ray diría algo semejante. No era un hombre de mentalidad piadosa.

—Pero, si a Becca le gustase...

—¿A Rebecca le gusta?

Sus ojos se posaron en ella y Becca maldijo a Hattie. Nunca había llegado a ser disimulada.

—¿Becca, estás enamorada? —preguntó Alison con emoción.

Hablar de pretendientes siempre era algo que le emocionaba a su hermana menor. Aunque no podría describirla como una romántica empedernida, Alison sí tenía una misión de vida clara: casarse.

Ninguno le había dicho lo difícil que era ese objetivo dada su condición.

Desde pequeña, Alison sufría de los pulmones.

Los doctores dijeron que se podía deber a su nacimiento prematuro, y aunque había vivido más que los cinco años que le habían pronosticado, era inevitable notar que se cansaba con facilidad, que su estatura era más baja que la del promedio y que estaba muy flaca.

Cuando la principal razón de un matrimonio era la procreación, una mujer que parecía no estar apta para concebir no era una muy buena opción, por más dote que tuviera o la posición que ocupara.

Pero romper las emociones de una joven de dieciséis años era demasiado, incluso para Becca. Además, sospechaba que su hermana era muy consciente de la desventaja que tenía ante otras, y solo había decidido tomarlo con optimismo.

—¿Rebecca? —insistió Raymond.

Ella respiró hondo y, con un tono que esperaba no fuera demasiado ansioso, pero tampoco desinteresado, respondió:

—Puede que me llame la atención.

—¿Por qué?

Raymond de verdad no lo comprendía, pero era debido a que su hermano siempre había sido partícipe de elegir la mejor opción.

Irónico, porque Hattie nunca había sido la mejor opción.

—Es interesante conversar con él.

Al menos no era del todo mentira. Después de su última charla, Becca le cedía eso.

—¿Es guapo? ¿Tiene todos los dientes? No te cases con un caballero sin dientes, Becca. Dicen que es incómodo besarlos.

—¿Dónde has escuchado eso? —preguntó Hattie, escandalizada.

Una pregunta interesante, puesto que Alison, como no había sido presentada en sociedad, asistía a muy pocos eventos. Seguramente se lo había oído a alguna de las doncellas.

Raymond, por su bien, fingió que no había escuchado el comentario. Un problema a la vez.

—No creo que su interés principal en ti sea que aportas una buena conversación.

Ella intentó no sentirse ofendida. Sabía que no era la intención de Ray que sonase horrible, pero pocas veces había maneras bonitas de decir la verdad.

Porque antes de hacer ese absurdo trato, tenía muy claro lo que lord Middleton deseaba de ella.

Su dote y posición eran lo único por lo que la mayoría de los caballeros la toleraba, no valía la pena negarlo.

Y fingir que no lo sabía sería insultar la inteligencia de su hermano y dejar por el suelo la suya propia.

Así que optó por otra salida.

—Rosemary solía decir que la razón por la que un caballero se te acerca no tiene que ser la misma por la que se queda. Solo quiero darnos la oportunidad de ver si algo puede salir de esto. ¿Me la vas a negar, Ray?

A Raymond le hubiera encantado decir que sí, lo supo por la mirada de recelo en sus ojos. Sin embargo, con los años su hermano había aprendido a ser más permisivo, así que refunfuñó.

—Como quieras. Solo... ten cuidado.

Becca sabía a qué se refería, pero no era algo de lo que Ray tuviera que preocuparse. Después de lo que le había pasado a su hermana, no cometería la insensatez de volver a confiar en alguien.

—Tengo esperanza de que todo saldrá bien, Ray.

Y de verdad lo esperaba, porque con toda su familia involucrada en la mentira, ver a Helen destruida sería la única recompensa que recibiría para mitigar la incomodidad de tener que dar después explicaciones sobre la ruptura.

Por suerte, Becca también era optimista cuando le convenía.

Capítulo 6

Patrick nunca se había considerado un hombre romántico, pero al leer la correspondencia que le había «mandado» a la señorita Morgan, no podía describirse como poco menos que un poeta.

Si lo que lady Rebecca había escrito era similar a esos borradores que le había hecho llegar, no le extrañaba que la dama suspirara cada vez que lo veía, pero sí le desconcertaba que no se hubiese extrañado de que su actitud en persona difiriera tanto de la mostrada por carta, aunque quizás se debía a que lady Rebecca se había inventado todo un drama sobre unos padres que no aceptarían su matrimonio y que era preciso esperar el momento apropiado para el cortejo.

No dudaba que tendría una excelente carrera como escritora si se lo llegaba a proponer.

Guardó las notas en la gaveta de su escritorio y se debatió sobre si escribirle para confirmar la recepción o no.

Decidió que sí. Era algo importante.

Si tenía un poco de suerte, ella le respondería.

O, mejor dicho, iba a asegurarse de que respondiera.

Querida lady Rebecca.

Le escribo para confirmarle la recepción de las misivas. Las he leído, y no he podido hacer menos que sorprenderme con mi increíble conocimiento de poesía y mi capacidad para expresar mis sentimientos.

Es una fortuna para ambos que la señorita Morgan no sea demasiado fanática de la lectura, o quizás se hubiera percatado de que muchos de los versos que le dediqué se asemejan bastante a los de lord Byron. Pero supongo que eso ya lo había tenido en cuenta.

Por otra parte, considero que debería hacer un repaso de los tomos de poesía que tengo en mi biblioteca, ¿o mi encanto será suficiente para no levantar sospechas?

Atentamente,
lord Byron Middleton

Becca no se quiso reír. Hizo un gran esfuerzo por no reírse, pero no pudo evitar curvar los labios ante la misiva.

Oh, qué ocurrente era. Se suponía que no debía haber respondido. O, en el peor caso, habría bastado con que confirmara la recepción de la misiva. Sin embargo, se había extendido para que ella se obligara a responderle.

Becca debería haberlo ignorado, no ceder a su provocación, pero la había provocado tanto que ignorarlo sería más un acto de cobardía que de buen juicio.

Y Becca no era cobarde.

Antes de que pudiera pensarlo mejor, se encontró respondiendo a la nota.

Estimado lord Middleton.

Como bien supuso, sí, ya había tomado en consideración que Helen lo único que lee son los panfletos de chismes.

Por otra parte, si ha reconocido a lord Byron en mis versos, creo que su conocimiento en poesía es lo suficientemente bueno para que pueda solventar cualquier inquietud de Helen, pues, como bien mencionó, no es la mujer más avezada en literatura. También tome en cuenta que lo que le he enviado son las primeras versiones de las notas reales. En algunas no fui tan romántica porque habría resultado sospechoso.

Me alegra saber que ha recibido sin inconvenientes todas las misivas.

Si necesito comentarle algo, me pondré comunicaré con usted.

Atentamente,
lady Rebecca Astor.

Rebecca asintió, satisfecha, antes de darle la carta a un lacayo para que se la hiciera llegar al conde.

Sus palabras debían bastar para cortar el intercambio.

El problema era que Patrick no quería cortar el intercambio.

Querida lady Rebecca

Ya que ha mencionado lo de mantener el contacto, creo que sería un buen momento para establecer nuestro próximo encuentro. Me comentó la señorita Morgan que asistirá a la fiesta de disfraces de lady Snowdon, por lo que supongo que es un buen lugar para el desarrollo del plan. Ella ha dicho que iría de doncella medieval, y que le gustaría que yo fuese su caballero. Sin embargo, me veo más inclinado a disfrazarme de dragón. ¿Usted qué opina? ¿Sería demasiado rebelde de mi parte?

Quedo atento a su respuesta.
lord Middleton

Becca recibió la misiva apenas una hora después de haber enviado la anterior. La trajo su propio lacayo, así que el conde debía de haberle pedido que lo esperara y responder con prisas. Pero, ¿qué iba a responder? Ella había cerrado definitivamente la conversación.

Leyó la nota.

Bueno, era una sugerencia interesante. Becca había pensado en esperar un poco más para que su próximo encuentro no fuera tan evidente, pero una fiesta de disfraces siempre presentaba muchas oportunidades, sobre todo porque la mayoría llevaba máscara, y se podía permitir ciertas licencias.

Estimado lord Middleton

Temo que vestirse de dragón sería un mensaje que incluso la misma Helen podría entender. Yo sugeriría que le siguiera la corriente y se disfrazara de caballero medieval, después de todo, no tiene que salvar precisamente a esa damisela cuando hay otras que pueden llamar su atención. Sería interesante que esta vez fuese usted quien me invitase a bailar. Alegará que desconocía mi identidad, y que solo lo hizo porque acapararla toda la noche sería muy mal visto. Yo, por supuesto, me encargaré de dejarle en claro a Helen quién soy. Casi puedo sentir su ira. Creo que podría ser una fiesta bastante interesante.

Atentamente,
lady Rebecca Astor

Becca se imaginó la dinámica de la fiesta y sonrió con perversidad. Si todo iba bien, en un mes, o poco más, Helen se encontraría con que su flamante caballero la iba a dejar por ella, y eso hizo que sus ojos brillaran de júbilo.

La venganza estaba cerca.

Patrick, aunque no pudo ver su cara, se imaginó su satisfacción. Era difícil no hacerlo cuando se leía con precisión en cada detalle del plan.

Una pequeña bruja malvada era la mujer con la que quería casarse.

Alguien sensato desistiría.

Pero Patrick nunca había poseído esa cualidad.

Al contrario, siempre se había sentido atraído por lo peligroso.

Querida lady Rebecca

Me sorprende, es difícil asociar tanta malicia a la dama que escribió poemas tan encantadores y palabras tan románticas. Había incluso llegado a creer que estaba equivocado con usted, y que sí le gustaban las historias de amor, pues no veo otra manera razón para crear con tanta precisión a un hombre tan perfecto. Sin embargo, me doy cuenta que estaba en un error.

Atentamente,
Patrick

La respuesta demoró más de lo esperado. Dos horas, aproximadamente, como si ella hubiese dudado en contestar. O como si se hubiera ocupado, aunque sospechaba que era lo primero.

Estimado lord Middleton.

Por supuesto que estaba equivocado. Ver en mí una mujer romántica es casi tan desacertado como suponer que su padrastro es un hombre de trato agradable. Sin embargo, me llama la atención que describa al personaje que creé como un hombre perfecto, considerando que yo solo quise elaborar un caballero que tuviera las cualidades mínimas que cualquier dama merece. Pero si usted ve a mi personaje como un imposible, no me extraña que los caballeros de ahora sean tan malos prospectos.

Una lástima

Atentamente,
lady Rebecca Astor

Patrick sonrió y, de inmediato, se puso a escribir una respuesta. Suerte que le había pedido al lacayo que lo esperase.

Querida lady Rebecca.

Primero que nada, aunque el término es correcto, preferiría que no se refiriera al duque como mi padrastro. No nos propiciamos ni siquiera el respeto suficiente para que nuestra relación sea más que tolerable, y si llega a hacer un comentario similar en su presencia, quizás sea víctima de una mirada despectiva e intimidante, cosa que no me gustaría que pasase. Respecto al otro tema, no se trata de que el hombre creado sea un prototipo imposible de imitar, solo que me es difícil imaginarme a mí en el papel de alguien que recite poesía y diga palabras tan bien cuidadas. Me sorprende que la señorita Morgan no se haya desilusionado todavía.

Ahora bien, ya que mencionó que eso es lo menos que merece una mujer, ¿acaso es eso lo que usted espera?

Atentamente,

Rebecca apretó los dientes y se dijo a sí misma que no iba a responder. La conversación iba por temas que no le agradaban, y él se estaba tomando demasiadas confianzas. Ni siquiera estaba firmando con su título. Usaba su nombre, como si fueran amigos.

No podía alentarlos más.

Pero tampoco pudo contener la necesidad de responder.

No podía dejar pasar la provocación.

Estimado lord Middleton.

Las miradas despectivas del duque no serán nunca la mayor de mis preocupaciones, pero no me cuesta nada complacerlo y evitar el término.

En relación a su pregunta, con lo que me acaba de responder, he confirmado que siempre es mejor no esperar demasiado de los hombres. No se preocupe por la señorita Morgan, la desilusión no llegará por su falta de palabras románticas, sino por el plan que estamos llevando a cabo.

Creo que es mejor que dejemos aquí nuestro intercambio. Se ha hecho de noche y mi lacayo está cansado, así que tiene órdenes de marcharse sin esperar respuesta de su parte, por muy bondadosa que sea la propina que le ofrezca.

Nos vemos en la fiesta de máscaras.

Atentamente,
lady Rebecca Astor

Entregó la nota a su lacayo con instrucciones precisas, y dejó en su mano una generosa compensación por las molestias. Estaba guardando en su cómoda las hojas y la pluma cuando Hattie apareció.

—Si querías hablar con lord Middleton, podrías habérmelo dicho y te hubiera acompañado a su casa para tomar el té. No era necesario tener todo el día a nuestro personal de un lado a otro. ¿Tienes idea de la hora que es?

Becca echó un vistazo por la ventana. Ya se había dado cuenta de que había oscurecido, pero no supo cuando sucedió.

Se había quedado demasiado centrada en pensar qué escribir y esperar con cierta ansiedad su respuesta.

¿Qué diablos le pasaba?

Lo suyo no era más que un trato, no ameritaba que hubiese pasado cada minuto después de que enviaba una nota esperando su

respuesta como una jovencita enamorada.

Oh, pero es que el desgraciado era tan provocador que era difícil resistir la tentación de responder cada nota.

Además, tenía una clase de encanto peligroso. No era el caballero que se dedicaba a los halagos, de haber sido de esos, a Becca se le hubiera hecho fácil ignorarlo. Su atractivo estaba, más bien, en su humor particular. Irónico.

Becca, que también manejaba un humor que pocos entendían, no podía resistirse a la idea de debatir con alguien que no se espantaba ante sus palabras.

Y era una atracción peligrosa.

—Me emocioné un poco. Lo lamento.

Y odiaba mucho que no fuera mentira.

Hattie suspiró.

—Podría invitarlo a tomar el té mañana.

Lo que menos quería Becca era estar sentada con él treinta minutos mientras Hattie estaba presente. Sería, como mínimo, incómodo. Y aunque pudiera persuadir a su cuñada de que los dejase solos unos minutos, no era lo que Becca veía más conveniente.

Ya habían acordado el siguiente paso.

No necesitaba verlo.

No quería verlo.

—No será necesario. Nos veremos en el baile de disfraces que habrá ese fin de semana.

—Creí que no querías ir.

No, Becca no quería. Los disfraces daban calor, y le parecían un entretenimiento sin sentido. Pero después de imaginarse lo que podría ocurrir esa noche, estaba más que emocionada.

Por supuesto, solo por tener el placer de enfadar a Helen.

No había ninguna otra razón.

—Si lord Middleton va, me gustaría asistir. ¿Crees que aún pueda transformar uno de mis vestidos en un disfraz?

Los ojos de Hattie brillaron con emoción.

—¿De qué te gustaría disfrazarte?

Becca se limitó a sonreír con malicia.

En Albany, Patrick leyó la nota y supo que era momento de parar. Si algo había aprendido después de dejar el juego, era que no valía la pena seguir insistiendo cuando las cartas ya no estaban a favor, y que siempre era mejor retirarse con algo que sin nada. Quizás había aprendido la lección demasiado tarde, pero al menos podría aplicarla en otros aspectos de su vida. Había conseguido que ella le respondiese, varias veces, eso era un avance. Algo en él debió de llamarle la atención.

Tenía esperanzas.

Decidió que podría ser una buena noche para ir al White's a cenar cuando alguien tocó su puerta indicando que había llegado otra nota.

Creyó que a Rebecca se le había olvidado decirle algo, y tomó el papel con una emoción que le daba vergüenza admitir.

Sin embargo, la carta no tenía remitente, y el lacayo le informó que un niño la había dejado y se había ido corriendo.

Patrick abrió la nota con manos temblorosas, preso de un nerviosismo que creyó nunca volver a sentir. Quería pensar que era casualidad.

Deseaba que lo fuese.

En el papel, solo estaba escrita una frase, y, al final, una firma. No se leía ningún nombre, pero el garabato era tan preciso que bastó para derrumbarlo.

Aún tienes una deuda que pagar.

Y sabía perfectamente a qué se refería.

Capítulo 7

Patrick no era fanático de los bailes de disfraces. La mayoría de las personas creían verse espectaculares con sus trajes, pero gran parte de las veces todos parecían unos bufones. Él mismo se sentía así, con esa pesada cota de malla, las botas gruesas y la espada que colgaba de un cinturón improvisado. Al menos había desistido de usar casco, porque con el calor que hacía, habría terminado cocinándose como la comida de un dragón.

Una lástima que para la señorita Morgan, él se viera encantador. No lo había soltado en toda la noche. Llevaba uno de esos vestidos medievales elegantes, rojo, ajustado con lazos en la espalda, mangas que terminaban en forma de campana y una falda que caía en pliegues pesados o abundantes. Podría haberle quedado bien a una mujer más voluptuosa, pero el escote profundo solo revelaba su falta de senos y lo ajustado su carencia de cintura. Quizás a Patrick le hubiera dado igual si la dama fuera siquiera un poco agradable, pero considerando que llevaba casi treinta minutos resaltando cualidades que estaba seguro que no tenía y cotilleando con malicia sobre otros, no estaba de humor para ser amable.

Aun así, se obligó a sonreír ante uno de sus comentarios, algo de que lord Snowdon lucía muy gordo. Sin duda, tolerar a la dama era la manera en la que Dios lo castigaba por su mal actuar, y Patrick lo aceptaba, no solo porque era consciente de que se lo merecía, sino porque tenía la esperanza de conseguir una recompensa mayor.

Si iba a sufrir, al menos podrían darle algo a cambio.

Helen siguió parloteando y Patrick se preguntó cuándo llegaría Becca.

No le había dicho de qué se disfrazaría, pero tenía el presentimiento de que la reconocería.

Se había dado cuenta de que, sin querer, había grabado ciertos detalles de ella, como su forma segura de caminar y esa mirada penetrante que observaba a todos como un halcón desde las alturas.

No intentaba llamar la atención, y esa discreción era su arma más poderosa.

Helen estaba hablando sobre una última tendencia de la moda cuando Patrick la vio. Estaba en la otra esquina de la sala. Llevaba máscara, pero habría reconocido a una milla de distancia el brillo astuto de sus ojos verdes y los destellos brillantes de su cabello rubio bajo la luz de las velas.

Se había familiarizado con mucho más que sus gestos.

Ella le devolvió la mirada e hizo un pequeño asentimiento de cabeza. Patrick sabía que tenía que ponerse en marcha, pero algo dentro de sí se había quedado prendado de su imagen.

Llevaba una túnica blanca, con un escote en V que dejaba vislumbrar sutilmente sus pechos, y caía en una falda ligera y delicada que moldeaba sus piernas e insinuaba unas caderas generosas. Era ceñido a la cintura, y las mangas acampanadas que en Helen se veían como un chiste a ella la hacían parecer una divinidad. En la cara, una máscara de plumas blancas como las de un cisne ocultaba su rostro, dejando a los espectadores con la curiosidad de saber quién era la dama que, además, tenía guindadas en la espalda unas grandes y bellas alas.

Un ángel.

O eso pensaría cualquiera que no le tomara demasiada importancia a la espada que llevaba colgada del cinto de cuero que tenía en la cadera, revelando su verdadera identidad.

Némesis. Diosa de la venganza y la justicia.

No podía negar que Rebecca tenía un sentido del humor muy poético.

—¿Lord Middleton?

Se había quedado mirándolo como un idiota, lo supo porque Rebecca lo estaba instando con la mirada a actuar mientras la señorita Morgan lo miraba con preocupación, no por él, por ella.

—Disculpe. Este traje da algo de calor. Voy por una limonada, ¿desea una?

Helen asintió, recelosa.

Patrick se dirigió a la mesa de las bebidas, pero no tomó una limonada. Estaba acalorado, sí, pero no era algo que pudiera calmar

con zumo. Necesitaba algo más fuerte.

En cuanto vio a la distancia que Helen se distrajo, aprovechó para huir.

Rebecca, siempre lista, había cambiado de lugar y se había situado muy cerca de la pista de baile, donde los invitados ya se agrupaban para la pieza siguiente. Patrick había tenido que bailar la primera con Helen, en donde ratificó que entre sus escasas virtudes no estaba el baile. En ese momento, las botas gruesas fueron una bendición.

—De haberlo sabido, habría venido disfrazado de Zeus. Hubiera sido poético.

Ella lo estaba esperando, porque no se inmutó ante las palabras susurradas en su oído. Ni siquiera giró para verlo.

—No es el mito que más me gusta de la historia de la diosa —admitió ella sin mirarlo.

—Pero lleva una máscara de plumas de cisne.

—Combinaba con las alas —respondió, con un deje coqueto.

No fue su intención, Patrick ni siquiera se atrevería a insinuarlo, solo fue algo que le salió natural.

—Algo me decía que entendería la referencia —continuó ella, esta vez sí fijó sus ojos en él—. ¿También es avezado en la mitología?

—Sé un poco de muchas cosas, menos de cómo ganar en el piquet.

Rebecca se rio, una risa sincera y natural producto del comentario con humor negro. Admiraba en secreto a los que se reían de sus desgracias, pero nunca se atrevería a comentárselo en voz alta.

Observó su disfraz. Para haber sido hecho con prisas, o eso imaginaba, estaba bien confeccionado. La cota de malla que le adornaba el pecho brillaba bajo la luz de las velas, y prometía pesar al menos cinco libras. Llevaba una espada muy similar a la de ella, plateada, brillante, pero que al momento de la acción no cortaría ni un papel. Becca había querido usar una real, pero Hattie no quiso ni hablar de ello.

—¿Y su casco, caballero? Un mal golpe podría dejarlo herido de gravedad.

Era lo único que faltaba para completar su atuendo, pero tuvo que admitir de mala gana que de haberlo llevado, se hubiera perdido parte del encanto. Tenía los cabellos castaños despeinados, salvajes, con ligeras ondas que le daban un encanto particular. Sus ojos, muy similares a los de ella, brillaban con picardía. Becca se preparó para un comentario de cuidado.

—He enfrentado amenazas más peligrosas que un golpe en la cabeza.

—¿Cómo cuáles?

—Estar en presencia de una diosa en toda su divinidad. Entiendo que ningún mortal sobrevive a ello.

A Becca le hizo gracia el comentario, pero se cuidó de mostrarlo. Hacerle saber que su coqueteo la entretenía podía alentarla, y ella no deseaba eso.

Ni siquiera sabía por qué la entretenía. Quizás era la manera en que lo decía. Su tono no parecía, en principio, destinado a halagar, sino una burla suave para aligerar el ambiente.

Aun así, bufó.

—¿Me va a pedir el baile o se ha arrepentido del plan?

Él extendió la mano desnuda hacia ella. Con la excusa del disfraz, ambos habían prescindido de los guantes, lo que hacía el contacto más íntimo, peligroso. La pieza era un vals,

Comenzaron a moverse al son de la música. Casi de inmediato, Becca sintió unos ojos sobre ella.

Helen.

—Nos observa, ¿no es así? —preguntó Patrick.

No había querido girarse porque no sería conveniente, pues cualquier joven enamorado, al captar la mirada triste de su amada, se mostraría avergonzado de estar bailando con mujer.

Y en ese momento no podía fingir que no estaba disfrutando de ese baile.

—Con el ceño de alguien que acaba de tomar algo muy agrio —dijo ella con satisfacción.

Observó a su alrededor. Había muchas parejas, a unos los reconocía, a otros no, pero estaba segura de que pocos lograban reconocerla a ella. Lo había comprobado cuando varios caballeros a

los que en su momento había espantado se acercaron a pedirle un baile. Estaba de incógnito.

Y eso la hacía sentirse atrevida.

—¿Qué tan valiente se siente hoy, lord Middleton?

Él la miró con extrañeza.

—Depende de qué proponga.

—Una escapada al jardín.

Él se sorprendió, pero la sonrisa maliciosa de ella descartaba cualquier broma.

—Habla en serio —dijo, incrédulo.

—Solo mi familia y usted conocen mi identidad, y mi familia no está cerca.

—La señorita Morgan la sospechará.

—Pero no se atreverá a delatarnos. Esta vez no le conviene.

Becca sentía una satisfacción infantil al imaginarse a Helen atada de brazos. No había dudado en tenderle una trampa a su hermana, pero la misma lengua que usó para condenar sería la que se tendría que morderse si quería conservar la esperanza de casarse.

La vida podía ser justa si se daba el empujón adecuado.

Empezó a caminar hacia la salida a los jardines. Cuando estaba por salir, se giró hacia Helen y le sonrió. Eso debería bastar.

Patrick la siguió, dubitativo, no porque le pareciese una idea maravillosa, pues lo veía como una gran oportunidad, sino porque era difícil no quedar asombrado ante su atrevimiento y malicia. Para ella, no había límites cuando se trataba de vengarse, y eso era un rasgo de su personalidad con el que tenía que tener cuidado.

Los jardines no estaban solos. Las mascaradas o las fiestas de disfraces no eran en vano uno de los eventos que la sociedad adoraba. Nunca faltaba alguno en la temporada, y era porque la aristocracia necesitaba con urgencia algo que le permitiese liberarse de la opresión social.

—Es increíble, ¿no cree? —preguntó Becca recostándose en un árbol. Había localizado un rincón apartado y seguro, que les permitía una amplia visión del entorno sin sacrificar la protección de las sombras.

—¿Qué cosa?

—Lo que puede llegar a hacer la gente resguardada en el anonimato. Me atrevería a asegurar que muchos de los que están en estos jardines, en una velada común, pregonarían las reglas morales con estricta eficacia y no dudarían en sancionar a quienes vayan en contra. Sin embargo, como hoy nadie puede identificarlos, se atreven a escaparse a los jardines con personas que, asumo, no son sus parejas legales. No romper ninguna ley si nadie sabe que lo hiciste.

—Una teoría interesante —concordó Patrick—. Pero creo que usted llegó a comentarlo aquella vez en el almuerzo. Lo que frena al hombre de actuar como quiere es el miedo a las consecuencias. Si no hay riesgo a consecuencias, no hay miedo.

—¿Y no cree que quizás vivimos con demasiado miedo? Es decir, asumo, bajo una perspectiva de malicia, que quienes se encuentran buscando cobijo en las sombras son amantes infieles, pero ¿qué sucede si solo son dos jóvenes enamorados que desean conocerse mejor, pero la sociedad no lo permite? Muchas penas se ahorrarían si le permitiesen a las parejas descubrir qué tan compatibles son en verdad.

—Ah, pero muchas tragedias ocurrirían si se dejase a todos hacer lo que quisiesen.

—No se trata de ser permisivos en exceso, sino de saber cuándo hacerlo. Si se trata de algo que no hace daño a nadie, más que, quizás, a la misma persona involucrada, ¿por qué negarlo? Por ejemplo, me parece ridículo que un hombre que no beba alcohol sea considerado extraño, pero una mujer que lo haga es inapropiada. ¿Por qué no merecemos nosotras una copa? Cuando estamos agotadas intentando no romper ninguna regla, o cuando se tolera a un caballero especialmente molesto, sería agradable poder beber algo sin que te miren con reproche.

—Sin duda, es una idea que mi madre aprobaría —dijo con sarcasmo—. No tengo nada en contra de que las mujeres beban o fumen si quieren, pero debo decir que, como ambos son vicios difíciles de dejar, que obliguen a mantenerse alejadas puede ser más una ventaja que un inconveniente.

—Pues deberíamos tener el derecho de decidir si queremos o no caer en ello.

—No siempre se toman las mejores decisiones.

—¿Lo dice por experiencia propia?

Becca era consciente de que era una pregunta impertinente, pero no había podido resistir la tentación de hacerla.

Aunque no había querido dedicarle muchos de sus pensamientos, su historia le causaba curiosidad. Escuchar de jugadores empedernidos que no volvían a tocar las cartas era extraño. Por lo general, el juego era un vicio que pocos podían dejar, y los que lo hacían, demostraban una gran fuerza de voluntad para no recaer.

Conocía poco a lord Middleton, pero parecía tan contenido que le era difícil imaginárselo adicto a las cartas.

—Sí.

Eso fue todo lo que respondió. A Patrick no le gustaba hablar del tema. Si por él fuese, enterraría esa parte de su pasado y fingiría que nunca existió. Pero la sociedad no olvidaba fácil, así que había aprendido a rehuir la conversación todo lo que pudiese.

Por suerte, ella no insistió. Se quedaron en silencio unos segundos, mirando a los valientes que paseaba por los jardines y desaparecían en algún rincón oculto. El espacio estaba iluminado, pero la noche sin luna proporcionaba muchos rincones para aquellos fugitivos.

Había silencio, mucho silencio.

—Considero que es inútil intentar proteger a alguien. Nadie aprende si no es por sus propios errores. ¿Tiene un cigarro?

Ante petición tan atrevida, Patrick no pudo hacer menos que parpadear con asombro.

—Ni lo sueñe. Como su hermano lo sepa...

—No se va a enterar. Apenas entre, tomaré una limonada, y si comenta algo, argumentaré que un caballero con mal aliento me pidió un baile y no pude evadirlo.

Para no ser una dama coqueta, se le daba bastante bien poner una expresión tierna para conseguir lo que quería. Patrick, que se creía a esas alturas inmune a las tretas de manipulación femenina,

se vio sacando su caja de puros solo con la esperanza de sacarle una sonrisa.

Le tendió uno, sacó las cerillas del bolsillo y lo prendió. Ella lo observaba con fascinación infantil.

—Tiene que inhalar lento y...

La advertencia llegó tarde. Ella se llevó el puro a la boca y, apenas inhaló, se ahogó. Estuvo tosiendo por tanto tiempo que Patrick estuvo tentado a darle unas palmadas en la espalda.

—Pues ya ve —dijo con voz ronca cuando se calmó—. He aprendido la lección.

Le tendió el cigarro y Patrick lo presionó contra un árbol para apagarlo. La burla con la que tomó la situación lo sorprendió.

—Por un momento temí que me dijera que había sido la mejor experiencia de su vida, aunque fuera para no darme la razón.

—No soy tan intransigente. Sé admitir cuando me equivoco —replicó ella, ofendida—. Solo que no me gusta que me digan qué hacer. Prefiero descubrirlo por mi cuenta. Y he descubierto que no me gusta fumar.

—Se le agarra el gusto cuando se aprende a hacerlo —admitió Patrick—, pero toma su tiempo.

—Tiempo perdido. ¿Por qué la gente invertirá minutos en eso?

Él se encogió de hombros.

—Relaja, aunque no lo crea. Pero me alegra que no le haya gustado. —Guardó silencio un momento, midiendo sus próximas palabras—. Sin embargo, si le interesa seguir experimentando, hay vicios menos desagradables.

Rebecca lo miró con sospecha. Había un matiz jocoso en su tono que le advertía que tuviera cuidado, pero como nunca había sido cobarde, preguntó:

—¿Ah, sí? ¿Cómo cuál?

—¿Alguna vez la han besado?

Becca hizo todo lo posible porque su cara no evidenciase sus pensamientos. Había sospechado que quizás saldría con algo así, pero ni estando preparada evitó que un pequeño cosquilleo de anticipación le aruñara la piel.

No era la primera vez que le pasaba cuando estaba cerca de él. Lo había sentido cuando sus manos desnudas se juntaron para el baile, o la primera vez que conversaron y quedaron muy cerca. No sabía muy bien qué le sucedía, pero le preocupaba.

—No es buena idea intentar coquetear conmigo, lord Middleton. Creo que se lo advertí.

—Es verdad. Además, en este preciso momento debe saber a cigarro.

Becca se rio, y ni siquiera supo por qué, puesto que debería de haberse sentido ofendida. Pero era difícil mostrarse molesta ante el tono que usaba. Tenía una manera de tratar el tema que le impedía alzar sus defensas. Su coquetería no era invasiva o practicada, más bien natural. Casi le hacía creer que lo decía de verdad, sin ninguna intención oculta.

Casi.

No hablaron por unos minutos, pero el silencio no era incómodo. De hecho, era tan agradable que a Becca le extrañó. Era raro sentarse al lado de alguien, no cruzar palabra, y no sentir la necesidad de llenar el silencio. Pocos apreciaban el gusto de no decir nada.

Lo observó de reojo. Nunca lo admitiría en voz alta, pero le parecía atractivo.

Becca nunca había sido de las que se mentía a sí misma, y negar que el conde de Middleton era apuesto sería una actitud muy infantil de su parte, puesto que sí lo era. Tenía los cabellos castaños oscuros, cerca del negro, y rasgos que, aunque delicados, no dejaban de ser masculinos. Los ojos, verdes y rasgados como los de un gato le daban un toque de misterio a su rostro, haciendo preguntarse al que lo mirara quién era realmente el conde de Middleton.

Becca también se hacía esa pregunta. Sentía que había mucho de él que no dejaba ver. No era una actitud que criticase, pues ella también era reservada, pero no negaba que le causaba curiosidad.

Y esa propuesta...

Becca ni siquiera debería de estar considerándola. Era absurdo, peligroso, pero también tentador.

Muy tentador.

Porque nunca la habían besado.

Porque sentía que, si no aprovechaba la oportunidad, nunca sabría que se sentía.

—Solo un beso, sin compromisos —advirtió.

La aceptación tomó a Patrick desprevenido, quien incluso antes de hacer la propuesta había asumido que esta sería rechazada. Lo había comentado porque vio el ambiente propicio, porque nunca estaba demás intentarlo. No significaba que no estuviera sorprendido.

—Sin compromisos —le prometió.

Y le juraría lo que fuera con tal de probar sus labios.

Quería decirse que era parte del plan, que se trataba solo de un paso para persuadirla a que aceptara ser su pretendiente, pero lo cierto era que sí quería besarla.

Negar que era una mujer bonita sería tonto. Quizás no tenía la belleza despampanante de otras damas, pero había un aire seductor en ella que otras no podían ni siquiera igualar. Tal vez era su mirada penetrante, o la seguridad que emanaba al caminar. Todo en ella instaba a un pobre incauto a averiguar qué tanto le podía ofrecer.

Y él no se avergonzaba de admitir que no tenía la voluntad para resistir.

Se inclinó hacia ella con lentitud, haciéndole saber que se alejaría si se arrepentía, pero deseando con todas sus fuerzas que eso no sucediera.

Y no pasó. Ella mantuvo la barbilla hacia arriba, y sus labios entreabiertos le gritaban una invitación silenciosa.

Entonces, sus labios se rozaron.

No sabía a cigarro, al contrario, sus labios eran dulces como la miel, como una mermelada recién hecha que instaba a comer más y más.

Patrick quiso ir lento, pero se encontró a sí mismo devorando su boca como un hombre que no había comido en días, y ella no se negó. Respondió al beso con la misma curiosidad, incluso con necesidad.

Solo se alejó cuando la respiración comenzó a faltarle. La observó. Estaba jadeante.

—Mejor que el cigarro, espero —dijo con humor.

Ella no respondió.

Becca nunca se había sentido así.

Algo en su cuerpo se encendió cuando sus labios se tocaron.

En ese momento, podía entender por qué algunas jóvenes arriesgaban su reputación para unos besos robados con su amado. Daba esa clase de satisfacción por la que valía la pena afrontar las consecuencias.

Daba más que satisfacción.

Generaba una necesidad.

Una muy peligrosa.

—Es posible —respondió, aunque su conciencia la llamó mentirosa —. Creo que ya es momento de volver.

Becca era consciente de que estaba huyendo como una cobarde, pero el beso le había robado la capacidad de pensar con claridad, y sentía la urgente necesidad de recuperarla.

—Iré primero. Después debatiremos el resto de pasos a seguir.

No esperó respuesta. Se marchó con una velocidad vergonzosa, pero no le importó.

Necesitaba un trago.

Patrick la observó irse con un esbozo de sonrisa tensándole el rostro.

Le había gustado. Ella no lo admitiría, pero él se había dado cuenta.

Podría considerar, sin duda, una victoria. Con paciencia, podría llegar a persuadirla de que un matrimonio entre ambos sería un acuerdo beneficioso en muchos sentidos.

Patrick se imaginaba resolviendo gran parte de sus problemas casándose con ella, y no solo en el aspecto económico, sino en muchos otros.

Desde hacía un tiempo, se sentía... vacío. Los meses después de dejar el juego fueron difíciles. Adaptarse, pagar deudas, centrarse en las responsabilidades lo había mantenido ocupado. Pero una vez se acostumbró, la vida se volvió... aburrida. Se dio cuenta de que no

tenía verdaderos amigos con los que conversar, personas en que confiar. Pasaba varias noches en su apartamento de Albany viendo el techo, y preguntándose si así era simplemente la vida o podía haber algo más. Pero Becca... ella era una chispa que encendía su ingenio, lo obligaba a pensar, a replicar. Se divertía con ella. Consideraba que podrían pasar buenos momentos juntos...

Si tan solo se dejara conquistar.

«Ten paciencia», se dijo a sí mismo.

Todo lo bueno se conseguía con paciencia.

—Estás sonriendo como un idiota.

La voz que lo sacó de su ensoñación estaba a sus espaldas, y Patrick ni siquiera tuvo que girarse para reconocerla.

—¿Qué hace aquí? —preguntó, fastidiado.

El duque de Gritsmore esbozó la mueca más parecida que tenía a una sonrisa. No llevaba disfraz, hubiese sido extraño que lo hiciese, pero su ropa negra lo ayudaba a camuflarse entre las sombras. Antes de volverse a casar, el duque siempre vestía de negro. Decían las lenguas inquisidoras que estaba en un luto eterno por su mujer muerta, pero Patrick empezaba a sospechar que solo le gustaba el color porque era consciente de que lo hacía aún más intimidante.

Como respuesta, apagó el cigarro que había estado fumando y lo tiró al suelo.

—He salido a fumar.

—¿Y desde cuando está cotilleando?

—No cotilleo. Tengo gente que lo hace por mí —respondió con inferencia—. Ustedes no estaban siendo discretos, ni pusieron mucho empeño en su escondite. Tienes suerte de que lady Rebecca lleve un buen disfraz.

Patrick no se sorprendió de que la hubiera reconocido. Para desgracia de todos, pocas cosas se le escapaban al duque. Le asombraba era que considerase el tema digno de una conversación con él.

—¿Me va a dar un sermón sobre buenas conductas y moral? —preguntó con sarcasmo.

Él lo miró como si hubiera dicho algo ridículo, cosa que probablemente era cierta. Gritsmore ni siquiera debía de saber qué

significaban esas palabras.

—Te puedo dar un consejo de cómo conseguirla, si es lo que deseas.

—No, gracias. Dudo de la eficacia de sus planes.

—Puedes dudar de la moralidad de mis planes, pero nunca de su eficacia —dijo sin inmutarse—. Te aseguro que si hubiese decidido interrumpir su beso y hacer el papel de un aristócrata ofendido, ella sería tuya dentro de unos días.

Patrick apretó los labios. Gritsmore era la clase de hombre que tomaba lo que quería sin ni siquiera preguntar. A veces, se cuestionaba si el duque no habría hecho lo mismo con su madre. Si no la habría chantajeado de alguna manera, si no la habría presionado a quedarse con él. Aunque Ivory no tenía un carácter manso, sentía gran debilidad por sus hijos, y haría lo que fuese para evitarles problemas.

Nunca se lo había preguntado porque tenía miedo de la respuesta, y se consolaba con la idea de que su progenitora no parecía infeliz a su lado, al contrario. Pero le era difícil asociar a ese hombre con un carácter tan impositivo como alguien que pudiera ser amado.

—Considero que tengo suficientes capacidades para que una dama acepte ser mi esposa, sin necesidad de forzar un matrimonio entre ambos —dijo con resquemor.

El duque sonrió, una sonrisa macabra, cruel.

—Sé que te gusta pensar que forcé a tu madre a estar conmigo, se te hace más creíble. Pero me gustaría que intentases obligarla a hacer algo que no quiere y me contases cómo te va. —Empezó a caminar hacia la entrada del salón—. Tu madre siempre supo lo que quería, pero hay ciertas mujeres con las que es mejor actuar y después ver cómo lidias con su mal humor. Me da la impresión de que esta es una de ellas. Buena suerte.

Se marchó tan repentinamente como llegó.

Patrick negó con la cabeza.

Él no tenía necesidad de llegar a esos extremos, y no lo haría. Si Becca lo rechazaba, lo aceptaría como un caballero. En la vida no se podía tener todo lo que se quisiese.

Pero mientras se desarrollaba todo, no perdería la esperanza de conseguirlo.

Capítulo 8

Una vez de regreso al salón, Patrick estaba de muy buen humor, tanto, que tolerar a la señorita Morgan fue un precio muy pequeño por todo lo que había ganado, y vaya que la dama estaba intensa.

—Sigo sin entender por qué ha tenido que salir a los jardines con ella.

—No he salido a los jardines con ella —dijo con paciencia practicada—. Solo caminamos un poco por el salón. La marquesa de Rhodesay me la puso en el camino, habría sido grosero no pedirle un baile ante su insistencia poco disimulada.

Helen le dejó claro con la mirada que no le creía en lo absoluto, pero Patrick se mantuvo en su versión de la historia. A fin y al cabo, parte de la venganza de Becca consistía en hacerle perder la paciencia a la señorita Morgan. Ella los había visto salir, pero si él lo negaba, no podía comprobarlo, y tampoco era que pudiera hacer algo al respecto. Así que se carcomería con la verdad que solo ella sabía.

Buscó con la mirada a Becca, pero no la encontró. ¿Se habría marchado?

Después del beso pareció, sin duda, conmovida.

Patrick esperaba que eso no la distanciara. Había aprendido a conocerla lo suficiente para sospechar que, si algo amenazaba contra su posible autonomía, alzaba barreras difíciles de cruzar.

Besarla había sido una apuesta arriesgada.

Y nunca le había ido bien en las apuestas.

Pero tenía la esperanza de que el beso le hubiese gustado lo suficiente para que, al menos, considerara la idea de no rechazarlo de inmediato.

Por suerte, no se podía deshacer de él por el momento. Si había cometido un error besándola, todavía tenía tiempo de resarcirlo.

—¿Cuándo será nuestro matrimonio?

Patrick casi se atraganta con la limonada que estaba tomando. Habría deseado que pasara un mesero con algo más fuerte.

Hasta el momento, Helen solo había lanzado insinuaciones llevaderas al respecto. Supuso que la situación con Rebecca había acabado con su paciencia.

—Estoy esperando el momento propicio...

—Lleva diciéndome eso semanas. ¿Por qué decidió desvelar su identidad si no era para seguir adelante con el compromiso? Mi madre está ansiosa, yo también. ¿Cuánto tiempo me va a tener esperando?

Si la situación fuese real, y si ella no fuese un alma maliciosa, Patrick se hubiera sentido como un canalla, pues su reclamo tenía sentido, un caballero que cortejaba a una dama y no mostraba intención de formalizar estaba falto de honor.

—Ya he estado hablando con mi madre al respecto —dijo para tranquilizarla—, pero tiene un carácter complicado, y... bueno, desconfía un poco de la viabilidad de este matrimonio. Ella es más práctica, sabe. No piensa en sentimientos, como yo, sino en conveniencia.

—No me es difícil creerlo.

El doble sentido de su frase enfureció tanto a Patrick que tuvo que apretar los dientes para no hacer mala cara. Era en esos momentos donde se podía ver a la verdadera Helen. No era una dama solícita, ni sumisa, como quería hacer ver. Sino una víbora con una gran capacidad para hacer daño.

Patrick podría haberlo pasado por alto si no se hubiera metido con su madre. Ivory podría ser muchas cosas, pero Dios sabía que, al menos, el dinero no había sido la razón por la que se quedó con el duque.

No la principal.

Aunque eso hubiese sido más creíble que pensar que estaba enamorada de él, como le gustaba afirmar.

—Lograré convencerla —dijo, con un tono persuasivo que él mismo se creyó. Para enfatizar sus palabras, tomó su mano y depositó un corto beso en ella—. Recuerda que mi corazón está unido al tuyo en una alianza silenciosa.

Ante uno de los versos que le había «escrito» durante su «intercambio», Helen se tranquilizó un poco. Su mirada aún delataba

desconfianza, recelo e ira por quien quería robarle la única oportunidad que tenía de conseguir un esposo, pero su esperanza era mayor a sus celos, así que le sonrió.

Patrick, que en otro momento se hubiera sentido mal por su actuar, no fue carcomido por ningún remordimiento. Algunas personas obtenían solo lo que merecían.

Cuando llegó a su casa, otra nota lo esperaba.

La abrió con rapidez, a pesar de que la mano le temblaba. Las palabras que había dentro no fueron una sorpresa, pero tampoco eran recibidas con entusiasmo.

Si no pagas, lo lamentarás

Patrick suspiró con cansancio.

No tenía firma. Solo un garabato muy bien cuidado, igual que la advertencia anterior.

Había pasado tanto tiempo que había olvidado cómo se sentía la ansiedad de tener deudas que pagar.

Se había permitido relajarse, pensando que todo estaba solucionado.

Al parecer no.

Fue al estante de su pequeño despacho, donde una botella casi vacía le ofrecía pobre consuelo. Una manera que había encontrado de no beber tanto era no comprar alcohol suficiente que representara una tentación continua. En ese momento, lo lamentaba profundamente.

Se sirvió lo que le quedaba de brandy y lo bebió de un trago. El calor del alcohol apenas y lo reconfortó. Su corazón latía rápido, preso de un ataque de nervios.

—No puede ser —musitó.

Se suponía que ese asunto había quedado resuelto hacía años. Gritsmore se había encargado de ello, y el duque pocas veces, por no decir nunca, dejaba cabos sueltos.

Se preguntó si debería comentarlo con él, pero negó con la cabeza.

No. Al menos, no de inmediato.

Llegado un punto tendría que hacerlo, pues aunque lo mantuviese en secreto, pocas cosas escapaban a los oídos que tenía el duque en toda la ciudad. Pero mientras tanto, Patrick prefería confirmar por sí mismo a que se enfrentaría.

Él se había metido en ese problema hacía años.
Y prefería ser él quien saliese de él.

Becca optó por regresar temprano a casa. Hattie preguntó la razón, pero ella se negó a hablar.

De hecho, se negó siquiera a pensar en el tema, pues cualquier recuerdo de lo acontecido le coloreaba las mejillas como a una adolescente enamorada, y eso le molestaba mucho.

«¿Qué diablos sucedió?», se preguntó una vez estuvo en su cuarto refugiada por las sábanas. Ella solo quería matar la curiosidad, saber que se sentía, pero no imaginó que su cuerpo se encendiera de tal manera.

¿Sería normal?

Tenía que serlo, y debía ser lógico que lo fuese, porque si no, no sería prohibido.

Como se sentía muy bien, era muy posible que, de no prohibirlo, cualquier dama cayese en la tentación con nefastas consecuencias. Entonces, su reacción no tuvo nada que ver con el conde, simplemente era algo natural, ¿verdad?

«Mentirosa» le gritó una voz fastidiosa en su mente, pues mientras intentaba convencerse de esa verdad, sabía muy bien que no era así. No se imaginaba sintiendo lo mismo con otros caballeros que había tratado. No había besado a otro para comprobarlo, pero tampoco necesitaba hacerlo. Ninguno le había provocado un cosquilleo cuando tomaba su mano para un baile, ni le erizaba los vellos de anticipación. Era algo que, aunque le costase admitirlo, solo le sucedía con lord Middleton.

—Sigue sin significar nada —se dijo a sí misma.

Quizás le agradaba físicamente, y eso no tenía nada que ver con el amor. Becca había escuchado una vez una conversación sobre eso de sus doncellas. Que alguien resultase para otro agradable de vista no significaba que se estaba iniciando un enamoramiento, pues este

involucraba muchos sentimientos. Solo era... ¿Cómo lo habían llamado? Deseo.

Sí, deseo. Pasión. No tenía que haber algo romántico de por medio.

Eso debía ser lo que le pasaba.

Se convenció de ello para poder dormir, aunque no quedó, ni de lejos tranquila, pues el recuerdo del beso la invadió incluso en sueños.

Capítulo 9

Hacía varios años que no pisaba Covent Garden, tantos, que había olvidado la oscuridad de sus calles y la putrefacción de su aroma.

Guardando su mueca de disgusto, Patrick siguió caminando a paso tranquilo. Cualquiera diría que era un estúpido por pasear con calma de noche en uno de los barrios más peligrosos de la ciudad, pero aunque había transcurrido tiempo desde la última vez, no habían pasado los años suficientes para que olvidara que mostrar miedo era peor que mostrar calma.

Escuchó un sonido. Provenía de uno de los múltiples callejones oscuros a su alrededor. Agudizó los sentidos, pero no aminoró el paso. En menos de un minuto, un niño se ubicó frente a él. Era difícil saber de dónde había salido, pero estaba sucio, su ropa se encontraba rota y sus ojos hablaban de inocencia perdida, aunque su voz quisiese decir lo contrario.

No tenía más de ocho años.

—Señor, me da una moneda.

Patrick metió la mano en el bolsillo de su chaleco y sacó su cartera. En menos de un minuto, otro niño apareció de la nada e intentó arrebatársela. Habría funcionado si hubiera estado desprevenido. Pero no era así.

Era el niño que se había confiado demasiado.

Patrick lo tomó por el brazo antes de que pudiera huir. La criatura se sacudió con violencia, pero no pudo zafarse del agarre. El otro se debatía entre si ayudar o salir corriendo.

—Me han robado lo suficiente por aquí para conocer todos sus trucos —dijo Patrick con calma—. Puedo darles más de una moneda si me ayuda a encontrar a alguien.

Los niños se miraron, dubitativos.

—¿Quién? —preguntó el que estaba frente a él.

—La última vez que supe de él lo llamaban Johnny.

Ellos se tensaron. Sabían quién era. No había manera de que no lo conociesen. Los bajos fondos de Londres era un círculo muy cerrado, quien alcanzaba poder se había posicionado teniendo muchas muertes en su espalda y se había mantenido allí valiéndose del miedo.

Preguntar por Johnny en Covent Garden era como preguntarle a un ciudadano común si sabía el nombre del rey.

—¿Pa qué lo busca? —preguntó a la defensiva el niño que tenía apresado.

—Yo diría más bien que él me está buscando a mí. Yo solo le he ahorrado tiempo y he venido a verlo.

El niño que estaba delante de él miraba hacia los lados. Parecía debatirse seriamente en huir y dejar a su compañero abandonado.

—Solo necesito saber dónde está —dijo Patrick con el fin de persuadirlos—. No me tienen que llevar. Conozco sus casas de apuestas. Solo dígame un nombre, se llevarán una corona de regalo y nunca se enterará de cómo llegué ahí.

Los ojos de los niños se iluminaron ante la magnitud de la recompensa, difícil de resistir.

—En el *Owl*—dijo el que tenía apresado.

Patrick lo miró fijamente, buscando algún indicio de mentira, pero los ojos del niño le devolvieron la mirada con seguridad.

Podría estar mintiéndole, pero por algún lado tenía que iniciar. Sacó dos monedas y se las lanzó. Después, les mostró la cartera vacía.

—Por si quieren dar aviso a alguno de sus amigos, solo traía esas dos coronas. No pensarán que me iba a pasear por aquí con una fortuna, ¿verdad?

Quizás tenía una que otra moneda escondida en un bolsillo oculto de su camisa, pero confiaba en que eso bastaría para disuadirlos. Aunque se había vestido de acorde a su posición, se cuidó de llevar accesorios que llamasen la atención, y una rápida inspección por parte de los niños se los confirmó.

Los niños se marcharon sin decir más. Patrick siguió caminando, mientras, hacía memoria de la ubicación de la taberna. Sintió uno que otro ruido en el camino, pero nadie se acercó.

La taberna estaba, en teoría, mejor que cualquier otro espacio similar en el barrio. Tenía un letrero pintado en letras rojas que revelaban el nombre y desde afuera se veía que estaba bien iluminado. Una vez dentro, lo primero que llegó a sus oídos fue el escándalo de quienes llevaban ya muchas copas encima y estaban emocionados en el juego.

Patrick recordaba ese lugar. Había jugado una que otra vez allí, cuando su grupo de juerga quería ponerse aventurero. El olor a opio llenaba gran parte de la sala, y tuvo que hacer un esfuerzo por no buscar de dónde venía.

En otra época, cuando apreciaba cualquier vicio que le impidiera centrarse en la realidad, hubiera buscado con desespero el refugio del opio, pero por suerte, su fuerza de voluntad había evolucionado con los años.

—A lo que has venido, Patrick. A lo que has venido —se dijo para centrarse.

Tampoco quería poner mucho a prueba su temple.

Se acercó a una de las camareras, que lucía un escote pronunciado y una falda corta y sin enaguar.

—¿Quieres un servicio, guapo? —preguntó mirándolo con interés.

Los aristócratas siempre daban buenas propinas.

Patrick sacó uno de los chelines que tenía escondidos en la camisa.

—Solo información. ¿Dónde está Johnny?

A ella se le borró la sonrisa de inmediato. Miró hacia los lados, como si temiera que alguien los descubriera.

—No sé de qué me hablas.

—Oh, sí que lo sabes. Vamos, no se va a molestar por mi visita. Al contrario.

Ella le arrebató la moneda de la mano y señaló hacia la izquierda. Una puerta de madera vieja separaba el bullicio de lo que era, posiblemente, un recinto privado.

Patrick caminó hacia allá. Un hombre en la puerta le bloqueó el paso cuando quiso entrar. Sin duda, la apariencia del hombre cumplía la función de intimidar. Tenía una cicatriz que le atravesaba media cara y era tan alto como ese establecimiento

—Dígale a Johnny que el conde de Middleton lo busca.

El hombre lo observó con desprecio, quizás por el tono impositivo de su voz. Patrick sabía que sentía deseos de mandarlo a la otra esquina de un puñetazo, pero se negó a mostrar miedo. Eso siempre era peor. Entró al cubículo sin decir nada, y salió pocos segundos después. Lo único que recibió de él fue un seco asentimiento de cabeza.

Patrick se adentró en el lugar. El espacio era pequeño, apenas para albergar una mesa vieja y cuatro sillas. Sin embargo, no era el mobiliario lo que puso en alerta todos sus sentidos, sino el hombre sentado en el medio que lo observaba con una sonrisa torcida.

—Lord Middleton. Qué gusto saber de usted.

—No has cambiado demasiado, Johnny —dijo, aunque su piel se erizó.

Johnny no era la clase de hombre que, a simple vista, generaría temor. Su estatura era promedio, su complexión también, y lo más aterrador de su rostro eran algunas cicatrices y la nariz rota que insinuaba una que otra pelea. No obstante, eran sus ojos los que inspiraban respeto. Había que ser idiota para no leer en ellos la perversidad y la malicia. No había ninguna clase de compasión en su alma, y era tonto creer que sí.

Patrick había sido un tonto en otra época.

En un acto de valentía, se sentó frente a él a pesar de que no había recibido invitación a hacerlo. Johnny arqueó las cejas, pero él no se intimidó.

—Pareciese que tú sí.

—Dejar el opio puede reponerte bastante. Deberías intentarlo.

Johnny sonrió y Patrick se estremeció. Quizás sí había algo diferente en él desde la última vez que lo había visto. Parecía aún más cruel.

—Mi padre está muerto.

La confesión no sorprendió a Patrick. Ya lo había supuesto. Cuando Gritsmore le dijo que se había encargado de los prestamistas, no le dio muchos detalles, pero algo le decía que había muerte de por medio, pues era difícil de otra forma deshacerse de ellos. Los prestamistas de Covent Garden no eran como los de la alta

sociedad. Si se tenía una deuda con un caballero, este lo más que podría hacer era mandar al deudor a Fleet y confiscarle los bienes que tuviera, lo que, para un aristócrata, era una tragedia, por lo que la amenaza solía ser suficiente para que buscara el dinero.

En los bajos fondos las deudas que no se pagaban con dinero, sino con sangre.

Y la banda de Johnny era una de las más peligrosas.

Patrick había cometido el error de pedirles dinero cuando sintió que se ahogaba. No solo le debía a Gritsmore, sino a otras personas, y la amenaza de la cárcel impidió que valorara las consecuencias.

Casi había muerto él y su madre por su idiotez.

Y, al parecer, la pesadilla no había terminado.

—No puedo decir que lo lamento.

Quizás no era el comentario más oportuno, pero Patrick debía mostrarse en la medida de lo posible seguro de sí mismo. No había nada más gratificante para un chantajista que oler el miedo de su víctima.

—Fue el maldito esposo de tu madre.

No, no se había equivocado. Guardó silencio.

—Quiso darnos una lección, decir que con su mujer nadie se metía. Tu madre debe ser una buena puta para que alguien a quien le debías una fortuna se tomara tantas molestias por ustedes.

Patrick apretó los puños. Quiso añadirle otra cicatriz a la cara, pero sabía que de actuar, estaría muerto antes de que pudiera salir de allí.

—No creo que más que la que te trajo a ti al mundo.

El comentario le sacó otra sonrisa a Johnny.

—No, yo tampoco lo creo.

Hubo un silencio tenso. Patrick sostuvo su mirada cada segundo, a pesar de que estaba empezando a perder la batalla contra los nervios. Necesitaba que hablara, saber qué quería.

—Sabes, yo creo que nadie es invencible si se tiene la perseverancia suficiente. Con la muerte de mi padre caímos unos años, pero aquí de nuevo, ¿verdad?

Patrick no sabía bien qué había pasado con ellos, aunque podía suponerlo. La banda de Johnny no era la única que se peleaba por el

poder en los bajos fondos de Londres. Con la muerte del jefe, debieron caer en un desequilibrio que los sacó de la jugada durante varios años, pues en ese momento el hombre que tenía frente a sí era apenas poco mayor que Patrick.

Pero el tiempo lo había ayudado a posicionarse otra vez.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó, fastidiado.

Quería salir de dudas de una vez por todas.

—¿No es obvio? Mi dinero, solo eso.

No, no era solo eso. El deseo de venganza estaba presente en su mirada, en su voz, en la tensión de sus hombros.

—Si me lo das, no tomaré represalias contra tu familia. Escuché que tienes dos nuevos hermanos, ¿no es así?

«Calma, Patrick, no muestres miedo»

—Si te metes con ello, la próxima cabeza que rodará será la tuya.

No lo dudaba. A Patrick le gustaría atribuirse el mérito de eso, pero lo cierto era que él no habría movido ni un dedo cuando el duque ya se habría deshecho del problema. Si algo podía sacar bueno de su nuevo padrastro era que protegía a los suyos.

—Es posible. Pero me iré con la satisfacción de haber dañado a alguien. No puede proteger a todos, no es omnipresente. No sabe que ayer los estuve observando fuera de la mansión en la que se llevó a cabo la fiesta de disfraces. Tu madre llevaba un hermoso vestido blanco, por cierto.

El corazón de Patrick comenzó a acelerarse, e hizo lo posible por que no se le notara.

—Tampoco sabe —continuó con calma—, que sé que su esposa se reúne todos los jueves con una amiga suya para tomar el té, o que sus hijos salen todas las tardes a jugar en el jardín. Quizás logre matarme, pero te juro, Middleton, que el primer movimiento que vea de su parte a alguien me llevaré conmigo, ya sea a tu querida madre o uno a tus hermanos.

«Calma, Patrick», se volvió a repetir, aunque su temple flaqueaba. Miedo.

La amenaza contra su familia surtió el efecto deseado. Estaba asustado, muy asustado, pues aunque confiaba en el duque, sabía

que Johnny tenía razón en una cosa: no era omnipresente. No podía preverlo todo.

—Te daré tu dinero —dijo, esperando que su preocupación no fuera tan evidente—. ¿Cuánto eran? ¿Dos mil libras?

—Veo que tienes buena memoria. Sí. Tienes diez días, Middleton. Y adviértele a tu nuevo papá que no se meta, o si no, que se atenga a las consecuencias. Ahora lárgate.

Patrick se marchó, el cuerpo tenso y la mente llena de pensamientos intrusivos.

El primer problema era que no tenía el dinero que le pedía.

Aunque la situación estaba mucho mejor que hacía ocho años, a Patrick le había costado mucho reponerse de ese tiempo de desidia. Tuvo que vender la casa en Londres para pagarles las deudas a varios caballeros, Gritsmore incluido. Aunque el duque insistió en perdonarle la deuda, sin duda alentado por un arranque inusitado de generosidad inducido por haberse hecho con su madre, Patrick prefirió dejar todo saldado. Si quería iniciar de nuevo, quería hacerlo sin compromisos con nadie, por lo que le tomó al menos tres años después de haber salido de la universidad terminar de pagar el saldo negativo que tenía pendiente.

Desde entonces, su economía había mejorado, pero no en demasía. La propiedad ligada al condado era lo suficientemente próspera para darse una buena vida, y tal vez algunos lujos, pero no para hacerse una fortuna en poco tiempo, sobre todo cuando la mayor parte de los gastos se iban en mantener la casa de campo y su estadía en Londres.

Por eso Patrick había querido casarse. Una esposa con buena dote haría una inversión importante de capital para que sus finanzas por fin se estabilizaran.

Pero no había logrado conseguirla a tiempo.

Mientras caminaba por las oscuras calles, pensó en la mejor manera de proceder. Darle el dinero que Gritsmore podría proporcionar fácilmente no iba a hacer sino una solución temporal. No se iba a conformar con ella, querría los intereses. El chantaje nunca pararía.

Y tampoco le agradaba la idea de volver a endeudarse con su padrastro.

Sin embargo, tampoco quería arriesgarse a que alguien saliera lastimado.

—Maldita sea —musitó, pasándose las manos por los cabellos.

Logró salir de las oscuras calles de Covent Garden sin un rasguño, pero su mente estaba al borde del colapso.

Necesitaba una solución, y la necesitaba rápido, así que tendría que ir a hablar con su persona menos favorita del momento: el duque de Gritsmore.

Con un poco de suerte, los quemaría a todos antes de que Patrick tuviera tiempo de preocuparse.

Capítulo 10

Becca estaba cenando con su familia cuando llegó la nota, y se odió a sí misma por emocionarse pensando que, quizás, era la respuesta a la carta que había enviado en la tarde y cuya contestación no había recibido.

La tonta ilusión no tardó en desaparecer ante la mención del mayordomo de que la nota tenía indicaciones específicas de ser entregada cuando toda la familia estuviese reunida, así que Becca no tardó en asumir de quién era.

—Es de Rose —dijo Hattie con emoción.

Becca también se emocionó, pero no tanto como si se hubiese tratado de la respuesta de él. Vaya idiota en la que se estaba convirtiendo.

Hattie empezó a leer en voz alta.

Querida familia

He pedido que esta nota sea entregada durante la cena porque me interesa que todos se enteren al mismo tiempo de una increíble noticia.

No tengo palabras que puedan expresar lo feliz que estoy, pues dentro de unos meses, el baronato de Mowbrat podría llegar a tener un heredero. Espero puedan recibir esta noticia con tanta alegría como yo y, cuando finalice la temporada, están invitados a mi casa si desean esperar junto a mí la llegada del bebé. Dom y yo los recibiremos a todos con gusto.

Atentamente,
Rosemary.

—Supongo que, si ha empezado a llamarlo «Dom» y él se lo permite, la relación no va tan mal —dijo Raymond con humor.

Becca tenía que reconocerle a su hermano que se preocupaba por ellas. Desde que había tenido que ceder forzosamente a ese matrimonio, había estado pendiente de cada carta que mandaba Rosemary. Quería creer que ante la mínima necesidad de ayuda, la iría a buscar y la escondería de su terrible marido.

Por suerte no había sido necesario.

Aunque no era fanática de los niños, la noticia la alegró, porque su hermana estaba feliz, y si Rose estaba contenta, Becca también.

Durante un segundo, se cuestionó si todo lo que estaba haciendo valía la pena.

Vengarse era más fácil cuando todavía se vivían las consecuencias de la afrenta. Aunque durante los últimos meses Rose le había dado a entender que todo parecía ir bien, Becca no había tenido la certeza hasta ese momento. Su hermana podría haber estado resignándose, o convenciéndose porque no había tenido opción, pero en esa nota parecía verdaderamente feliz.

Había encontrado su destino en una situación desafortunada.

«Quizás debería dejarlo así», pensó.

¿Qué sentido tenía vengarse si su hermana no era desgraciada?

Pero su parte más rencorosa le dio muchos motivos para continuar.

El primero, era que Helen, de una u otra manera, iba a salir lastimada. Ya se habían inmiscuido demasiado en eso, lord Middleton no iba a casarse con ella así que, sin poder evitarlo, terminaría con el corazón roto. Si ya estaba destinada a sufrir, ¿qué importaba que supiera que había sido Becca la causante?

Además, seguía considerando que merecía una lección. Había personas que tenían que aprender de mala manera que no se podía jugar con la vida de otros a su antojo, y Helen era una de ellas.

Becca consideraba que estaba haciendo un bien social.

—Cuando Becca se case, esta familia se llenará de niños —dijo Alison.

Becca se atragantó con la copa de vino.

—Creo que nos estamos apresurando —dijo con voz ronca, mientras intentaba aclarar la garganta.

—Sí, lo cierto es que sí —respondió Raymond con sequedad.

Debía de detestar a Patrick.

—Lo importante —intervino Hattie, mediadora—, es que Rose está feliz. A veces, solo hay que dejar de juzgar y dar una oportunidad, ¿no crees, Ray?

Le lanzó una mirada interrogante.

Su hermano no respondió.

Después de la cena, Alison siguió a Becca hasta su habitación.

Normalmente seguía a Rosemary, pero desde que su hermana se había ido, Becca se había convertido en el nuevo centro de sus conversaciones, y ella lo toleraba lo mejor que podía dependiendo de su humor.

Por suerte, esa noche no estaba enfadada por nada, aunque estaba segura que Alison pondría a prueba su buen ánimo.

—¿Qué se siente estar enamorada, Becca? —preguntó sentándose en la orilla de la cama.

Si algo había que destacar de Alison, era su lado soñador. Tenía una capacidad increíble de hacerse novelas en su cabeza, con muchos finales alternativos. Lamentablemente para ella, y quizás por el cariño que les tenía, siempre dejaba los románticos para sus hermanas.

—No estoy enamorada —respondió Becca, mientras se acomodaba entre las almohadas.

—¿Pero crees que te puedes enamorar de lord Middleton?

Una pregunta muy inoportuna, pues Becca había pasado todo el día anterior intentando convencerse de que no, de que era tonto e imposible que ese hombre le gustase.

Pero eso no podía decírselo a su hermana cuando tenía un papel que interpretar.

—Quizás.

Fue lo único que respondió.

—Debe ser lindo estar enamorada —dijo más para sí—. ¿Es verdad que se siente un cosquilleo en el estómago?

«En todo el cuerpo», pensó Becca. Y quiso darse una cacheteada para sacarse la idea de la cabeza.

—¿Has estado escuchando mucho a hurtadillas a las doncellas?

—Dan buenos chismes —confirmó Alison sin vergüenza—. E información que podría ser útil.

—No veo yo cómo puede ser útil eso.

—Pues para saber si estás enamorada.

—No te recordaba tan romántica.

—Últimamente siento fascinación por esas historias. Es lindo, o al menos suena bonito. Ya ves lo feliz que se leía Rose. Ray es menos

gruñón desde que se casó. Entonces, me puse a pensar: si el amor da felicidad, ¿por qué no buscarlo? Todos quieren ser felices.

—No estoy segura de que sea tan fácil.

Sin duda, algo que daba felicidad no podía ser fácil.

—Ve todo lo que pasó Rose. Y sobre Ray... ¿te acuerdas de aquella ocasión en la que llevaban día sin hablarse y tuvimos que fingir que estabas enferma para juntarlos?

Alison hizo una mueca.

—Bueno, pero tampoco tiene que ser tan caótico. Alice también parece muy feliz con su esposo, y, según recuerdo, fue un cortejo de lo más tranquilo.

Alice era la prima de Hattie. Becca no tenía mucha información sobre ese matrimonio, pero Alison tenía un punto: lo recordaba como un cortejo promedio que terminó en boda. Lo común.

Y sí, parecían felices, aunque tampoco eran la pareja más expresiva que conocía.

—Debe ser lindo tener a alguien de tu lado que esté dispuesto a escucharte, y que no te mira como si lo fastidiaras.

Por el comentario, Becca se dio cuenta de que debía de estar haciendo una mueca. Le ofreció a Alison una sonrisa de disculpa.

—Perdóname. Tengo varias cosas en la cabeza.

—¿Por ejemplo...?

Ella hizo un gesto de manos para quitarle importancia.

—No importa. Continúa.

Alison se encogió de hombros, como si no tuviera mucho más que decir.

—Principalmente eso. Solo quiero ser feliz, ¿es mucho pedir?

No, no lo era. Pero sí bastante difícil, al menos, si definían la felicidad como esa vida de ensueño idealizada en la que no había ningún solo problema. Por no hablar de lo complicado que era conseguir un compañero con el que entenderse de verdad.

Becca había perdido la esperanza de hallarlo en su primera temporada. Todos los caballeros eran superficiales, creídos y muy convencionales.

Ninguno de ellos le hubiera dado un cigarro, o se hubiera puesto a charlar con ella sobre la teoría del hombre bueno y malo.

Y, ¿por qué estaba pensando de nuevo en él?

—Creo que puedes llegar a ser feliz si te propones que no necesitas a nadie para hacerlo.

Alison arrugó el ceño.

—Eso dicen las solteras que necesitan resignarse a su destino.

«No lo dijo con mala intención, Becca», se dijo para no perder la paciencia. La mayor parte de las veces a su hermana se le apagaba la parte del cerebro que filtraba los comentarios prudentes de los que no. El que no la conociese podría pensar que estaba siendo maliciosa. Becca sabía que solo era sincera en un punto cuestionable.

—Pues como quieras, solo intentaba darte un consejo.

Alison hizo un puchero.

—Qué pesimista eres. Si no crees en el amor, ¿por qué dejas que lord Middleton te corteje?

Becca estaba perdiendo la paciencia con esa conversación.

—¿Quieres saber la verdad?

Alison la miró con recelo.

—No estoy segura.

Becca se lo contó de todas formas.

Ella no era Hattie y, en su momento, apoyó y ayudó en el plan de escribirle cartas románticas a Helen para ilusionarla en vano. Nunca había estado enterada de cada detalle de la venganza, pero debía hacerse una idea.

Además, Becca estaba cansada de fingir ante todos que lord Middleton le interesaba. Necesitaba quitarse la máscara al menos con una persona, y a falta de Rose...

Cuando terminó su relato, Alison se dejó caer sobre la cama con un suspiro dramático.

—Eso va a salir mal, muy mal —advirtió.

Y Becca era perfectamente consciente de eso.

Gritsmore estaba furioso, y el que Patrick pudiera llegar a notarlo decía mucho de cuán molesto estaba de verdad, pues ver al duque fruncir el ceño y apretar los puños no era cosa de todos los días.

—¿Desde hace cuándo estás recibiendo esas amenazas?

Patrick no cometería el error de creer que estaba preocupado por él. Era consciente de que al duque le era indiferente si lo mataban o no, siempre y cuando no se metieran con su mujer. Pero puesto que su mujer era la madre de Patrick, le convenía mantenerlo con vida.

—Recibí la primera hace una semana.

—¿Y pensabas comentármelo?

—Me sorprende que no te hayas enterado por tu cuenta. ¿Estás perdiendo habilidades, Gritsmore?

El duque lo observó con fastidio. Por suerte, Patrick había aprendido hacía años a soportar la intensidad de su mirada. Sabía que no le haría daño. No iba a hacer molestar a su madre.

—Mejor perder eso que dinero. Cuéntame todo de nuevo y con detalle.

Patrick abrió la boca, pero en ese momento, la puerta del despacho se abrió. Ivory entró. Llevaba un coqueto vestido azul y esbozaba una sonrisa conspiradora.

—Patrick. Qué alegría verte, cariño. Me comentaron que estabas hablando con Víctor y he venido a saludar.

—Es un asunto privado —replicó Gritsmore, pero ella lo ignoró.

Con parsimonia, caminó hasta ellos y se sentó al lado de Patrick.

—Querido —le dijo a Gritsmore—, la única que puede reunir a Patrick y a ti en un mismo salón soy yo, y puesto que no he pautado esta reunión, asumo que soy el tema de conversación, y que, por alguna estúpida razón, quieren mantenerme al margen como si fuera incapaz de decidir. Ahora díganme, ¿en qué problemas estoy metida y no pensaban contarme?

Patrick y Gritsmore compartieron una mirada muy similar de resignación. No valía la pena ponerse a discutir con Ivory. Era una lección que incluso el duque había aprendido.

Este le hizo un gesto a Patrick para que contase lo sucedido, y Patrick confesó todo, la primera misiva, la segunda, y la reunión con Johnny. Se podía decir en favor de su madre que mantuvo la calma de manera extraordinaria.

—Vaya, y yo creí que las amenazas eran cosa del pasado. Si le das su dinero, ¿nos dejará en paz?

—No lo creo —dijo con sinceridad—. Si cedemos al chantaje, creará que puede seguir haciéndolo.

—Entonces demostrémosle que no puede seguir haciéndolo —gruñó Gritsmore—. Yo me encargaré.

Patrick negó con la cabeza.

—No es tan fácil.

—Con dinero y poder todo es fácil.

—La muerte de su padre es lo que nos ha metido en el problema. No quiere solo dinero, quiere venganza.

—Venganza —repitió Ivory y miró a su esposo con furia—. Creo recordar que me habías dado tu palabra de que llevarías el asunto de manera diplomática.

—Todo lo diplomático que esa gente permitiera —recordó él—. Son delincuentes. No suelen estar abiertos a negociaciones.

Su madre estaba furiosa, Patrick no terminaba de entender por qué, y tampoco tenía tiempo de averiguarlo.

—Gritsmore, se han vuelto más peligrosos. Si te llevas su cabeza, da por hecho que él se llevará una de las nuestras. No sabemos a quiénes tiene infiltrados, dónde están sus ojos. La última vez los tomaste desprevenidos. En esta ocasión, él nos ha tomado desprevenidos a nosotros.

A Gritsmore no le gustó verse acorralado. Patrick supuso que algo así le había pasado muy pocas veces en su vida.

—Entonces ¿qué sugieres?

—Pagarles.

Gritsmore evaluó sus palabras. Patrick asumía que podía deducir el plan.

—Hacerles creer que ganaron.

Patrick asintió.

—No creo que bajen el guardia tan rápido. Habrá que soltarles mucho dinero antes —dijo con fastidio.

—Un sacrificio.

—¿Y quién de los dos lo va a financiar?

«Había demorado mucho», pensó Patrick, fastidiado.

—Creo que yo y tus hijos podríamos valer el sacrificio —intervino Ivory, furiosa.

—Sí, y lo pagaría con gusto si el problema lo hubiera ocasionado yo. Pero no puedo salvarlo toda la vida.

—No tengo ese dinero —intervino Patrick.

—Pero tienes una manera de conseguirlo.

No necesitó que le explicara a qué se refería. En ese momento, Patrick lo odió, y mucho.

—No todos quieren conseguir las cosas usando artimañas inmorales —siseó Patrick.

—Hablas como si nunca hubieras cometido un pecado en tu vida —se burló Gritsmore.

—¡Basta! —intervino Ivory—. Esta discusión no solucionará el problema.

—Yo puedo solucionar el problema si tu hijo no es lo suficientemente hombre para hacerlo.

Patrick no lo toleró. Se levantó con brusquedad y se marchó. A lo lejos, escuchó a su madre reclamarle al duque, pero no pensaba tentar a su paciencia devolviéndose para tranquilizarla. Un segundo más allí y terminaría golpeando a ese insoportable hombre.

«Un hombre que tenía razón», pensó con resquemor.

Pues, aunque le dolía admitirlo, él había ocasionado el problema y él debería solucionarlo.

Solo que quería otras opciones.

Cuando llegó a su apartamento, se encontró con una nota de Becca, que le indicaba que su familia asistiría la noche siguiente a Vauxhall, y que si él invitaba a Helen, sería una buena ocasión para hacerla rabiar.

Becca, su maquiavélica Becca.

Sí, le gustaría tener otras opciones.

Pero quererlas era diferente a tenerlas.

Y mientras se preparaba para irse a dormir, se dio cuenta con tristeza de que no las tenía.

Capítulo 11

Vauxhall era el lugar idóneo para muchas cosas, una cita clandestina, encuentros secretos y románticos, pero no para lo que Patrick tenía que hacer.

Siendo sincero, no había ningún lugar idóneo para lo que tenía que hacer.

Todo era cuestión de valor.

Y no creía poder tenerlo.

—Lord Middleton, ¿está bien?

La pregunta vino de la señorita Morgan. Casi había olvidado que la tenía a su lado, y eso evidenciaba lo turbado que estaba, pues era difícil que una mujer que parloteaba todo el rato pasara desapercibida.

—Sí, por supuesto.

—Yo... me preguntaba si no le gustaría dar un paseo conmigo.

Patrick se puso en alerta. Vauxhall era, sin duda, la clase de lugar por la que ningún caballero sensato pasearía con una joven soltera y desesperada como Helen. Había muchos rincones donde esconderse, pero también donde ser descubiertos si una de las partes se lo proponía, y si se llegase a dar el caso, no había lugar a ninguna objeción, pues si había un sitio donde quedarse a solas con una dama era tres veces más incorrecto que en una situación común, esos eran los jardines del placer.

—Es demasiado peligroso para su reputación.

Y también para su soltería. Dios sabía que lo que menos necesitaba en ese momento era una esposa sin dote.

—Pero si nos vamos a casar —protestó Helen.

—Pero eso no me da ningún derecho para ponerla en una posible situación indecente.

Ella se molestó. La delató el ceño fruncido y los labios apretados. No le era difícil saber en qué estaba pensando. Helen lo había visto escaparse con Becca de aquel salón de baile y en ese

momento él se negaba a hacerlo con ella, a quien se suponía que amaba.

Estaba dolida. El plan iba bien.

«E irá mucho mejor», pensó con resquemor.

—Sabe, a veces me cuesta ver en usted al hombre con el que hablé durante tanto tiempo —dijo, decepcionada.

Lo suponía. No era un actor extraordinario, y fingir sentimientos por ella era cada vez una tarea más compleja, pues cada que se obligaba a conversar, la toleraba menos.

—¿Por qué? —se obligó a preguntar.

Aunque en ese momento era lo que menos le interesaba. Tenía muchas cosas en la cabeza y ese teatro ocupaba el último lugar en su lista de prioridades.

—No me habla como en las cartas, le propongo pasar un tiempo a solas y se niega, cuando me prometió que daría lo que fuera por pasar unos momentos en mi compañía sin que nadie nos vigilase, sin normas sociales ni restricciones. Le digo que estoy dispuesta, el ambiente es propicio, y ¿usted habla de cuidar mi reputación?

Patrick se había olvidado de eso. Posiblemente se había olvidado de muchas cosas. Eran demasiadas notas, y aunque Rebecca le había proporcionado un buen resumen de todo lo que él le había dicho a Helen, existía la posibilidad de que se le hubiese pasado algo.

Estaba cansado. Quería dejar ir ese teatro, concentrarse en las cosas que importaban en ese momento, pero aún debía evaluar su situación, y echar a perder la venganza de Becca no iba a ayudarlo. Así que tenía que seguir fingiendo un poco más.

—Querida —dijo con ese tono que una que otra vez le había funcionado con una dama linda—, aunque mi corazón me dicte otra cosa, lo que de verdad mide el interés que siento por usted es mi contención, pues más fuerte que mis deseos, está la necesidad de no ponerla en peligro. Me duele que vea mi caballerosidad como desinterés, cuando yo lo veo como una forma de respetarla.

Se felicitó a sí mismo por el discurso, pues le pareció creíble. Helen se lo creyó, al menos, durante un instante, pues pocos segundos después, Patrick cometió un error: ver a Becca.

No fue algo intencional, simplemente, la vio pasar, y se había acostumbrado tanto a buscarla que sus ojos se detuvieron en ella sin poder evitarlo, y por más tiempo del necesario.

Helen no lo soportó.

—A mí me dice que solo me respeta, pero con ella se escapa de la fiesta, ¿verdad?

Maldita sea.

—No fue así.

—Sí, fue así, yo los vi. No soy tonta —dijo, con los ojos amenazando con romper a llorar.

Patrick esperaba que no lo hiciese, porque no era bueno fingiendo indiferencia ante una mujer que lloraba.

—Si cree que fue así, ¿por qué todavía me busca?

—Porque todavía tengo la esperanza de que me quiera a mí.

Por primera vez desde que había comenzado ese teatro, Patrick sintió verdaderos remordimientos. No el pequeño picor que lo atravesaba de vez en cuando, sino una verdadera culpa, una que la hacía sentirse una persona horrible.

Como si ya no se viniese sintiendo así desde hacía rato.

Buscó las palabras correctas. Aunque la idea inicial era lastimarla, no se sintió bien haciéndolo, no en ese preciso instante. Hasta que ella dijo:

—Ella no es lo suficientemente buena, no entiendo por qué todos creen que sí. No es refinada, sino tosca. No viste a la moda, no se esfuerza... Su único atractivo es la fortuna de tener un hermano rico capaz de proporcionarle una gran dote, pero es en realidad una persona insoportable.

Entonces, cualquier vestigio de lástima desapareció tan rápido como llegó. Recordó que Helen no era una víctima, nunca lo había sido.

Y no soportó cómo habló de Becca.

—Es una persona inteligente y sincera, que no se rige por absurdas normas sociales ni intenta agradar a todos —le espetó. Y a

tiempo se contuvo de decirle que ella era mucho más insoportable que Becca—. Si me disculpas...

Empezó a caminar hacia Becca. Era un insulto directo, un desafío. La escuchó jadear, pero no lo siguió.

Becca le hizo un gesto con la mirada para que la siguiera y empezó a moverse entre la multitud con la seguridad de quien había planeado ya cada detalle. Quizás el truco para escaparse de los ojos de todos era no actuar con cautela, pues esto generaría sospechas, sino caminar con la cabeza en alto. Si no se actúa como si se fuera a cometer un pecado, nadie prestaría atención.

Y parecía ser una teoría certera, pues Patrick estaba casi seguro de que, aparte de Helen, nadie los había visto, pues cuando salió del jardín principal echó un vistazo atrás, y ni un asistente parecía lo suficientemente interesado en la dama de vestido verde que caminaba con prisas unos pasos más delante de él.

Parecía conocer bien los jardines, o solo era buena observadora, pero se detuvo cerca de un grupo de árboles cuya sombra los haría casi invisibles entre las personas que paseaban. Patrick se situó a su lado.

—Hace una noche preciosa, ¿no cree?

No era un comentario propio de ella, o no la clase de frase con la que solía iniciar las conversaciones entre ambos. Pero tampoco parecía estar siendo sarcástica. Ese día, en particular, mostraba buen humor, y el brillo de sus ojos, junto con una pequeña sonrisa que adornaba su boca, le daba un aspecto muy tierno.

Aunque no se lo diría. No creía que fuese una palabra con la que se identificase, y no tentaría a su suerte por eso.

No de esa manera.

Pero podía intentar otras cosas.

—No más linda que usted.

Quizás en otro momento Becca se hubiera tomado mal el comentario, considerándolo como un halago poco original, pero esa noche, sin saber bien por qué, estaba feliz. Tal vez se debía a que vio desde lejos a Helen rabiar por lo que le había dicho Patrick, o a que los jardines de Vauxhall siempre le habían gustado. Tenía esa

esencia mágica que la hacía sentirse cómoda, como en un sueño, y siempre había tantas personas que era fácil pasar desapercibido.

Así pues, decidió perdonarle su falta de creatividad.

—¿Le ha dicho lo mismo a Helen?

—No miento tan bien.

Becca se rio.

—Es usted un hombre cruel, lord Middleton.

—Usted también, milady.

—Creo que por eso me agrada.

No había querido decirlo en voz alta. De haberlo pensado mejor, ni siquiera lo hubiera admitido ante sí misma, pero era una de esas afirmaciones tan genuinas que los sentimientos no llegaban ni a considerar la posibilidad de ocultarlas.

La sonrisa de él se amplió y Becca se dijo que ya el error había sido cometido. O tal vez no fuera un error. ¿Qué tenía de malo confesar que le agradaba? No era mentira. Había algo en los momentos que pasaba junto a él que le gustaba, y si no se ponía a analizarlo demasiado, no tenía nada de malo admitirlo.

—Me siento halagado —dijo en tono burlón.

—Debería —respondió Becca con prepotencia—, no es algo que le diga a cualquiera. Pero no se ilusione. Solo me agrada como amigo.

—Sí es así, podríamos dejar a un lado las formalidades, ¿no crees? Al menos mientras nadie nos vigile.

Becca lo pensó. Las normas sociales siempre le habían importado más bien poco, y el protocolo de llamar a otros por su título o apellido resultaba, en ocasiones, un poco tedioso cuando se tenía mala memoria. Para Becca, era absurdo que solo las personas cercanas pudieran usar los nombres de pila, era como si este no sirviera para nada. Era posible que algunos vieran la eliminación de los protocolos como un acto de intimidad tan vergonzoso como darse un beso, pero a ella le era indiferente, y, por ende, no encontró problemas en su petición.

—Patrick, ¿no es así?

Él asintió.

—No me gusta mucho ese nombre —dijo ella sin tapujos.

Él se carcajeó.

—A mi madre tampoco, pero esa fue la única batalla que mi padre pudo ganar, y solo porque ella estaba demasiado convaleciente para protestar.

—La duquesa siempre me pareció una mujer de carácter.

—No tienes ni idea de cuánto.

Ambos sonrieron.

—Entonces, ¿Rebecca o Becca?

Ella se encogió de hombros.

—Como prefieras.

—Becca me suena más dulce.

—Entonces Rebecca. «Dulce» no es un adjetivo con el que me describiría a mí misma.

—Hay muchos adjetivos con los que no te describirías, pero que te quedarían muy bien.

—¿Por ejemplo...?

«Encantadora, pícara, tierna», pensó.

—Prefiero no decirlos para no entrar en discusión.

Becca quería discutirlo, pero decidió que no perdería tiempo en eso cuando tenían muchas cosas por hablar.

—Helen parecía muy molesta cuando te marchaste.

—Sí, sobre eso... No estoy seguro si he arruinado todo, o he conseguido que el plan vaya increíblemente bien.

—Cuando un hombre dice esas palabras, casi siempre se trata de lo primero —suspiró con dramatismo—. ¿Qué sucedió?

Patrick le contó todo con detalle, incluida la parte en que la defendía. Becca se tomó su tiempo para analizarlo.

—No es tan terrible, de hecho, creo que todo está saliendo muy bien, ¿no crees? Empieza a pensar que perdiste el interés en ella por mí.

—Eso si vuelve a hablarme.

—Lo hará —aseguró—. Está desesperada. Ya lo dejó en evidencia. Él asintió.

—Sabe, si no fuera tan insoportable y cizañera, sentiría pena por ella. No debe ser fácil tolerar lo que sea en pro de conseguir un esposo.

—Vaya, hasta que por fin un hombre admite que no tenemos una vida sencilla —dijo Becca, verdaderamente sorprendida—. Nunca ha sido fácil, Patrick. En esa sociedad, una mujer siempre tiene más posibilidades de perder que un hombre. Sobre todo cuando no tienes ningún familiar masculino que te respalde. Yo puedo considerarme afortunada de tener un hermano, y que este ya tenga un heredero.

—¿Y es por eso que no te quieres casar?

—Por eso y muchas otras razones.

—¿Cómo cuáles?

Becca dudó sobre si contarlo o no. Él le agradaba, pero había cosas de su vida privada que no todos podían entender, y a veces era mejor no hacer el esfuerzo.

Él leyó en su silencio la respuesta.

—¿Y si hacemos un trato? Me respondes esa pregunta y te respondo cualquier otra que desees.

Una propuesta tentadora, pensó Becca, mientras lo meditaba.

Concluyó que podía ser un buen trato, pues le picó la curiosidad sobre ciertos aspectos de él.

—Trato.

—Las damas primero.

Becca ni siquiera lo dudó.

—¿Qué te llevó a caer en el juego?

Esa siempre había sido una curiosidad genuina, no solo en el caso particular de Patrick, sino en general. Cada año escuchaba de al menos un aristócrata que había caído en desgracia por el juego, y Becca siempre había querido saber ¿por qué? ¿Qué motivaba a alguien a seguir apostando cuando veía que lo estaba perdiendo todo? ¿Cómo funcionaba esa lógica?

Patrick ya se había esperado esa pregunta, y, aunque no era una historia que le agradase contar, tampoco era algo que no pudiese responder. Se recostó en el árbol y cruzó los brazos.

—La inmadurez, supongo —dijo, pensativo—. Cuando te caen de golpe todas las responsabilidades de un condado encima, y ya tu prioridad no es ir a tomar unas copas con los amigos de la universidad, se puede caer en un estado angustia y negación muy

difícil de superar. Te niegas a cambiar tu vida porque tienes miedo de no dar la talla, quieres quedarte en tu zona de confort, pero como el cambio es inminente, intentas, en la medida de lo posible, aferrarte a tu pasado, y es eso lo que te lleva a los extremos. Cuando se juega, surge algo extraño, sabes, es como si un rayo de emoción recorriera todo el cuerpo y te mantuviera en un estado de alerta satisfactoria, a la expectativa de qué va a pasar, de cuál sería el otro movimiento. Cuando se pierde, esa energía baja y, de alguna manera, quieres volver a experimentar la satisfacción anterior, diciéndote que esta vez te irá mejor, poniendo como excusa que quieres recuperarte, pero solo quieres no sentirte decepcionado. Entonces, todo se vuelve un círculo del que, llegado a punto, no puedes salir.

—¿Y cómo lograste salir?

Él sonrió.

—Era una sola pregunta, Becca. Y es mi turno. ¿Por qué no te quieres casar?

Ella bufó.

—No es que no quiera hacerlo nunca, o que reniegue del matrimonio, solo que, en mi caso, lo veo inviable. Los hombres tienen cierta tendencia a querer controlar todo, ¿sabes? Si se casan con una dama, esperan que esta haga ciertas cosas para que refuerce su imagen, que se vista de determinada manera, que mida sus palabras, que sea recatada y sociable... No puedo ser todas esas cosas, y no quiero pasarme toda una vida fingiendo que sí puedo. Como joven soltera quizás algunos me verán mal, pero pensarán que soy excéntrica. Los que me cortejan, buscan mi dinero y mi posición, y se consuelan con la idea de que una vez se dé el matrimonio, pueden forzarme a cambiar. ¿Y por qué no lo pensarían? Una mujer pierde su independencia cuando se casa, y el esposo puede aplicar infinidad de técnicas para conseguir que ella haga su voluntad, y nadie lo objetará.

—No siempre es así —objetó él.

—No —concordó ella—. Pero yo prefiero no arriesgarme. Las estadísticas están en contra.

—Las estadísticas fallan —musitó él, dando un paso hacia ella.

Era consciente de que las razones de Becca tenían solidez. Patrick no despreciaba a su género, pero todos, él incluido, habían impuesto su voluntad sobre una dama una que otra vez, ya fuera una madre, una hermana, o una esposa. La sociedad se había pasado tanto tiempo convenciéndolos de que tenían ese derecho, que era difícil olvidarlo. Comprendía sus miedos. Comprendía sus argumentos, pero tenía que intentar derribar su muro, porque si no lo hacía, la otra opción sería peor.

Y no tenía mucho tiempo.

—Me voy a arriesgar a hacerte una propuesta —dijo lentamente, sin querer asustarla.

—Espero que no sea de matrimonio —dijo con burla.

Sonrió, pero al ver que él no lo hacía, se puso a la defensiva.

—No —dijo, antes de que él pudiera hablar.

—¿Al menos podrías escucharme?

—Mi respuesta seguirá siendo no.

—Becca...

—No arruines la noche, Patrick. No lo arruines.

Y él supo que se refería a algo más que la noche. Quizás, de no ser necesario, Patrick hubiera optado por detenerse allí. También le gustaba lo que tenían, esas conversaciones clandestinas, sonrisas reales, bromas pesadas. Y, sobre todo, la confianza de confesar algo sin miedo a ser juzgado. Una amiga. Tenía una amiga verdadera, como no había tenido nunca.

Él tampoco quería arruinarlo. Pero esa era una apuesta que sí tenía que hacer.

—¿Por qué crees que sería tan terrible? ¿No te cedí un puro para que fumaras? También te aseguro que me es indiferente si bebes, o cómo te vistas. Un matrimonio también puede dar una libertad que siendo soltera no conseguirías, Becca.

Ella lo sabía. Era algo que, en su momento, también había evaluado, y había concluido que nunca se tenía una libertad absoluta, por lo que se debía elegir la opción más factible a largo plazo.

—Con el paso de los años, cuando salga de sociedad y mi hermana menor se case, nadie esperará que tenga un

comportamiento ideal. Podré beber con frecuencia, fumar a escondidas y vestirme como quiera. Seré solo una pobre solterona excéntrica que busca la manera de ser feliz ante la falta de un esposo. Después, dejaré de importarles. Casada siempre estaré en el ojo de alguien. Solo tengo que disimular que soy rara por unos años más.

—Ah, ¿es que lo habías estado disimulando?

Ella le dirigió una mirada hostil que él respondió con una sonrisa.

—¿Qué pasó con tu plan de buscarte otra heredera? ¿Por qué has regresado tus intereses a mí? ¿No has conseguido a nadie más?

Lo cierto era que Patrick ni siquiera se había molestado en buscar. Tampoco había investigado qué decían las damas sobre él, y no lo había hecho porque la única mujer con la que podría tolerar irse al altar estaba frente a él, mirándolo ceñuda.

—Y no se te ocurra comentar que soy la única persona que desees, o me marchó —advirtió.

A poco estuvo de ponerle un dedo en el pecho a modo de regaño.

Él dio un paso hacia ella. Estaban a una distancia donde era fácil sentir la respiración del otro, y aunque hubiese sido sensato que Becca se alejase, no pudo. Había algo hipnotizante en su mirada que la mantuvo fija en el suelo. Era una promesa silenciosa, un murmullo suave que le decía que confiara, que todo podía salir muy bien.

—¿Te sería tan difícil creerlo? —preguntó con ternura.

Su mano fue a parar a un mechón de cabello que se había zafado de un moño hecho con prisas. Era suave, sedoso, como tocar la más delicada de las telas.

—Un poco. Hay damas con una dote más atractiva que la mía.

Él se acercó, atraído por su perfume. Una mezcla de sándalo con otra especie más potente, más amarga. Una perfecta combinación para ella.

—Tu dote me parece muy atractiva, es verdad —dijo, con la nariz rozando apenas su cuello—, pero tú también.

Por un segundo, Becca se quedó sin habla. El leve roce, apenas un cosquilleo, le quitó la capacidad de pensar. Solo podía concentrarse en eso, y en por qué se sentía tan bien.

—Piénsalo —dijo, separándose un poco. Pero no le dio tregua, sus dedos se fueron directo a su mejilla, acariciando con precisión practicada—. Si te casas conmigo, no tendrás ninguna razón para no ser tú misma. Serás una increíble condesa a quien la mayoría tendrá que respetar por su título, y no estarás atada a las mismas normas sociales que una señorita. Por mi parte, tendría el dinero para estabilizarme y la esposa que necesito. Los dos ganaríamos.

—¿Cómo sé que no me mientes? —preguntó, y odió la súplica en su voz. ¿Por qué quería que fuera cierto? ¿Por qué lo necesitaba?

—No tienes razones para confiar en mí, pero tampoco para no hacerlo —musitó—. Yo diría que este matrimonio es una apuesta segura. También hay muchas cosas de las que podríamos sacar ventaja.

Le alzó un poco la barbilla y se inclinó para besarla.

Becca quería dejarlo. Estuvo a punto de permitírselo, pero una pequeña gota de razón se coló entre la neblina que atontaba su cerebro.

—No —musitó—. No —repitió, más alto, no para alejarlo, pues él se retiró a la primera negativa, sino para convencerse a ella misma.

—No creo que sea buena idea.

—¿Por qué no? —preguntó con dulzura.

A Becca se le ocurrían muchas razones, la principal era que ella no tenía la certeza de nada. Podría darle un voto de confianza, él podría estar siendo sincero, pero nada le garantizaba que después esa promesa no le pesara. Becca era quien era, no pensaba cambiar, y sentía que, aunque él dijera que no, esperaría ciertas cosas que ella no podría darle, e intentaría forzarlas. Entonces, cuando no lo lograra, se decepcionaría, y creía que no había nada más triste que estar atado de por vida a una persona a la que ya no se ve con la misma ilusión.

«Pero él sabe quién soy, nunca le he mentado», le dijo la voz en su cabeza que consideraba la propuesta tentadora. Porque sí, que Dios la ayudase, pero había llegado a considerar la propuesta, pues si en algo tenía razón el conde, era que las mujeres casadas tenían cierto nivel de libertad superior al de una soltera. Podría probar más cosas, sentirse menos restringida... y no estaría sola.

No era algo que quería admitir, pero desde que Rosemary se fue, Becca se sentía muy sola. Su hermana era la única con la que podía ser siempre ella misma. Ante Ray y Hattie Becca tenía que fingir que sí consideraba la idea de casarse; ante Alison, debía mostrar cierto grado de optimismo porque era muy sensible. Pero ante Rose, solo era Becca. La pesimista, la sarcástica y oscura Becca. Rose la aceptaba así.

Y Patrick también.

O eso le había hecho creer.

Al menos, hasta el momento no se había espantado con su odiosidad, conversaba con ella sobre cualquier cosa y parecía estar poco asustado por su forma tosca de ser. Becca había conocido a suficientes caballeros para identificar a quienes fingían entenderla solo porque necesitaba conquistarla. Estos solían tratarla con condescendencia, como a una niña a la que se le dice que todo sí solo para mantenerla feliz. En cambio, a Patrick parecía que su carácter le era entretenido, a pesar de haber conocido lo peor de él.

Ante esa insólita situación, era normal que Becca dudase. Las pocas veces que pensó en el matrimonio, supo que quería exactamente eso: complicidad sin fachadas, conversaciones sinceras, y si se ponía muy exigente, quizás eso que llamaban amor.

Él le ofrecía al menos dos de sus requisitos.

Pero ella tenía miedo.

Miedo de que todo cambiase y se viera atrapada.

Miedo porque, a pesar de las limitaciones, así estaban bien.

—Creo que es mejor mantener una amistad.

Aunque sabía que su negativa posiblemente acabaría con ese recién formado vínculo, Becca no fue capaz de aceptarlo.

El matrimonio no era una decisión que se tomase en un momento de atracción, sino algo que cambiaría por completo su vida. Podría pensarlo con calma, en su casa, con la almohada sobre la cabeza ahogando sus gruñidos indecisos, pero no en ese momento cuando apenas podía hilar una oración. Tampoco quería decirle que lo pensaría, pues no deseaba ilusionarlo.

La decepción brilló en sus ojos. Patrick dio dos pasos hacia atrás, sin querer incomodarla más, pero con la mente llena de dudas. Por

un momento esperanzador había creído que aceptaría.

Y la desilusión sabía amarga.

—Quizás es mejor que regresemos —dijo él, su voz apagada.

Necesitaba pensar qué hacer, y rápido.

Becca sintió el impulso de consolarlo de alguna manera, y ahí fue donde se dio cuenta de lo mucho que él había empezado a importarle.

Por suerte, contuvo el tonto arretrato y asintió.

Ella se marchó primero. No sabía cuánto tiempo había estado desaparecida, pero cuando llegó a la plaza central, Hattie estaba histérica.

—Tu hermano está furioso —le informó en voz baja, tomándola del brazo—. Le he tenido que mentir diciéndole que sabía perfectamente dónde estabas, pero no me ha creído.

A Becca no le extrañaba. No era que Hattie mintiese mal, de hecho, se defendía bastante bien en una situación extrema, pero solía hacerlo con tanta frecuencia para salir de problemas que Raymond ya había aprendido a identificar cuando intentaba engañarlo.

—¿Dónde diablos estabas?

—Con Patrick.

El nombre lo dijo de forma instintiva, como si ya lo considerase alguien cercano.

Hattie arrugó el ceño.

—¿Te refieres a lord Middleton?

Asintió. Sabía que no iba a recibir ningún reproche de parte de Hattie, o, al menos, ninguno demasiado grande, no mientras la creyera enamorada. El problema era su hermano.

—Deberías decírmelo. Te puedo ayudar, pero no puedes escaparte así, tu hermano... Oh, no.

Becca siguió la mirada de Hattie, y la misma exclamación cruzó su mente.

Oh, no.

Patrick acababa de entrar a la rotonda, y Ray acababa de interceptarlo.

Hizo ademán de caminar hacia ellos, pero Hattie la detuvo.

—No, deja que hable.

—Pero...

—Si lord Middleton quiere hacer las cosas bien, lo correcto es que pida autorización a tu hermano para cortejarte.

Becca quería lanzarse al mar. Eso no había estado en el trato. Sí, era lo correcto, pero también complicaría todo, y mucho.

—Lo va a asustar —dijo en un murmullo lastimero.

Tenía la esperanza de convencer a Hattie de que fueran a interrumpirlos, pero ella desestimó la idea con un ademán de mano.

—Tonterías. Ese hombre tiene como padrastro al duque de Gritsmore. Sabrá lidiar con hombres de carácter complicado. O eso espero.

Ante la mirada consternada de Becca, Hattie añadió:

—Si te quiere, no debería tener problema en hablar con tu hermano.

Sí, lanzarse al mar sonaba como una idea increíble.

Patrick no vio acercarse al marqués de Rhodesay hasta que casi tropieza con él. Era un hombre corpulento, y de altura bastante intimidante. Le recordaba un poco al duque, pero su presencia era, quizás, menos amenazadora. O suponía que lo era, porque la expresión que le estaba dedicando bien podría hablar de que quería matarlo.

—Lord Middleton, ¿no es así? Temo que no nos han presentado debidamente.

Había una calma peligrosa en su tono, una advertencia silenciosa.

—Lord Rhodesay. Un gusto.

Se dedicaron una inclinación de cabeza cortés, aunque sus ojos habían iniciado una batalla. Los del marqués buscaban cómo atacar, mientras los Patrick se encerraban con recelo.

—Me comenta mi hermana que ha mostrado interés en ella, y creo haberlos visto juntos hoy. Me genera curiosidad por qué no he recibido una visita formal de usted.

Patrick tuvo que contener una maldición.

No supo por qué no había pensado en que eso sucedería. De acuerdo a las reglas formales, si pensaba cortejar a una dama, se

debía pedir primero permiso a su tutor. No hacerlo ponía en duda que los intereses del caballero fueran honestos, y cualquier familiar masculino y responsable se acercaría a aclarar el asunto.

—Pensaba hacerlo.

—¿Ah sí?

—Justamente mañana. Puede preguntarle a Bec... a lady Rebecca. Se lo comenté hoy.

La casi mención del diminutivo no pasó desapercibida a Raymond, quien entrecerró los ojos en un gesto de sospecha.

—¿Quiere decir que estuvo hoy hablando con mi hermana?

—Así es.

—¿En dónde? Porque no estuvo ni en mi visión, ni en la de mi esposa. Lo cual, comprenderá que no es adecuado.

Maldita sea.

—No salimos de la rotonda, milord. Hay mucha gente, quizás nos descuidamos en no ubicarnos donde pudiera localizarnos.

—Esos suelen ser descuidos bien planeados —atacó el marqués.

—Jamás ha sido mi intención.

Y no era del todo mentira. Las conversaciones a solas solía instarlas Becca.

—¿Qué intenciones tiene con mi hermana?

—Le aseguro que todas mis intenciones son honorables.

Tampoco era mentira. Patrick siempre había tenido como objetivo el matrimonio, y eso era honorable.

«Aunque no se vaya a dar», pensó con melancolía.

Recordó el encuentro de hacía un rato.

Por un pequeño momento, creyó que la podría convencer. Vio en sus ojos la duda, la tentación, y, después, nada.

No podía negar que el golpe de la decepción fue más duro de lo que esperó, quizás porque deseaba que ella dijera que sí más de lo que había querido admitir. No era solo no querer tomar medidas drásticas, sino el deseo de que ella confiara en él lo suficiente para que aceptara.

Que Dios lo ayudase. Ella le agradaba más de lo que había planeado.

—Honorables y deshonestas no siempre son sinónimos.

Era un hombre listo, situación que era buena para las mujeres a su cargo, y muy inconveniente para Patrick.

—Sé lo que piensa de mí —dijo, con sinceridad. A hombres como esos no era fácil mentirles, y Patrick sentía que no se lo ganaría con una historia falsa—. Y no voy a negar mis intenciones. Mi situación económica no es la mejor. Sí, la dote de su hermana me sería muy conveniente, pero no signifique que no la aprecie, ¿sabe? Es una mujer lista, audaz, atrevida. Se puede conversar con ella como con ninguna otra y es... agradable, aunque muy a su manera.

Patrick no se percató de que estaba sonriendo hasta que el semblante del marqués se ablandó.

—¿No le harás daño?

—Nunca ha sido mi intención.

Y esa era, posiblemente, la mayor verdad que había dicho en esa conversación. Buscó con la mirada a Becca y la encontró observándolo. Parecía preocupada, así que le dirigió una sonrisa para informarle que todo estaba bien.

Becca.

Recordó los momentos que habían compartido desde que ese malentendido había unido sus caminos. La conversación en aquel almuerzo, el baile de disfraces del que se escaparon, esa misma noche.

La pequeña y maquiavélica Becca.

No podía hacerle daño.

Y justo cuando había tomado la determinación de tragarse su orgullo y pedirle dinero al duque, un disparo resonó en medio del jardín. Entonces, todo se volvió un caos. La gente empezó a correr, despavorida, llenando el lugar de gritos y maldiciones. El marqués de Rhodesay echó a correr a donde había dejado a las mujeres que tenía a su cargo, y, por suerte, las ubicó antes de que la avalancha de personas se las llevara.

Con la certeza de que Becca estaría a salvo, Patrick inició una batalla para llegar a los recintos privados, donde su madre había estado conversando con las hijas de Gritsmore. Cuando por fin logró llegar, el duque ya estaba ahí, junto con el conde de Londonderry, el marqués de Rogarth y el vizconde de Sherington, que también se

habían acercado para verificar el estado de sus esposos. Sin embargo, ninguno tenía la mirada asesina del duque, fija en la pared ubicada detrás de la mesa.

Había una bala incrustada en la obra de Francis Hayman que decoraba el recinto, una que estaba justo encima de la cabeza de su madre.

Ivory hizo su mayor esfuerzo por quitarle importancia al asunto, comentó algo de que se debería restringir más la entrada y que quizás deberían esperar un poco para irse a casa, porque todo estaba muy ajetreado.

Sus hijastras comentaron que sería buena idea, pero el duque no dejó ni siquiera fluir la conversación.

—Nos vamos.

—Pero querido, creo que...

—He dicho que nos vamos.

Ivory suspiró. Le dirigió a Patrick una mirada de fastidio mientras se levantaba con toda la dignidad posible después de una orden tan cortante. Era probable que su madre no saliera de la casa en un buen tiempo, y Patrick apoyaría esa idea.

Las hijas del duque no tenían por qué obedecer la orden, pero no debieron ver prudente abandonar a la única mujer que había sido capaz de aguantar a su padre, así que con sonrisas de ánimo, la tomaron de la mano haciendo comentarios de lo violentas que estaban las calles.

Mientras se abrían paso hacia la zona de carruajes, el duque se le situó al lado.

—¿Vas a solucionar este problema o lo tendré que solucionar yo?

Patrick observó a su madre. Parecía calmada, pero la ligera tensión en los hombros revelaba su verdadero nerviosismo. Sería fácil dejar que el duque se encargase. Tenía más dinero, más contactos, y era su mujer y sus hijos quienes corrían peligro.

Pero Patrick no podía desentenderse, no solo porque no le permitiría olvidarlo jamás, sino porque, al final, él había sido el causante del problema, y pensar que su madre pudo morir por su culpa era algo con lo que no podía cargar.

Él tenía que contribuir a solucionarlo, costase lo que costase.

Capítulo 12

Había llegado el momento.

Becca no recordaba la última vez que se había sentido así de emocionada.

O bien, sí lo recordaba. Fue el día que su venganza no se dio.

Pero había llegado el momento de que se diera, y no había perdido ni un poco de su entusiasmo que sintió aquel día.

Becca caminó a través del salón de baile, su mirada inquieta intentaba localizar al que iba a ser el organizador de todo. Seguramente debía estar hablando con Helen, planeando cada detalle.

Sacó de su ridículo el reloj de bolsillo que solía cargar consigo.

Eran las nueve y treinta. Tendría que encontrarse con él a las diez.

Solo treinta minutos.

Contuvo el impulso de sonreír como una niña victoriosa.

Venganza.

Dulce venganza.

No importaba que Rose estuviera feliz, Becca seguía muy contenta de cobrarle esa afrenta a la víbora que se había atrevido a engañarlas.

Mientras esperaba con impaciencia, observó a su alrededor.

A pesar de que el salón de baile no era inmenso, había la cantidad de personas suficientes como para pasar entre ellas de forma disimulada si se tenía cuidado. No podría quedarse demasiado tiempo fuera de la vista de Ray, pues desde lo que había pasado en Vauxhall, apenas podía escabullirse de él, pero Becca esperaba tener tiempo suficiente para gozar de su victoria.

—Lady Rebecca Astor, ¿no es así?

La voz femenina provenía de sus espaldas. Becca se giró, temiendo por un momento que alguna matrona desesperada quisiera presentarle a su hijo, pues a veces, las mujeres solteras no

eran las únicas que eran una preocupación en la familia. Pero cuando puso rostro a la voz, quedó sorprendida.

—Lady Gritsmore —musitó.

Hizo una torpe reverencia, sin duda, culpa de la sorpresa.

La mamá de Patrick, esa era la mamá de Patrick.

Y al lado estaba su padrastro.

Becca echó una mirada de reojo al duque. Tenía la expresión de alguien que quería estar en cualquier lado menos allí. De cerca, era un hombre realmente intimidante.

—Ya nos habían presentado en una ocasión, ¿verdad?

—Estoy segura que sí.

En el mundo tan pequeño en el que se movían, era más bien difícil no conocer a quienes se movían en su círculo. Ya fuera en una cena, alguna tertulia, o un simple paseo por el parque, era imposible no toparse con alguien que presentase a otra persona.

—Y a mi esposo, ¿lo conoce?

—Por supuesto.

Todos lo conocían. Que se lo hubiesen presentado formalmente, que era a lo que ella se refería, lo dudaba, pero Becca no se sentía cómoda intercambiando saludos protocolares con ellos.

Quizás porque ya había compartido momentos con Patrick que no debería haber compartido, y hablar con su familia reforzaría una intimidad en la que no quería pensar.

—La vi en Vauxhall hace dos días —comentó con tono casual—, asumo que presencié aquella desagradable escena. Quería preguntarle cómo se sentía el respecto. Fue todo un acontecimiento.

Si la pregunta tenía el objetivo de tranquilizarla, lo consiguió. Saber que el tema de conversación no sería, al menos por el momento, por qué Patrick la estaba cortejando, le daba tiempo de pensar con más claridad.

—Oh, sí. Por suerte, no pasó a mayores. Mi hermano nos sacó de allí de inmediato. ¿Usted se encuentra bien? —preguntó con tiento.

No era un secreto que la bala había estado a punto de matarla. Ese había sido el chisme de la casa al día siguiente, y el tema de conversación mantenía ocupado en ese momento al menos a la mitad de los asistentes esa noche. Aún no sabían si había sido un

intento deliberado de asesinato, o solo casualidad, aunque se apostaba por lo segundo, después de todo, ¿quién querría matar a la mujer de un hombre tan poderoso como el duque? Nadie era tan idiota. Y, si ellos tuvieran miedo de algo, no estarían en la fiesta.

O, al menos, ella no parecía tener miedo.

—Muy bien. —Sonrió y lanzó una pequeña mirada a su esposo. Becca estaba segura de que lo había escuchado gruñir—. Tengo dos hombres que se preocupan mucho por mí y me sacaron de allí a salvo. Sobre eso, ¿no ha visto a mi hijo? Sé que venía, pero no he podido localizarlo.

Que le hiciera esa pregunta justamente a ella hizo que Becca volviera a levantar las barreras. Lo sabía, por supuesto que lo sabía. Era imposible que no estuviera al tanto que su hijo la estaba cortejando, y había conseguido una manera eficaz y educada de obtener información.

Becca al menos podía admirarle que estuviese siendo disimulada, aunque su mirada ávida revelaba sus intenciones.

—No lo he visto esta noche.

—Creo que está bailando con la señorita Morgan —comentó el duque.

Era la primera intervención que hacía y no era un comentario casual.

Becca no lo conocía lo suficiente para afirmarlo, pero juraría que fue un comentario malintencionado.

Por instinto, sus ojos se fueron a la pista de baile, y no tardó en ubicarlo, pues la pieza estaba por comenzar y estaban ubicados uno frente al otro.

«Es parte del plan», pensó, ignorando una extraña punzada en su pecho. Debía, hasta el último momento, fingir que la quería. Así el golpe sería más duro.

—Es verdad —comentó con desenfado—. Ahí están.

No parecía ser la reacción que la duquesa quería, pero Becca moriría antes de demostrar que estaba celosa.

Si lo estuviese, pero no lo estaba.

—No me agrada demasiado esa niña —comentó lady Gritsmore, con una mueca de desdén—, parece bastante pretenciosa.

—Y ese es uno de sus muchos defectos —murmuró Becca.

El comentario tenía la intención de ser solo para ella, pero se percató de que lo dijo más alto de lo esperado cuando dos miradas inquisidoras se posaron en ella.

—A mí tampoco me agrada demasiado —confesó, porque no veía nada de malo en admitirlo. Nunca fue un secreto, y no le gustaba mentir solo por cortesía.

—¿Acaso la ve como una competencia?

Becca le dirigió al duque una mirada indignación.

Real y pura indignación.

Ver a alguien como una competencia significaba sentir celos de esa persona. Que solo lo insinuara le parecía absurdo.

—Para que haya competencia debe haber algún punto de comparación, milord.

Su enfado era tal que ni siquiera pensó en que otras connotaciones podía tener esa afirmación tan estúpida.

—¿Y no lo hay?

—Mi hermano es un marqués, mi madre era hija de un duque. Ella solo tiene la amargura de que se va a quedar soltera.

Muy tarde se percató de que había soltado mucho la lengua.

Maldijo en su interior. Aunque Becca no era grosera, intentaba en la medida de lo posible de que sus sentimientos no guiaran sus palabras, pues era consciente de que había una línea delgada entre decir la verdad y ser maleducada.

Ella había cruzado esa línea. Sin embargo, lo único que recibió de los duques fue una mirada curiosa de la duquesa y una leve sonrisa de él. O algo que se asemejaba a una sonrisa, pues sus labios apenas habían abandonado el rictus severo característico.

Mientras tanto, el baile estaba finalizando. Sus ojos se cruzaron con los de Patrick, que no ocultaron la sorpresa de verla junto a los duques. Al menos sabía que no había aprobado la idea de asaltarla.

Se recuperó de la sorpresa con rapidez y le hizo un pequeño gesto con la cabeza hacia la salida del salón. Era la señal.

—Si me disculpan... Fue un gusto haber disfrutado de su compañía, pero me están buscando.

Hizo una elaborada reverencia y se marchó antes de darle oportunidad de detenerla.

—Ya que has satisfecho tu curiosidad —dijo el duque cuando Becca ya estaba lo suficientemente lejos para no oírlo—, ¿podemos marcharnos?

Ivory lo ignoró. No se había pasado todo un día convenciéndolo de que asistieran a esa fiesta solo para irse temprano.

—No hemos venido solo a satisfacer mi curiosidad, sino a que las personas me vean y sepa que no tengo nada que temer. Recuerda, querido, ocultarse es motivar a que todos piensen que alguien me persigue.

—Te persiguen —gruñó Gritsmore.

—Ya, pero otros no tienen por qué saberlo.

Víctor apretó los dientes. Su desafío era una prueba a su escasa paciencia. Sus instintos primitivos de protección le pedían que la sacase de allí a rastras si era necesario, pero se contuvo. Si lo hacía, sería muy tedioso convencerla después de que le volviera a hablar, sobre todo cuando pronto tendría otros motivos para quitarle la palabra.

—Cálmese, excelencia. Esto no es Vauxhall. Será más difícil introducir aquí a un tirador de los bajos fondos —dijo ella con tranquilidad, como si hacía pocos días no hubiese estado a punto de morir. Él iba a replicar, pero ella desvió el tema con habilidad—. Tiene carácter la joven. No estoy segura de por qué a Patrick le gustaría esa paloma. Yo creería que ya tiene suficientes problemas en su vida.

—Esa no es una paloma —respondió Gritsmore—, es un cuervo. Y si tu hijo no se cuida, le sacará los ojos.

—Y tú estás deseando verlo, ¿verdad?

El duque sonrió.

—Me ofende que lo dudes.

Patrick logró deshacerse de Helen con la excusa de que quería ir a saludar a su madre. Al principio, esta se molestó, pero le pidió que fuera a las diez y quince a la biblioteca con la baronesa viuda, pues

Patrick iba a enfrentarse por fin a su familia y pedir su mano, la rabia fue sustituida por dicha.

Quizás en otro momento hubiese sido preso de algún remordimiento por lo que estaba por hacerle, pero en ese sus preocupaciones eran tan grandes que lo menos que le importaban eran los sentimientos de Helen.

No era como si todo no estuviese a punto de irse por la borda de cualquier forma.

Con paso cansando, salió del salón, no sin antes intercambiar una corta mirada con Gritsmore.

Becca debía de estar esperándolo en la biblioteca, tal y como habían acordado en la nota que le había dejado esa mañana, la que le indicaba que había llegado el día de cobrar su venganza.

Debía de estar contenta, y eso solo hizo que se sintiese peor.

Cuando llegó a la biblioteca, ella ya estaba allí. Como una joven inteligente, se había ocultado entre la sombra de los estantes previniéndose por si la persona que entraba era alguien diferente a Patrick. Al comprobar que sí era él, reveló su presencia.

Tenía una sonrisa tan linda que Patrick sintió que algo le apretaba el pecho. Estaba feliz, mucho, y le dolía pensar en arruinar esa felicidad.

—¿Vendrá? —preguntó emocionada.

Él solo asintió. Ella estaba tan contenta, que no detalló su expresión fúnebre.

—Sabes, me debato entre dos maneras de proceder. La primera, era la acordada, fingir que nos vamos a casar y que me dejas porque te enamoraste de mí, y la segunda, simplemente decirle la verdad, que nos estuvimos burlando de ella por semanas. Me tienta más lo segundo, pues considero que al actuar de la primera forma, cuando el compromiso se rompa, ella estará feliz, y esa idea no me gusta, aunque piense que fui yo quien lo abandonó.

—Haz lo que consideres mejor.

—¿En serio? Pero si me voy por esa opción, cortaremos contacto, y tú no podrás cumplir tus objetivos.

Ah, su objetivo.

«¿Qué importaba ya?», pensó Patrick.

En el centro de la biblioteca había una pequeña mesa, rodeada de tres butacas individuales y un sofá de dos puestos que parecía más ornamental que cómodo. Patrick decidió sentarse allí.

—¿Preocupada por mi futuro? ¿A qué se debe ese inusitado arranque de solidaridad? —bromeó.

Pero el comentario no fue lo suficientemente jocoso para ser creíble. De hecho, Becca por fin notó su expresión fúnebre.

Quiso preguntar qué le sucedía, pero tenía miedo de la respuesta. Su emoción por lo que se avecinaba casi le había hecho olvidar lo incómodo que fue su último encuentro.

Becca no había querido pensar en ello. Había pasado esos dos días distrayendo su mente con otros pensamientos, cómo la incógnita de quien sería el loco al que se ocurrió disparar en los jardines de Vauxhall, o la manera más cruel de romperle el corazón a Helen. Había ignorado ese tema con deliberación porque no sabía qué pensar al respecto.

Él había querido pedirle matrimonio. Becca lo sabía, nunca había sido un secreto que él siempre tuvo ese objetivo en mente. A pesar de su acuerdo inicial, ella supo que debía cuidarse de Patrick, que el hecho de que buscara a otras debutantes no la dejaba de inmediato a salvo, y trató de estar alerta. Sin embargo, y desde aquella vez en el jardín hasta esa noche en Vauxhall algo había cambiado.

Algo que le impedía decirle que no con la misma facilidad con la que lo hubiera hecho en aquel primer encuentro.

Y Becca no quería analizar qué.

Se negaba a pensar en por qué, después de años resignándose a que una vida en soledad era lo más conveniente para ella, de pronto su propuesta le pareció tentadora.

Y estaba reacia a analizarlo porque le daba miedo caer en una falsa ilusión que al final no tendría arreglo.

Él no esperó que ella contestara. Se recostó en el sillón y cerró los ojos.

Ella se percató de que tenía ojeras. Debía de llevar días pasando mala noche, pero, ¿por qué?

—¿Estás bien? —preguntó con tiento.

Se sentó a su lado, aunque manteniendo las distancias. No le gustaba verlo así, y tampoco le gustaba pensar que ella podía ser la causa de su desasosiego.

«No es tu culpa», se repitió. Pero la congoja en su pecho no desaparecía.

¿Qué le pasaba? ¿Cuándo había empezado a importarle hasta ese punto?

Patrick abrió los ojos. La observó con una intensidad que le erizó la piel. Quería decirle muchas cosas, pero no encontraba la manera.

—Querida Becca, ¿me has llegado a apreciar aunque sea un poco?

Una pregunta extraña, que hizo que Becca levantara algunas barreras. ¿A qué venía? ¿Qué diablos pasaba?

Quiso meditar su respuesta, pero su corazón encontró las palabras más rápido que su cerebro.

—Sí.

Y decir lo contrario era una mentira tan grande que no podía ni siquiera concebir la idea de hacerlo, aunque admitir la verdad la hiciera sentir vulnerable.

Él la recompensó con una pequeña sonrisa vulnerable.

—Te quiero, Becca, y te aprecio mucho.

Y apenas mencionó las palabras, Patrick supo que eran reales.

De alguna manera, esa pequeña criatura de carácter maquiavélico había logrado ganarse más que su simpatía. No sabía si llamarlo amor, o solo aprecio, pero la quería lo suficiente para que le doliera lo que iba a hacer.

Se acercó un poco a ella y le acarició la mejilla. Becca se dejó, no porque quisiera, sino porque estaba demasiado conmovida para apartarlo.

¿Qué acababa de decirle?

¿Qué implicaba eso?

Su corazón se aceleró, y su mente intentaba procesarlo todo. Él se inclinó hacia ella. Becca pensó que le robaría uno de esos besos que quitaban el aliento, todo con el fin de nublarle por completo el pensamiento. Sin embargo, él se limitó a acercar los labios a su oído.

—Lo siento, Becca. De verdad lo siento.

Ella no fue capaz de entender a que se refería hasta que la puerta se abrió. Al principio, esperó que fuera Helen, y sí, Helen había entrado, pero no lo había hecho sola.

Había varias personas con ella, pero Becca no fue capaz de identificar cuáles, pues la realidad de lo que acaba de pasar la golpeó con una rudeza que la dejó sin aliento.

Él le había tendido una trampa.

Y dolía, dolía mucho.

Capítulo 13

La traición sabía a limón.

O quizás a esas infusiones raras que alguna doncella te obligaba a tomar para la gripe.

Tal vez sabía a cualquier cosa horrible y fea que Becca jamás hubiese probado, y aun así no se le comparaba, porque el mal trago de cualquier alimento se pasaba con agua, pero el amargor que sentía en ese momento en la boca no iba a desaparecer, y lo sabía porque no era solo un mal que estaba atacando su sentido gustativo, sino que le hacía pitar los oídos, le aceleró el corazón e incluso le nubló la vista por un momento.

Miró al hombre que hasta hacía unos segundos había considerado su amigo, el que le había dicho que la quería, y él no fue capaz de sostenerle la mirada. Parecía sentirse culpable, pero ¿qué importaba si así era? Lo había hecho.

La había traicionado.

La había atado a él.

Observó a los participantes. La fila la encabezaba Helen con su madre. La joven tenía un semblante de dolor muy similar al de Becca. Ella no pudo sentirse contenta. La venganza se había cumplido, pero a costa de su propia libertad.

Tras de ella, estaban los duques de Gritsmore. Era imposible leer el semblante del duque, pero la duquesa parecía muy furiosa. Becca empezó a tener esperanzas de que podía dejar el inconveniente en un secreto cuando entró Raymond junto con Hattie, con la anfitriona a su lado.

Se había arruinado.

—¿Qué significa esto? —gimoteó Helen.

Eso era lo que Becca quería saber, pero no quiso volver al desgraciado que tenía a su lado para obtener una respuesta. En cambio, miró a su familia. Raymond estaba al límite de su contención, lo supo por la postura tensa de su espalda.

Supuso que era entendible. Tener que casar a dos hermanas en las mismas circunstancias podía con la paciencia de cualquiera.

Tendría suerte si no la mataba antes de la boda.

Aunque, dadas las circunstancias, tendría suerte si la mataba antes de la boda.

Solo pensar en boda la hacía querer morir.

—Creo que es evidente lo que significa —dijo con sequedad la anfitriona—. Al parecer, las conductas inapropiadas vienen de familia.

Becca quiso golpearla. Era injusto. Había dos personas involucradas en ese escándalo, pero la atacaban a ella.

—La dama siempre tiene que mostrar un comportamiento ejemplar, ¿verdad? —dijo con sorna—. Pero nadie le reprocha a él no comportarse como un caballero.

Becca no pudo soportar permanecer allí. No podía ver la decepción en la cara de su hermano, la satisfacción de Patrick o el reproche en el rostro de la anfitriona. Simplemente, no lo soportaba.

Salió corriendo antes de que alguien pudiera detenerla.

—¡Becca!

El nombre fue pronunciado por varias bocas, una de ellas la de Patrick. En cuanto la vio huir, sintió la necesidad de ir tras ella, le dolía verla así, quería explicarse, pedir que lo perdonara, aunque sabía que eso no sucedería.

No había dado ni siquiera dos pasos cuando el marqués de Rhodesay se ubicó delante de él. Su esposa había salido tras Becca, pero él parecía dispuesto a aclarar todo.

—¿No crees que has hecho ya suficiente?

Lo sabía, por supuesto que sí. Tampoco era tan difícil suponerlo. Debía conocer bien a Becca para saber que no era una joven que tendía a escapadas románticas, por más cosas que les hubiera hecho creer ella en ese teatro. Y sabía qué era lo que Patrick quería.

—Déjala en paz —le espetó—. Ya has conseguido lo que querías, al menos dale la oportunidad de estar sola. —Empezó a caminar hacia la entrada—. Me gustaría hablar contigo mañana a primera hora, te avisaré si he logrado contener el instinto de asesinarte.

Y se marchó.

La estancia quedó en un silencio tenso, solo interrumpido por un sollozo de Helen, quien llegado un punto no pudo soportarlo más y salió corriendo, con su madre tras de ella.

«Al menos el plan se ha cumplido a cabalidad», pensó Patrick con resquemor. La anfitriona, quien sin duda estaba allí porque de alguna manera Gritsmore lo había organizado, estaba a punto de hacer algún comentario que no le agradaría. Sin embargo, su madre se adelantó.

—¿Nos puede dejar solos, lady Winchester?

No era una petición y ella lo sabía. Murmuró una disculpa y se marchó.

Entonces, toda la rabia de Ivory cayó sobre ellos.

—Son despreciables —les dijo. Apuntó a Patrick con el abanico que tenía en su mano—. ¿Cómo has podido hacerle eso a esa pobre dama? ¿Acaso te eduqué así?

Patrick soportó con estoicismo los dos golpes que le dio con el abanico en el brazo, sabiendo que si ella no se desahogaba, sería peor.

—Y tú —le dijo a Gritsmore—, todo esto es tu culpa.

—No fui yo quien contraí esa deuda —dijo con desinterés, como si a esas alturas no supiera que con Ivory en ese estado era mejor ser más prudente.

—Pero pudiste pagarla. Soy tu esposa, y están tus hijos de por medio, maldito seas.

—No tengo por qué perder dinero por él.

—¡Es por nosotros! Él te lo hubiera pagado, lo sabes. Pero, aun así, decidiste provocarlo hasta que cometiera este acto tan infame.

—No soy un niño manipulable, madre.

—No, eres un hombre incapaz de dejar a un lado su orgullo. Cediste a la provocación de Víctor y le desgraciaste la vida a esa pobre muchacha.

—No quiero hacerla desgraciada —se justificó.

—Creo que es muy tarde para eso —dijo con resquemor. Después, soltó un suspiro resignado—. Regreso a casa. Tú puedes ir pidiendo otro carruaje —le dijo a Gritsmore mientras caminaba hacia la puerta.

—Mujer, has perdido el juicio si piensas que te dejaré ir sola en el carruaje.

—¡Pues puedes internarme en Bedlam! Pero juro por lo más sagrado que no compartiré contigo ni los saludos protocolares.

Gritsmore soltó un gruñido mientras seguía a la furiosa dama fuera de la estancia. Patrick se quedó solo y pensativo.

Su madre posiblemente le quitaría la palabra por días. Su prometida lo detestaba y aún debía resolver el asunto de las amenazas en su contra. No podía decir que estaba en uno de sus mejores momentos.

Y vendrían peores, no tenía duda de ello.

Becca nunca había deseado tanto desaparecer como ese día. Por lo general, solía aceptar las consecuencias de sus acciones con estoicismo, pero siempre era porque ya las había tomado en cuenta al momento de efectuar cualquier plan peligroso que se le ocurriese. En este caso, no había tenido tiempo de asimilarlas con antelación, pues jamás imaginó que él la fuera a traicionar.

Solo de recordarlo, hacía que un odio inmenso enrojeciera sus mejillas. ¿Cómo pudo haber sido tan ilusa? ¿Cómo podía haber confiado en él?

Y le había dicho que la quería.

Le parecía una broma cruel, dadas las circunstancias, porque había parecido sincero.

Tan sincero, que por un segundo Becca se cuestionó si no valdría la pena intentarlo.

«Tonta», se dijo.

Lo único que había conseguido era terminar en un matrimonio con un cazafortunas, y no poder mirar a su familia a la cara.

—Rebecca —dijo Raymond con suavidad.

Ella no giró la cara. Continuó con la cabeza recostada en la ventanilla del carruaje, y la vista fija en el paisaje que se desdibujaba con el movimiento a medida que avanzaban.

—Lo siento, Ray. No lo imaginaba, de verdad que no.

Y eso hacía todo aún peor.

—No te culpamos por ello, Becca —dijo Hattie, amable.

—Solo quiero saber qué paso —acotó Raymond—. Ya te estaba cortejando, había tenido mi aprobación, ¿qué necesidad tenía de hacer esto?

Era una respuesta que a Becca también le gustaría saber, pues aunque sus intenciones nunca fueron un secreto, una de las razones por las que no previó que eso podía suceder era porque él no tenía necesidad. Al menos, no una inmediata. Sí, quería dinero para mejorar su situación económica, pero no había rumores de ruina que pudieran instarlo a actuar con prisas. Al menos, no que ella supiera. Podía haber cortejado a otra dama, y habría podido conseguir un matrimonio ventajoso sin usar esa vil artimaña.

—No lo sé —contestó Becca, aún sin mirarlo—, no lo sé.

Raymond no quiso insistir.

Cuando llegaron a casa, Becca fue a refugiarse de inmediato a su cuarto. Su doncella, que la había estado esperando, la ayudó a cambiarse, y una vez en camisón, Becca se quedó mirando por la ventana. Esa noche no dormiría, y era absurdo intentarlo.

Había pasado aproximadamente una hora cuando alguien tocó a la puerta.

Becca consideró fingirse dormida, pero las lámparas prendidas delatarían su mentira.

—Adelante —dijo sin ánimo.

Hattie entró. Estaba en camisón, y llevaba un té en su mano.

—Creí que quizás necesitarías esto —dijo, tendiéndoselo.

Becca lo olió. Manzanilla.

—No creo que nada logre calmar mis nervios esta noche —comentó, pero decidió darle un sorbo.

—Lo imagino —respondió Hattie mientras se sentaba en el borde de la cama.

—¿Has venido a preguntar por qué lo hizo? Dije la verdad, no lo sé.

Hattie negó con la cabeza.

—Estuve pensando, y hay una parte en su historia que no encaja.

—¿A qué te refieres? —preguntó sin interés.

A ese punto, le daba igual todo.

—Si estuviese desesperado por dinero, lo sabríamos. Las deudas no son algo fácil de ocultar, sobre todo cuando se tiene un pasado con el de él. La sociedad siempre está atenta a si vuelve a caer en los vicios, por lo que el rumor se hubiera difundido rápido. Pensé que, quizás, Ray lo había asustado un poco esa noche en Vauxhall y decidió tenerte segura en caso de que tu hermano cambiara de opinión respecto a su relación.

—Oh, te aseguro que no es eso —dijo con desdén.

—Yo tampoco creo que lo sea. Sería un poco tonto, sabes, enemistarte con la familia cuando puedes intentar que todo llegue a buen puerto. Solo se me ocurre que haya hecho algo así porque pensara que tú no ibas a aceptar, pero, si ya habías aceptado su cortejo, ¿por qué no aceptarías su propuesta?

Becca se quedó callada. No había mucho que decir al respecto. Y no dudaba de que Hattie respondería pronto sus propias preguntas.

—Entonces, analicé su relación. En un principio me emocionó mucho, pero no puedo negar que fue extraño. Nunca antes habías mostrado interés por él, y solo pareciste hacerlo cuando él mostró interés por la señorita Morgan, a quien no es un secreto que odias. Dime, Becca, ¿existe la posibilidad de que te hayas acercado a él solo por molestar a la señorita Morgan, que él se haya enterado, y que ante el miedo de que no lo aceptaras haya decidido tomar esa decisión?

Becca suspiró y se alejó de la ventana.

—Casi, Hattie. Casi.

Y le relató todo. A medida que iba narrando lo sucedido, la expresión de Hattie se iba volviendo cada vez más horrorizada.

—Oh, Becca. ¿Por qué has hecho eso? Rose no lo hubiera querido.

—Que no lo hubiera querido no significaba que no fuera necesario —respondió con la barbilla en alto—, alguien tenía que darle una lección a Helen, o seguiría dañando a otros.

—¿Y quién ha salido dañada? —replicó Hattie con suavidad.

Becca dejó el té en la mesita de noche y se dejó caer de espaldas en el colchón.

—No imaginé que lo hiciera —confesó—. Yo... creí que habíamos llegado a ser amigos.

«Ilusa, ilusa. Mil veces ilusa»

Hattie se acostó a su lado, y ambas se quedaron observando el techo por un rato. A veces, hacía bien el papel de hermana mayor.

—Yo creo que también te aprecia —se atrevió a decir—. No digo que lo que haya hecho esté bien, pero no parecía contento, ni se estaba jactando de la situación. Creo, de verdad, que había una razón de peso para que tomara esa decisión.

Becca bufó.

—No se me ocurre cuál.

—Quizás podrías preguntarle.

—No quiero hablar con él.

—Ya que les espera una larga vida por delante, creo que en algún momento tendrás que hacerlo.

Becca le dirigió a Hattie una mirada iracunda, pero esta no se inmutó. Tomó su mano entre la de ella y le dio un apretón reconfortante.

—Si se llevaban bien, quizás puedan volver a hacerlo. Eso es más de lo que tenía tu hermana, y has leído lo contenta que está.

Era diferente. Rosemary no esperaba de su esposo sino cosas horribles, por lo que era natural que, al descubrir que no eran ciertas, pudiera darle una oportunidad.

Becca, en cambio, había llegado a confiar en él, había pensado en darle una oportunidad, y él la había traicionado.

Eso era algo que no se podía olvidar.

Hattie debió leerlo en sus ojos, porque suspiró con resignación y se incorporó.

—Estás viviendo las consecuencias por querer buscar venganza. No acumules más rencores, Becca, no sin conocer su parte de la historia. Al menos dale esa oportunidad.

Hattie se marchó, y Becca se quedó varios minutos pensando en su conversación.

¿Por qué habrá de darle una oportunidad? No veía que nada justificase su manera de actuar.

Ella había confiado en él y él la había traicionado. No había excusa que pudiera ampararlo. Había puesto por encima sus intereses y le había importado poco la convicción de Becca de no querer casarse.

Y ahora se veía obligada a hacerlo.

Esa certeza hizo que su rabia aumentara. Nunca le había gustado que la acorralaran, que la obligasen a hacer algo. Becca siempre había tenido una vena rebelde difícil de domar, y esa era una de las razones por las que no había querido casarse.

Todos querían domarla. Él le había prometido que sería diferente, y le mintió.

Con frustración, Becca tomó la almohada y la lanzó al otro lado de la habitación.

Lo odiaba, y odiaba el problema en el que la había metido. No quería casarse con él. Se negaba a hacerlo.

Entonces, no pudo evitar pensar en cómo podía evitar ese matrimonio. Para una dama nunca había muchas opciones, al menos, ninguna que no requiriera un sacrificio.

Pero a veces un gran sacrificio era mejor a la otra alternativa.

Decidida, Becca fue a su tocador y sacó una hoja. Garabateó unas palabras rápidas. No tenía tiempo de dar largas explicaciones, y tampoco lo creía conveniente. Esa nota tenía que salir lo antes posible hacia Yorkshire.

Y ella también, así que fue al armario, sacó una bolsa de viaje, y se puso a armar su equipaje.

Capítulo 14

—Últimamente me pregunto qué ofensa habré cometido ante Dios para que mis hermanas terminen pagando las consecuencias, pues no encuentro otra razón para que ambas se hayan visto en esta desagradable situación, ¿o es que vio lo que le pasó a la primera y decidió probar suerte a ver si funcionaba con la segunda?

Patrick intentó no mostrar su fastidio, a pesar de que las palabras distaran de ser amables. A fin y al cabo, no era que pudiera culparlo. Supuso que en su situación, habría actuado de manera similar. A él tampoco le gustaría que alguien se aprovechara de su hermana.

Patrick se sentó en la pequeña silla ubicada frente al escritorio del marqués. No lo había invitado a hacerlo, pero puesto que lo peor que podía pasar era que lo mirara con desdén, cosa que ya había estado haciendo desde que entró, se arriesgó a tomarse la licencia.

Rhodesay se limitó a beber de su copa. No era ni siquiera medio día, pero Patrick apostaba que no era la primera que se tomaba. Tampoco tuvo la cortesía de ofrecerle, algo que no lamentase. En el estado en que se encontraba, no se veía capaz de tener contención si empezaba a beber.

—Dime, Middleton, ¿cuándo quieres que sea la boda? ¿Qué tan urgente necesitas el dinero?

Esa conversación era un golpe a su orgullo, no podía negarlo. Pero el odio de toda esa familia era una consecuencia que había terminado aceptando por un bien mayor.

No así el odio de Becca. Se negaba a aceptar ese todavía.

—En una semana, máximo diez días.

Le quedaban solo seis para que se cumpliera el plazo que le había dado Johnny, pero estaba seguro de que, con ese matrimonio en puerta, podría retenerlo unos días. O el duque podría poner el dinero.

«A fin y al cabo, ya tiene su garantía», pensó con amargura.

Esperaba que su madre le quitara la palabra por un buen tiempo. No era el único que merecía sufrir consecuencias por eso.

Su expresión imperturbable no agradó al marqués. Rhodesay apretó con tanta fuerza su copa que Patrick temió que la quebrase.

—¿En qué estás metido, Middleton?

—En nada que afecte a Becca.

O eso estaba rezando. Era muy consciente de que casarse con ella implicaba una debilidad con la que podían atacarlo, aunque quería creer que Johnny no la usaría porque no sabría que tanto significaba para él, pues a fin y al cabo, Patrick dejaría claro que solo se casó con ella por conveniencia.

Esperaba de verdad que fuera así. Estaba confiando en eso, y en solucionar todo lo más pronto posible.

—No sé qué vio mi hermana en ti en un principio —espetó el marqués—, le dije que no me parecías un pretendiente adecuado.

Patrick se tensó. Sintió curiosidad de preguntar a qué se refería. Posiblemente Becca debía de haber inventado algo sobre ellos para justificar sus encuentros, pero nunca le había dicho qué. No la veía fingiendo con verosimilitud un amor desesperado, por lo que lo que debió contar debía de ser una mezcla entre la mentira y la verdad para que resultara creíble. ¿Habría dicho algo de él que en su momento consideró cierto?

Quizás. Pero, ¿importaba ya? Cualquier pequeña cosa que Becca hubiera apreciado de él se debía de haber esfumado con lo sucedido la noche anterior.

Y era todo su culpa.

—No pienso defenderme —dijo, cansado de esa discusión—, sé bien lo que piensa de mí, y está en su derecho de juzgarme. Justificar mis razones poco va a cambiar su opinión. Sin embargo, hay una cosa que le dije, y no me retracto: no pienso hacerle daño a Becca. La aprecio, y la aprecio de verdad. Haré lo que esté en mis manos para que me perdone.

Rhodesay lo miró con intensidad, intentando descifrar la veracidad de sus palabras.

—Suerte con eso —dijo finalmente—. Entonces, la boda será en diez días. Asumo que te harás cargo de conseguir la licencia especial. Mis abogados redactarán el contrato matrimonial y te lo

hará llegar en cuanto esté listo. Hasta entonces, preferiría no seguir viéndote.

Le señaló la puerta de manera poco amable. Patrick se levantó con un suspiro.

—¿Al menos puedo ver a Becca?

—Ella no quiere verte.

Patrick decidió no insistir.

Salió del despacho hacia la que recordaba que era la salida. Nadie se interpuso en su camino, nadie lo guio. En esa casa era menos que un invitado, era una presencia obligada e indeseada.

Cuando estaba ya llegando al vestíbulo, sintió un movimiento a sus espaldas. Una cabellera negra se agitó en el aire antes de esconderse detrás de una de las paredes. Por un momento, creyó que se lo había imaginado, pero segundos después, una cabeza asomó con cautela por detrás de esa pared.

La joven, que sabía tenía unos dieciséis años, pero no aparentaba más de trece, reveló su presencia con lentitud, como si dudara en hacerlo. Vestía un sencillo vestido blanco que apenas le llegaba a los tobillos y su mirada lo juzgaba en silencio.

—Escuché que quiere hablar con Becca.

Patrick entrecerró los ojos. Estaba convencido de que no pudo haber escuchado la conversación tras la puerta principal, pues esta era muy gruesa y estaba lejos de donde ellos estaban sentados, así que, o bien estaba pegada a alguna pared contigua, o se había escondido en algún lugar del despacho. Lo último lo que veía poco probable, pues aunque la joven era pequeña y delgada, no habría podido salir de allí sin que su hermano lo notase.

O eso suponía. Si era hermana de Rebecca Astor, debía ser todo menos una niña tonta.

—Así es. ¿Podrías pedirle que venga? —preguntó.

Esperaba no asumir en vano que la pequeña quería ayudarlo.

Sus esperanzas se rompieron cuando negó con la cabeza.

—Si le digo que usted la está esperando, no va a querer bajar. Si no le digo quién la está esperando, sospechará y no querrá bajar, y si le miento sobre quién la está esperando se enfadará conmigo.

Patrick suspiró. Entonces, ¿por qué se había acercado a él?

Ella no tardó en darle la respuesta.

—También escuché que la apreciaba, y que lo hacía de verdad.

Él volvió a asentir, sin saber a qué venía esa conversación. La joven parecía estar evaluando algo en él, y finalmente, debió haber llegado a alguna conclusión de esas que no agradan, pero son necesarias, porque soltó un suspiro resignado.

—Su habitación está en la segunda planta, el pasillo de la derecha, la tercera puerta. Trate de que no lo atrapen, y si pregunta, yo no le di esa información.

La joven desapareció antes de que Patrick pudiera siquiera procesar lo que le había dicho.

Lo que le proponía era arriesgado, pero demasiado tentador para desaprovecharlo. ¿Qué era lo peor que podía suceder? Tal vez que algún criado lo viera y diera aviso, en cuyo caso el marqués iría a sacarlo fúrico de su casa, pero ya no tenía nada que perder.

Valiéndose un poco de las habilidades que había aprendido en su juventud para escabullirse, subió las escaleras hacia la segunda planta.

La suerte estuvo de su lado, algo muy extraño, y llegó hasta la habitación señalada sin encontrarse con nadie. Por instinto, alzó la mano para tocar la puerta, pero cambió de idea. Si hacía eso, ella preguntaría quién era, y al no recibir respuesta, existía la posibilidad de que no le abriese. Así que Patrick probó suerte y giró el pomo.

La encontró sentada en el suelo, buscando algo en la última gaveta de su tocador. A su lado, estaba una bolsa de viaje, la cual parecía tener dentro unas cuantas prendas.

Patrick frunció el ceño. No creía que estuviese empacando para su nueva vida, ya que, sin duda, iba a requerir algo más que una bolsa.

No tuvo demasiado tiempo para analizarlo. Ella se giró apenas escuchó la puerta abrirse, y lo que fuera que iba a decir murió en cuanto lo vio.

—¿Qué haces aquí? —chilló—. No quiero hablar contigo.

—Lo sé —dijo él, adentrándose en la habitación lo suficiente para cerrar la puerta tras de él, pero no demasiado para que ella no se sintiera intimidada—, pero yo necesito hablar contigo.

Ella cerró con fuerza la gaveta y se incorporó.

—Yo no quiero escuchar nada que tengas que decir.

Notó que tenía en la mano una linda y sencilla cadena de oro, de esos regalos valiosos pero discretos que la familia suele darle a las jóvenes solteras con el fin de resaltar con disimulo su belleza.

La pregunta que se había hecho al inicio regresó, y esta vez la formuló en voz alta.

—¿Qué estás haciendo, Becca?

Volvió a fijarse en el equipaje que estaba a su lado. Becca también lo hizo, y tuvo que contener el impulso de esconderlo porque sabía que eso sería más sospechoso.

La ira estaba apoderándose de cada parte de su cuerpo como un veneno letal. ¿Qué hacía ahí? ¿Cómo se atrevía a irrumpir de esa manera en su habitación? Y lo más importante, ¿cómo había llegado?

—Lo mismo me pregunto yo, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Cómo llegaste?

—Quería hablar contigo, tu hermano me dijo que no bajarías, así que me arriesgué a venir a buscarte.

—¿Cómo has encontrado mi habitación?

Él se encogió de hombros.

—He tenido suerte. ¿Responderás mi pregunta? ¿Por qué pareciera que estás empacando para un viaje corto y ligero?

Becca se tensó.

Parecía que toda su suerte se debió de haber esfumado en algún punto, pues no había otra razón para que él la hubiera atrapado justo en ese momento. Debió haber cerrado la puerta con llave, pero ¿cómo iba a saberlo? Nadie en esa casa irrumpía en su habitación sin tocar, ni siquiera Alison.

—Solo aparto cosas que no me sirven —dijo, a la defensiva—. Y no tengo por qué darte explicaciones. Aún no eres mi esposo.

«Y espero que nunca lo seas»

Verlo era como revivir la traición. Becca tenía en su mente demasiados buenos momentos con él, tanto, que solo rememorar lo que le hizo hacía que doliera, y mucho.

—Becca, lo lamento.

Ella sintió que los ojos le picaban, y eso la enfureció más.

—¿Pretendes hacerme creer que estás arrepentido?

—No estoy arrepentido —dijo con calma—, pero me duele hacerte daño.

Ella sintió el impulso de lanzarle algo, cualquier cosa. ¿Qué debía interpretar de eso? ¿Acaso se estaba burlando de ella?

—Podría explicarte por qué lo hice.

—Eso no cambiará nada —espetó ella, dejando el collar sobre la cómoda—. Vete o empiezo a gritar.

—Becca.

—¡No quiero verte!

Estaba perdiendo los papeles, pero no podía controlarse. Él había invadido su vida, se había ganado su confianza y la había traicionado. No conforme con eso, también invadía su habitación, su intimidad.

Patrick se dijo que era mejor marcharse. No quería que ella empezase a gritar, y no por miedo a que lo descubrieran, que a esas alturas le importaba poco, sino que no se sentía con el derecho de alterarla de esa manera. Dio un paso hacia la puerta, pero, sin poder evitarlo, sus ojos volvieron a caer en la bolsa de viaje.

—No lo hagas —le pidió.

—No sé de qué me hablas.

—Sí, sí lo sabes. Te quieres marchar, Becca, quieres escaparte porque no deseas esta boda. Si la lógica no me falla, tal vez quieras hacer una parada en casa de tu hermana en Yorkshire, mientras decides qué hacer, pero eso solo retrasará lo inevitable. Ella no te puede proteger, y tú no puedes abandonar todo lo que conoces por un capricho.

—¿Un capricho? —gimoteó ella—. ¿Crees que mi libertad es un capricho?

Él vio dolor en sus ojos y su mano se alzó instintivamente para acariciarla. Tuvo que apretar el puño para contener el impulso.

—Creo que estás viendo todo peor de lo que es —dijo con suavidad—. Entiendo que mis palabras no te generen confianza, pero voy a hacer todo lo que esté en mis manos por demostrarte que el futuro no tiene por qué ser terrible. Solo te pido que no te escapes, Becca, no te hagas eso a ti misma. Sabes que el futuro de

una mujer sin apoyo no siempre es alentador. Y si te vas, yo iré a buscarte, e incluso tu hermano irá a buscarte, porque aunque me deteste, sabe que lo mejor para ti y para su familia es que te cases conmigo.

El picor de los ojos se estaba volviendo incontrolable, así que Becca se giró para que él no la viera llorar. Patrick se marchó, no quería incomodarla más.

Cuando la puerta se cerró tras él, Becca se permitió romper en llanto.

No recordaba la última vez que había llorado, quizás fue el día que Rose se fue. Nunca había sido fácil sacarle lágrimas.

Jamás se lo había permitido.

Lloró durante un tiempo indefinido.

Lloró por la traición, por la rabia y por el enfado de saber que él tenía razón. Aunque Becca se propusiera desaparecer, ¿qué pasaría con su familia? No tenía esperanzas de que Alison se casara, pero sería muy egoísta de su parte robarle la oportunidad de ilusionarse al respecto, sobre todo por algo que no había sido más que las consecuencias de su propio actuar, de su ingenuidad.

Tomó la bolsa de viaje y la lanzó contra la puerta.

No tenía muchas opciones.

Sin embargo, juraba por lo más sagrado que él se arrepentiría. Y Becca siempre llevaba a cabo sus venganzas.

Patrick se encontró a Helen en las afueras de Albany. Llevaba un traje marrón, austero, y un sombrero que tan grande que era difícil ver su cara.

Supuso que esa era su intención, pues Patrick no la reconoció hasta que se situó delante de él.

—Lord Middleton —musitó en voz baja.

Patrick miró a su alrededor. A esa hora de la mañana, no había muchas personas paseando por Piccadilly. Por lo general, los aristócratas se levantaban tarde, y las personas trabajadoras habrían salido más temprano. Aun así, Patrick no quiso arriesgarse. Le hizo una seña a Helen para que lo siguiera y la llevó a la calle de atrás, mucho menos transitada.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Necesito saber por qué —musitó ella, con los ojos llorosos.

En otras circunstancias, a Patrick le hubiera dado tanta pena que se habría tomado la molestia de inventar una excusa que no resultara dolorosa, pero en ese instante, no tenía las fuerzas para ser amable. La mujer con la que se iba a casar lo odiaba, la familia de esta también, y su futuro no auguraba nada bueno.

La vida no era fácil, ni justa, y Helen tendría que aprenderlo, así como le había hecho aprender esa lección a la hermana de Becca.

—¿Quieres saber la verdad, Helen? —preguntó, agotado.

Ella asintió.

—Yo nunca fui el hombre de esas cartas.

El rostro de ella palideció. No encontraba las palabras con las que expresar su sorpresa, así que Patrick se la ahorró y continuó:

—Ese hombre ni siquiera existió. Rebecca escribió esas cartas para vengarse por lo que le hiciste a su hermana. La idea era ilusionarte, y el día en que se suponía debías conocerme, ella te iba a revelar la verdad. Pero yo aparecí primero, no me dejaste ni hablar, y te marchaste sin que pudiera explicarte que estabas confundida. Entonces, Rebecca apareció, me contó lo que sucedió y nos aliamos.

—¿Se aliaron para hacerme daño? —preguntó, incrédula.

—Rebecca quería hacerte daño. Yo quería una excusa para convivir con ella.

Helen empezó a llorar. Por lo general, Patrick solía sentir empatía con las damas que lloraban, pero la mujer que tenía delante de sí no le inspiraba más que una pequeña lástima.

—¿Cómo han podido?

—¿Y cómo has podido tú obligar a lady Rosemary a casarse con un hombre que ni siquiera conocía solo para que su pretendiente te eligiera a ti? —le espetó—. Discúlpame, Helen, pero no puedo sentir ni siquiera un poco de pena por ti.

Ella dio un paso hacia atrás y se abrazó a sí misma. Era difícil identificar en ella a la mujer prepotente que quería creer que podía manejar a todos a su antojo.

—No lo entiende —siseó—. No entiende lo que es no tener a quien lo proteja, no sabe lo que es sentir la presión constante de que necesitas casarte porque si no estás arruinada, o no fuiste lo suficientemente buena... No comprende cuánto... cuánto...

Su voz se quebró.

«Cuánto se desea un poco de cariño»

No lo había dicho, pero Patrick podía leer las palabras en sus ojos apagados, en su expresión desilusionada y en las lágrimas que adornaban sus mejillas.

Su ira se aplacó, y fue capaz de sentir empatía.

—La vida puede no ser justa, pero sigue siendo la forma en la que actúas lo que te define como persona, Helen —dijo con calma, recordando las palabras de Becca.

Ella le dirigió una mirada asesina.

—¿Ah sí? Me parece irónico que mencione eso después de lo que le hizo a Rebecca. Se atreve a juzgar mi manera de actuar, a decirme que pude haber obrado diferente, pero ¿qué pasa con usted, lord Middleton? ¿No engañó a Rebecca y le tendió esa trampa, seguramente por su propio beneficio? ¿Qué lo diferencia de mí?

Touché

—Nada, querida.

Patrick se dio media vuelta y se marchó.

—Nada —se dijo para sí mismo.

Eran la misma clase de escoria, y él pronto también tendría que aceptar las consecuencias de sus actos.

Capítulo 15

El día de la boda llegó como suelen llegar los momentos menos deseados: con mucha rapidez.

Becca estaba en su habitación. Un vestido que había sido hecho con prisas para la ocasión descansaba sobre la cama. Era hermoso, de un verde esmeralda que combinaba con sus ojos, mangas anchas, faldas con muchos volantes y un escote más que generoso.

Lástima que no lo fuera a usar.

Se miró en el espejo desanimada.

Llevaba un sencillo traje de algodón que solía usar para dar paseos matutinos, era de un azul pálido algo deprimente y estaba pasado de moda, pero para Becca, combinaba perfecto con la ocasión.

Su peinado sí era más elaborado, solo porque su doncella no quiso seguir sus órdenes y se tomó muy en serio la orden de Hattie de dejarla hermosa. Había recogido el cabello largo en la coronilla, y calentó las tenazas hasta que fueron capaces de hacer unos rizos perfectos en su insípido cabello, que en ese momento adornaban su frente y parte de su cuello.

También había llenado su cara con polvo de arroz, pero Becca se la había lavado apenas salió. No necesitaba nada para verse blanca, porque su piel ya estaba pálida. Empezó a dar golpecitos con su pie sobre el suelo.

No estaba segura de cuánto faltaba para la boda, ni si había llegado el novio o el párroco. Becca quería encerrarse allí y nunca salir.

Al menos, una de las ventajas de casarse por licencia especial era que podía permanecer encerrada allí hasta el momento de la boda, y después de esta ir a encerrarse otra vez. No tendría que hacer un espectáculo público en una iglesia, y si Hattie le había cumplido lo que le pidió, no habría en el salón ni un invitado que no perteneciera a la familia directa. No quería que nadie presenciase su derrota, su desdicha.

Alguien tocó la puerta, pero Becca no contestó. Temía que le dijera que ya era la hora, que tenía que ir y casarse. ¿Aún podía poner en práctica el plan?

Lo dudaba. Le había escrito a Rose para decirle, de mala gana, que había reflexionado y que no podría huir.

Porque, a fin y al cabo, Becca era impulsiva, pero no insensata.

La persona en el pasillo insistió, y Becca decidió seguir fingiendo por un rato más que no escuchaba. No era una táctica que le ganaría mucho tiempo, pero cuando se estaba a punto de ir a prisión, cada segundo de libertad contaba.

Abrieron la puerta porque había olvidado pasarle seguro. Había esperado ver a Hattie, a Ray o a incluso la misma Alison, pero cuando vio a la recién llegada, casi se echa a llorar.

—¡Rose!

Becca nunca había sido amante de las demostraciones físicas de afecto, pero cuando vio a su hermana, se le lanzó encima. Rose la recibió con los brazos abiertos, apretándola fuerte y sobándole la espalda mientras Becca sentía que las lágrimas le picaban la boca.

—Oh, Becca. ¿Acaso pensaste que no iba a venir?

—No pensé que te daría tiempo —musitó.

Becca le había enviado la segunda nota hacía apenas una semana. No sabía si esta llegaría a tiempo, o si Rosemary se quedaría esperando su llegada al campo.

—Oh, tuvimos que apurar un poco los caballos. Dom no está muy contento, dice que no me puedo someter a eso, pero ¿cómo no iba a acompañarte en ese momento?

Becca se separó un poco para observar mejor a su hermana. No habían pasado ni seis meses desde que se había ido, pero la notaba diferente. No por el embarazo, pues este aún no se notaba, sino por la forma en que le brillaban los ojos.

Puesto que el último recuerdo que tenía de ella era que estaba llorando por el futuro que le esperaba, a Becca le alegraba verla contenta.

—Hattie me ha contado un poco lo que ha sucedido —dijo Rose tomando el lugar que Becca había dejado frente al tocador—. Becca. ¿Por qué lo has hecho?

—Se lo merecía —siseó.

—Yo la he perdonado —murmuró Rose.

—Pues yo no. Aunque en este momento Helen ocupa un lugar muy bajo en mis pensamientos.

Solo había una venganza que tenía en mente, y era contra el que iba a ser su esposo.

—Oh, Becca. No sabes cuánto lo lamento.

A Becca nunca le había gustado ser objeto de lástima, pero lo que le ofrecía su hermana no era precisamente eso, sino un consuelo fraternal.

—Yo confiaba en él, Rose. Creí que era mi amigo.

Decirlo en voz alta hacía que doliese más.

¡Qué tonta había sido!

—¿Al menos te ha dado una explicación?

—¿Acaso puede haber alguna que lo justifique? —replicó su hermana, indignada.

—Aunque parezca sorprendente, existe la posibilidad de que todo tenga una explicación lógica.

Becca sabía por qué lo decía, pero sus situaciones, por más que parecieran semejantes, eran diferentes.

—Siempre hubo la posibilidad de que tu esposo fuera inocente, Rose. Nadie podía asegurar que hubiera matado a sus esposas anteriores. En cambio, yo sí puedo asegurar que él me traicionó.

—Al menos escúchalo, Becca. Se van a casar. Si no hablan, su vida se convertirá en un infierno.

—Pues espero que esté preparado para ello —siseó.

Rosemary la observó con preocupación. Conocía a su hermana lo suficiente para saber que esa era una afrenta que no dejaría ir con facilidad, y no era que no tuviera todo el derecho del mundo a estar furiosa, pero la rabia pocas veces era buena consejera. Se iba a casar y no podía hacer nada por evitarlo. Lo único que le quedaba era buscar la mejor manera de hacer más amigable su futuro. A Rose le había costado mucho entender esa lección.

En ese momento, Hattie apareció en la puerta. Se mostró muy preocupada al ver el vestido sobre la cama.

—No te has cambiado.

—Y no pienso hacerlo —declaró Becca.

Ella suspiró con resignación. Tampoco era algo que la tomase por sorpresa.

—Él ha llegado, y el párroco también.

Becca sintió que se le iba el color. Quiso ponerse ese vestido solo para ganar tiempo, pero nunca había sido cobarde.

Respiró hondo y enderezó los hombros.

—Entonces bajemos.

Pero Rosemary se puso de pie y se interpuso en su camino cuando Becca iba hacia la puerta.

—Mandaré a llamar a una doncella para que te ayude con el vestido.

—No pienso arreglarme para él, Rose.

—Tampoco vas a bajar así. Le darás la satisfacción de ver lo mal que te tiene este matrimonio.

—O lo poco que me importa.

—¿Quieres arriesgarte? Quizás él entienda su mensaje, pero el párroco podrá decir por allí que lady Rebecca estaba tan desdichada que no fue capaz de ponerse un vestido decente.

Becca gruñó. Rose sonrió.

—Llamaré a tu doncella, y te esperamos abajo.

—Espero que no me pidas que sonría.

—No, eso ya sería demasiado, con que te veía bonita bastará. Aunque, si te ayuda a fingir, te gustará saber que hemos hecho una parada en nuestra casa de la ciudad para cambiarnos y el llanto de Helen se escuchaba en toda la mansión.

Le guiñó un ojo antes de salir.

Becca solo quería desaparecer.

Nadie le hablaba.

No era que le sorprendiese, pero no dejaba de ser incómodo.

Desde una esquina del salón, Patrick observó a los invitados. No había muchos, el marqués, su esposa —quien se acababa de ausentar—, lady Alison, su madre, su abuela, el duque y un hombre que no conocía, pero cuya identidad sospechaba. Ah, y, por supuesto, sus hermanos, que estaban muy entretenidos hablando

con otro niño que, asumió, sería el próximo marqués de Rhodesay. Ya se había imaginado que no sería una gran celebración, pero ver tan pocas personas lo sorprendió. Supuso que Becca no quería testigos de su desdicha.

El párroco se encontraba junto al marqués, bebiendo una copa y con una sonrisa forzada. El ambiente tenso debía ser evidente para él, y de seguro rezaba por que la novia apareciera rápido solo para poder marcharse.

—¿Ya sabes qué vas a hacer?

La voz provino de la única persona allí que le hablaba, pero que Patrick no hubiera deseado escuchar. El duque.

—He hablado con Johnny. Prometí entregarle el dinero mañana. ¿Alguna novedad de tu parte?

—Es difícil conseguir información sin levantar sospechas —murmuró—, estoy intentando infiltrar a alguien en su bando.

Parecía una opción arriesgada e imposible, pero no dudaba que el duque debía tener bajo su mando incluso a los mejores espías de la corona, esos para los que ninguna misión era irrealizable. Patrick se atrevería incluso a asegurar que no se estaba gastando ni una libra, sino que cobró viejos favores.

Observó a las damas que hablaban en la otra esquina del salón. Una cruzó mirada con él, pero no tardó en desviar la vista como alguien que se había encontrado con una persona no grata.

—¿Mi madre sigue sin hablarte?

La expresión de Gritsmore no se inmutó, aunque sus ojos revelaron algo de molestia.

—Se le pasará pronto.

Patrick sonrió.

—Tu optimismo es encantador.

Porque Patrick conocía a su madre, y no les dirigiría la palabra en semanas.

El duque se limitó a mirarlo con fastidio.

En ese momento, la marquesa y otra dama entraron al salón. Por un momento, Patrick creyó que era Becca, pero no tardó en descartar la posibilidad. La dama que acompañaba a lady Rhodesay

era físicamente igual a su prometida, pero sonreía y caminaba con una gracia y encanto que Becca no podría ni siquiera imitar.

Lady Rosemary, sin duda. O lady Mowbrat, pues acababa de confirmar que el hombre desconocido no era otro que el barón del cual se rumoreaba que había matado a sus tres esposas anteriores.

Debían de haber llegado ese día.

Los ojos de la baronesa se encontraron con los de él y la sonrisa desapareció.

Patrick decidió centrar su vista en otro lado. Sus hermanos estaban a unos metros de ellos, junto con el otro niño. George tenía su acostumbrada expresión de querer estar en cualquier otro lado, mientras que Victoria esbozaba una sonrisa muy grande. Logró escuchar retazos de su conversación.

—Mi padre es el duque de Gritsmore —decía con orgullo—. El tuyo es el marqués de Rhodesay, ¿no?

El joven asintió, no muy entusiasmado con la conversación. Pero Victoria nunca había sido de las que se daba por vencida.

—Me da la impresión de que podrías ser un niño agradable. ¿Por qué no hablas más?

—Quizás porque no lo has dejado hablar —replicó George.

—No te he preguntado a ti —espetó ella.

—Digo lo que él no se atreve.

Victoria le ignoró.

—¿Qué clase de dama le parece agradable?

El joven futuro marqués miraba a los lados como si alguien pudiera salvarlo de esa horrible situación.

—Las de carácter pasivo —murmuró entre dientes, claramente disgustado.

Si Victoria captó la indirecta, fingió que no.

—¿Y...?

—Déjalo —intervino George—. ¿Por qué tanto interés?

—Solo intento ser agradable.

—Creo que está empezando a detestarte.

El niño aprovechó la discusión entre hermanos para salvarse.

—Si me disculpan, debo ir a ver cómo está mi hermana.

—¿No está con la niñera? —replicó Victoria.

—Si no me ve en mucho tiempo se pone triste. Debo hacer actos de presencia constante. Sí, es duro. Hablamos después.

Se alejó todo lo rápido que pudo sin que lo acusaran de correr.

—Interesante —murmuró Gritsmore, que también había presenciado la escena. Luego, posó sus ojos en el marqués, como si evaluase la conveniencia de ir a hablar con él en ese momento.

Desde los lejos, Ivory ubicó la mirada de su esposo, y como era una mujer a la que pocas cosas se le pasaban por alto, ató los cabos después de ver cómo el niño escapaba. Debía conocer a esas alturas la mirada calculadora del hombre con el que se había casado, y si había visto a los pequeños hablar, no era difícil deducir sus pensamientos.

Negó con la cabeza, pero Gritsmore lo tomó como una provocación.

—Vaya, parece que pronto me considerará de nuevo digno de escuchar sus reproches. Supongo que es mejor actuar antes de que eso suceda. Lástima que tú no tendrás tanta suerte.

Se marchó sin dar ninguna explicación, pero Patrick no la necesitó, pues apenas el duque se fue, la joven que tanto se parecía a su futura esposa empezó a acercarse con una mirada que prometía guerra.

Gritsmore ni siquiera se despidió antes de desaparecer.

—Milady —saludó Patrick con cortesía—. No nos han presentado.

—Tampoco creo que sea necesario —respondió ella con desdén—. No es difícil adivinar su identidad.

Él no supo qué decir al respecto, pero ella no esperaba respuesta.

—Becca en este momento lo odia bastante —dijo sin tapujos—, y yo no le profeso sentimientos mejores.

—Comprendo —dijo entre dientes, aunque no veía el sentido de que ella fuera a decírselo. Dudaba que tuviera idea de cuánto lo martirizaba ese pensamiento.

—Sin embargo, me gusta hacerme mis propios juicios, y quiero creer que debe haber una razón que haga su accionar sino justificable, al menos entendible. Espero que la haya, lord Middleton, o Becca le hará la vida imposible, y ella se la arruinará también. Y si

Becca es infeliz, yo haré lo imposible por llevarla a donde usted no la encuentre nunca.

Tras decir la advertencia, se marchó.

Un encanto de cuñada.

Patrick se empezó a poner nervioso a medida que pasaban los minutos y su prometida no bajaba. Recordó la bolsa de viaje a medio hacer que había encontrado en su habitación, y la posibilidad de que se hubiese escapado le aceleró el corazón.

«No, Becca, por favor», pensó.

No podía cometer una insensatez similar.

Por suerte no sucedió. Becca apareció segundos después, con un vestido verde que le quedaba precioso pero una expresión tan fúnebre que cualquiera pensaría que estaba despidiendo a un muerto.

Sus ojos se encontraron, aunque solo fue por un segundo, porque ella no fue capaz de sostenerle la mirada. Caminó directamente al centro del salón, donde se ubicaba el párroco, e hizo una reverencia mecánica.

—Estoy lista —dijo con dignidad de alguien que acababa de aceptar su sentencia de muerte.

Así se sentía. Becca miró a su alrededor. No había casi personas, pero respiraba como si el ambiente la asfixiara.

Patrick se acercó a ella.

—Hola, Becca.

Ella quiso gritarle que no le hablara, que no usara el diminutivo de su nombre como si entre ellos todavía existiera la confianza que se profesaron.

Necesitó de mucho autocontrol para no ceder al deseo primitivo de gritar como una desquiciada. En cambio, asintió en reconocimiento y volvió su vista al párroco.

El hombre se aclaró la voz y abrió el librito que tenía en la mano. Pidió a todos silencio y que por favor se ubicaran en las sillas que se habían dispuesto para la ocasión.

Becca ni siquiera fue capaz de acordarse de los votos. El vicario preguntó si se encontraba bien al menos dos veces durante la

ceremonia y tuvo que pasar por la vergüenza de que le recordara qué era lo que tenía que decir.

Patrick no dejó de mirarla en ningún ni un segundo, y cuando llegó el momento de colocarse las alianzas, Becca quiso retirar su mano. No quería sentir su tacto cálido y reconfortante. No quería nada de él.

Cuando la ceremonia terminó, Becca murmuró unas disculpas y salió del salón. Nadie la siguió, ni siquiera su hermana, así que Patrick supuso que todos entendían que querían estar solos.

—Las acciones tienen consecuencias, querido.

Patrick se giró hacia su abuela. La mujer pisaba los setenta, pero tenía el porte de alguien mucho más joven. Lo miraba con la sabiduría que daban los años, y algo más que no logró descifrar.

—¿Te ha mandado mi madre a decirme eso?

—Tu madre no quiere ni mencionar su nombre. Dijo que nunca antes se había sentido tan decepcionada, y si tomamos en cuenta tu largo historial de errores, eso puede considerarse una hazaña.

Patrick perdonó el comentario pedante solo porque era su abuela, y porque tenía razón. Su vida siempre había sido un caos. Él se había encargado de volverla así.

—Lo estoy haciendo por ella.

—Lo estás haciendo porque no puedes soportar deberle dinero a ese energúmeno que Ivory tiene de esposo. Te comprendo, querido, de verdad. Pero hay que dejar el orgullo de lado si eso implica dañar a otros.

—Yo no quiero dañarla.

—¿No has visto su cara? Ya lo has hecho.

Patrick sintió que algo le oprimía el corazón. Supuso que la verdad solía tener ese efecto.

—¿Sugieres algo?

—Ve a buscarla. Intenta hacerle ver que no eres su enemigo, y quizás su matrimonio no sea un caos.

Patrick decidió seguir el consejo. No había nadie pendiente de él, así que salió del salón. Lo primero que hizo, fue dirigirse a su habitación. Esta vez, sí tocó la puerta, pero nadie respondió. Dubitativo, la abrió. No era su intención violar su privacidad, pero la

necesidad de verla e intentar consolarla eran más fuertes. Se sorprendió al encontrar el cuarto vacío.

«No», musitó.

El miedo a que hubiese cometido una insensatez volvió a aparecer como una amenaza peligrosa. La veía capaz de huir, muy capaz. La tristeza no era amiga de la sensatez.

—A veces, cuando está molesta, se va a la Glorieta que está en el jardín trasero —dijo una voz femenina a sus espaldas.

Lady Mowbrat estaba a pocos pasos de él, recostada de la pared. Patrick no estaba seguro de por qué lo estaba ayudando, pero agradeció la información con una inclinación de cabeza y se encaminó al jardín.

Logró llegar con ayuda de los criados. La Glorieta estaba ubicada casi al final de la propiedad, y Becca estaba recostada en la baranda con la expresión de alguien que ya no le encuentra sentido a la vida.

Patrick se acercó a ella con lentitud. Ella reconoció su presencia con una corta mirada, pero no le dedicó más de un segundo. Tampoco le pidió que se marchara, pero no se atrevió a considerarlo un avance.

—Es injusto, ¿sabes? No tener opciones.

Patrick se situó a su lado, y como no supo qué decir, prefirió guardar silencio. Presentía que de todas formas ella seguiría hablando.

—Quería huir —continuó—. Estaba preparando todo ese día que entraste a mi habitación, pero eso ya lo sabes. Y hoy, lo he pensado al menos tres veces, antes de la boda, durante, y hace unos pocos minutos. Me digo a mí misma, ¿y si...? Pero no puedo, no soy tan valiente. Mis acciones repercutirán en mi hermana, en mi sobrina, y es injusto, muy injusto. —Suspiró—. Entonces, tengo que tolerar que sea injusto para mí solo para que no lo sea para ellas. Como nunca he tenido alma de mártir, eso me molesta bastante.

De haber sido otra la conversación, a Patrick le hubiera parecido tierno el puchero que formaron sus labios.

—Además, tampoco tengo muchas opciones si huyo. Podría buscar trabajo como institutriz, pero incluso para eso nos exigen bastante. Muchas referencias, y conocimiento sólido de todo. Hablo

un poco de francés y se me dan bien las matemáticas, pero cuando tocaba responder una pregunta sobre arte, Rose se hacía pasar por mí, y viceversa cuando se trataba de números. Descubrirían mi teatro en menos de una semana, eso si corro con la suerte de que alguien contrate a una jovencita sin experiencia, cosa que es poco probable. Y aún soy muy joven para ser una buena dama de compañía. En cualquier opción que se me ocurre, siempre hay una probabilidad muy alta de que algo salga mal, porque, a fin y al cabo, tantas restricciones se deben a que la sociedad nos quiere en un papel específico, y no es el de una mujer que se mantenga a sí misma. Eso también me parece muy injusto. Pero supongo que la vida es así, injusta.

—Lo es —concordó Patrick—, pero se puede intentar llevar lo mejor posible, ¿no crees? Quizás no sea tan malo.

Becca no respondió. Siguió observando el jardín. Aún era de día, y faltaban unas cuantas horas para el atardecer. Podía quedarse allí un tiempo más, almorzar, forzar una conversación y luego marcharse, pero sentía que solo era prolongar la tortura.

Y él también lo vio así, por lo que le preguntó:

—¿Nos vamos?

—Sí.

A veces los malos ratos había que enfrentarlos pronto para que el momento desagradable pasara más rápido y pudiera volver a la normalidad. Pero su vida jamás volvería a ser como antes. Y ni siquiera estaba segura de que lo desagradable fuera a terminar algún día.

Becca estaba condenada a vivir con un hombre que había traicionado su confianza, y eso también era muy injusto.

Capítulo 16

Se sentía extraño, muy extraño, casi sin vida.

Becca observó la que sería su nueva casa. El vestíbulo era grande, y las escaleras que llevaban a las plantas superiores, majestuosas. Estaba limpia, olía a flores y ni un solo peldaño del piso rechinó antes sus pisadas, pero aun así, se sentía vacía. Y no se refería a la falta evidente de mobiliario, que claramente se debía a que había sido adquirida recientemente, sino al extraño desasosiego que la invadía al estar bajo ese techo. Una inquietud producto de saber que no era su hogar, y que no lo había sido por voluntad propia.

—Me gustaría saber cuál es mi habitación —dijo después de que todos los criados se hubieran presentado.

No se lo preguntó a Patrick, sino a la dama que se había presentado como el ama de llaves, quien cambió su expresión amable por una de preocupada. No dudaba que la mujer sentía su poco ánimo ante su nueva vida de casa.

—Por supuesto milady.

La dama empezó a guiarla hacia las escaleras y Becca la siguió.

—Hoy no cenaré. No tengo hambre —anunció a nadie en particular, aunque Patrick sabía que era para él.

La habitación era bonita, aunque demasiado rosada para el gusto de Becca. Había un tocador, un armario, y una cama que ocupaba todo el centro de la estancia. Los baúles con sus pertenencias descansaban en una esquina, como el único resquicio de su vida pasada.

se dirigió a la ventana y observó el paisaje. El patio trasero estaba bien cuidado, y a los lejos se veían otras mansiones de la elegante urbanización de St James. Incluso podía distinguir los árboles altos y frondosos de Green Park. Sí, era una casa bonita. Se preguntó si la habría comprado o solo alquilado.

No era como si le importase demasiado.

Recorrió la habitación con desánimo, mientras recordaba los últimos momentos en su verdadero hogar. Su familia, exceptuando a

Rose, no entendía por qué no se había quedado a cenar, y Becca sospechaba que debían creer que él la había obligado a marchar. Quizás les explicara después sus razones. O tal vez Rose lo hiciera. Ella sí entendía.

Su hermana le había dado un abrazo fuerte y le había prometido que siempre estaría allí para cuando Becca la necesitase, no importaba cuan absurda o insensata fuese la idea que se le ocurriera. Rebecca lo interpretó como que la ayudaría a escapar si así se lo pedía. Lo agradeció, pero la idea perdía cada vez más fuerza en su cabeza. Quizás en un futuro, cuando los rumores se aplacasen, podría huir. Él, por orgullo, nunca admitiría que lo abandonó, así que tal vez dijera que Becca se había ido a vivir al campo, por lo que Alison y su sobrina no tendrían que sufrir las consecuencias de su decisión. Sí, a lo mejor se decantaba por esa opción. Lo evaluaría llegado el momento.

Se sentó en la orilla de la cama y miró hacia la chimenea apagada. ¿Cómo sería su vida de ahora en adelante? ¿Tendría que ejercer el papel de una condesa ejemplar? ¿Qué esperarían él de ella? Esperaba que no demasiado, porque Becca nunca había sido un buen ejemplo social, y él en ese momento no le agradaba lo suficiente para que se diera a la tarea de al menos intentarlo.

Se recostó en la cama y empezó a sentir sueño. La noche anterior no había dormido por los nervios, así que en cuanto cerró los ojos, se quedó dormida.

La despertó un golpe en la puerta. Observó la ventana. Ya había oscurecido. El golpe en la puerta se repitió. Becca murmuró un «adelante» somnoliento mientras se incorporaba. Su doncella entró, sonriendo como si fuera el día más feliz de su vida.

—¿Quiere que la ayude a cambiarse?

Becca se percató de que todavía llevaba el vestido que había usado para la ceremonia, así que asintió. La doncella abrió el baúl y empezó a mover ropa.

—Quería arreglar todo esto hoy, pero toqué hace un rato y no respondió, así que asumí que se había dormido. Las novias no suelen dormir mucho el día de la boda por los nervios —comentó. Lily tenía esa costumbre de hablar sin parar, y por eso su relación

funcionaba tan bien, pues nunca esperaba que Becca contestara o se uniera a la conversación—. Pero me alegro que haya repuesto energía —dijo con un tono pícaro. Sacó de su baúl uno de los camisones de Becca y lo miró con el ceño fruncido—. No entiendo por qué no ha querido comprarse un ajuar. Esto... esto no sirve de mucho.

Becca no entendía a qué se refería. Veía el camisón en buen estado, era uno de que siempre usaba.

—Aunque, supongo que lo importante no es el envoltorio sino lo que está dentro, ¿no?

Rebecca abrió la boca para preguntar a qué diablos se refería, pero el brillo pícaro en su mirada dijo mucho.

Enrojeció.

La noche de bodas.

No había querido pensar en ello.

Ni siquiera había querido hablar de ello. Hattie intentó entrar a su cuarto la noche anterior, pero Becca se había negado a escuchar una sola palabra de algo que no iba a suceder.

Porque no pensaba consumir el matrimonio. Si él tenía intenciones de hacerlo, iba a tener que emplear la fuerza.

Se estremeció solo de imaginarlo. Si bien lo que sucedía entre marido y mujer era algo en lo que nadie se metía, pues se tenía la absoluta convicción de que el esposo tenía ciertos derechos, Becca quería creer que él no la forzaría. Todavía había una diferencia grande entre ser un traidor y ser canalla.

Dejó que la doncella le ayudara a quitarse el vestido y ponerse el camisón. El olor familiar de la tela la tranquilizó, pues por un momento sintió que estaba de nuevo en casa, con su rutina acostumbrada.

Lástima que solo fuera un segundo.

Cuando la doncella se retiró, Becca se acurrucó en una de las butacas que estaban ubicadas frente a la chimenea. La noche no era fría, pero, aun así, decidió encenderla. El calor del fuego siempre la había tranquilizado.

Volvieron a tocar la puerta. Becca se tensó. No creía que fuese su doncella, no había olvidado nada.

Miró con recelo la entrada, preguntándose si era prudente responder o si le traía algún beneficio quedarse callada. ¿Podría él pensar que se durmió y marcharse?

No, era demasiado pedir. Lo supo en cuanto sintió que la puerta se abría.

Encontrarlo no fue una sorpresa, aunque sí verlo a medio vestir. Aún conservaba los pantalones y la camisa, pero esta estaba abierta, y no había rastro del chaleco, el lazo o el frac. De alguna manera, eso resultó incluso más íntimo que si lo hubiera visto desnudo.

—Sabes, por lo general se acostumbra a esperar el permiso para entrar —dijo, cortante.

Él se limitó a sonreír.

—¿No puede un hombre asegurarse de que su esposa no ha escapado por la ventana?

Becca observó la ventana. Era grande, pero veía complicado saltar de un tercer piso.

Él se rio cuando la observó considerar la idea.

—Creo que tendré que hacer revisiones frecuentes.

A ella no le causó ni un poco de gracia el comentario, si acaso, la puso de peor humor.

—Ni sueñes que me voy a acostar contigo, Middleton —dijo con dureza, alzando sus mejores defensas en caso de que las necesitase—. Si quieres tenerme, vas a tener que forzarme.

La expresión de él cambió. Se sintió dolido por el comentario, pero se repitió a sí mismo que debía tener paciencia. En ese momento, ella no tenía ninguna razón para confiar en él. Era como un animal herido, no lo dejaría acercarse con facilidad.

—Nunca te forzaría, Becca —dijo, su tono pausado para que no quedara duda—. No he venido para eso. Pensé que podríamos compartir una copa.

Beca entonces se dio cuenta de que tenía una botella bajo el brazo y sostenía dos copas con una mano.

Cómo ella no respondió, él se sentó en la butaca a su lado.

—No quiero —dijo, aunque presentía que ya era tarde.

—La he comprado especialmente para la ocasión —insistió con paciencia—. Creo que te gustará, y así puedes probar algo nuevo.

Esperaba que ella entendiera qué le estaba intentando decir.

Ella miró con recelo la botella y después las copas.

Como una dama a la que nunca la habían dejado probar bebidas fuertes, se sintió muy tentada. Aunque no quería aceptar nada de él porque sabía que su objetivo era ablandarla.

—No tienen droga, te lo prometo. Dejé el opio hace años.

Su tono era de humor, pero había algo más oscuro dentro de esa declaración.

Opio.

La adicción al opio no era algo que se soliese tomar a la ligera. ¿Hasta ese punto había caído? ¿Por qué?

Se quedaría con la duda, porque, por más que lo deseara, no se lo pensaba preguntar.

—¿Cómo sé que no quieres emborracharme?

—Creo que eres demasiado lista para caer en esa treta.

El halago la ablandó un poco y se odió por eso. Volvió a observar la botella. Estaba sellada. No podía haberle echado nada.

La curiosidad ganó, así que asintió.

Él sacó de su bolsillo un descorchador y abrió la botella frente a ella.

Le llenó solo la mitad de la copa. Becca lo probó. Nunca había degustado un licor similar. El sabor no era amargo, pero sí un poco terroso, sabía a frutas secas, uva, sobre todo.

Le gustó.

—¿Te agrada?

Ella asintió. Patrick se sirvió en su propia y bebió. Por varios segundos, no dijeron nada, solo bebieron de exquisito brandy mientras el silencio se instalaba entre ellos como una carga pesada. Si tan solo él no la hubiera traicionado, todo podría ser muy diferente. Podría haber sido una noche agradable.

—¿Estás abierta a hablar, Becca?

—Nada de lo que digas te justificaría.

—Lo sé, pero aún así me gustaría que me escucharas, ¿podrías hacerlo?

Becca supuso que no podría evadirlo para siempre, aunque su mayor deseo.

—Esa noche, en Vauxhall, la bala sí iba hacia mi madre.

Becca se sorprendió tanto que casi se atraganta con el licor. No se esperaba eso.

—Sabes, hace años, cuando no podía despegarme del juego, me metí en muchos problemas. Le debía dinero al duque, y sabía que mi madre intentaba... persuadirlo para que no me mandara a la cárcel de deudores.

Becca no necesitaba que le explicara a qué se refería. Se estremeció solo de imaginarlo.

—Entonces, ¿se casó con él porque la obligó?

—A mí me gusta pensar que sí, no tengo en mucha estima a Gritsmore. Pero él tiene un argumento infalible y es que es imposible obligar a mi madre a algo que no quiere. No, creo que se enamoró de él mientras era su amante y él, en su forma muy extraña, también la ama a ella. Los niños solo aceleraron la boda. El punto es que, en ese momento, solo pensé que mi madre se estaba sacrificando demasiado por mí, y quería librarla de esa carga, así que no se me ocurrió una idea mejor que pedirle dinero a un prestamista de los bajos fondos. Ya a este punto te imaginarás que no era el joven más listo.

No, lo cierto era que no, pero Becca podía entender que la desesperación no siempre era buena consejera. Supuso que ella también se preocuparía si imaginaba que su madre estaba por su culpa a merced de un hombre como Gritsmore.

—Todo resultó peor. Amenazaron a mi madre y casi me matan. Gritsmore tuvo que resolver el asunto, y creí que todo había quedado allí. Pero hace poco llegó una nota, un chantaje. El asunto no está solucionado, parte de esa banda empezó a reconstruirse y nos tomó desprevenidos. Quieren dinero que les debía, y la bala a mi madre fue una advertencia de que nos tienen ventaja. Tengo que darles ese dinero, Becca, aunque sea para ganar tiempo mientras los hombres del duque logran infiltrarse.

Becca no sabía que decir. Una parte de ella podía comprenderlo, pero la otra se negaba a darle la razón. La necesidad nunca era justificativo para arruinarle la vida a otros, no si había otras opciones.

—¿Por qué el duque no le dio el dinero?

Sabía que Gritsmore era uno de los hombres más ricos entre la alta sociedad.

—Pudo haberlo hecho, pero si dejo que dé el dinero, nunca me dejará olvidarlo.

—¿Entonces decidiste decidir sobre mi futuro para que no saliera herido tu orgullo? —gimoteó, incrédula.

Era demasiado.

Él suspiró.

—Becca...

—¡Vete!

—También eres una mujer orgullosa, Becca, ¿te gustaría ver a tu familia en peligro, saber que tú eres la causante, pero tener que verte obligada a que otro te financie la solución del problema porque eres incapaz de hacerlo tú misma?

No. Rebecca siempre había sido de las que afrontaba las consecuencias de sus propias acciones.

Pero, aún así, no podía entenderlo. No del todo, no en ese momento.

—Vete —volvió a decir, esta vez en un tono más bajo. Una súplica.

Él entendió que no era el momento para continuar ahí. Se puso de pie y se encaminó hacia la puerta.

—Sé que nada de lo que te diga va a justificar mis acciones, pero te pido que al menos intentes entenderme.

Se marchó. Becca observó su copa, todavía llena, y la botella que él había dejado en el suelo. Sintió deseos de emborracharse hasta la inconsciencia, y ver si era verdad que el alcohol hacía desaparecer todos los males.

No sabía qué pensar.

Por una parte, podía entender la sensación de querer responsabilizarse de sus actos. Becca nunca había dejado que otros pagaran las consecuencias de algo que ella hubiera hecho. Si había roto algo, lo confesaba, si había cometido una travesura muy peligrosa, aceptaba el castigo y, probablemente, si estuviese en su situación, también hubiese buscado manera de resolver sin que

nadie tuviese que pagar por sus errores. No obstante, ¿hasta qué punto era una solución aceptable cuando involucraba a otro? Porque él podía tener sus razones, pero ella también tenía derecho a decidir sobre su vida, y él se lo había quitado.

Era complicado, muy complicado.

Becca se acurrucó entre las almohadas, esperando llegar a una conclusión que no obtuvo, y que posiblemente tampoco tendría ese día.

Sin embargo, antes de que el sueño la reclamara, supo que lo odiaba un poco menos.

Solo un poco.

Capítulo 17

Becca no quería bajar a desayunar, pero tenía hambre y pedir que le llevaran el desayuno a su habitación le parecía cobarde, así que llamó a su doncella y le pidió que le ayudara a vestirse.

Tuvo la fortuna de que la joven no hiciera ningún comentario imprudente, aunque sí se vio en la obligación de soportar su mirada pícaro.

La doncella le indicó donde quedaba el comedor, y mientras bajaba las escaleras, Becca rezó porque él no estuviera allí. Parecía la clase de aristócrata que se levantaba tarde. Esperaba que al menos le hubiera quedado eso de sus años disolutos.

No tuvo tanta suerte. Ni siquiera había entrado al salón cuando lo vio sentado en la cabecera de la pequeña sala. Consideró la opción de retirarse, pero apenas había dado un paso atrás cuando lo escuchó decir:

—Buenos días, Becca.

Ella hizo una mueca de desagrado. No sabía si era peor habérselo encontrado allí, o que la hubiera atrapado huyendo.

Podría fingir que no lo escuchó y seguir su camino, pero estaba segura de que él continuaría llamándola, y si Becca lo ignoraba, estaría demostrándole lo mucho que la afectaba su presencia, o lo mucho que lo despreciaba. Pero aunque no tenía problemas en que supiera lo segundo, le daba un poco de miedo que pensara lo primero.

Y supuso que no podría evitarlo toda la vida.

Se sentó, procurando dejar una distancia considerable entre ambos. Sobre la mesa había una gran variedad de platos: tocino, huevos, pan y mermelada. El té estaba recién hecho.

—No esperaba que te levantas tan temprano —dijo él mientras untaba mantequilla en su pan.

—Solo porque esperaba que tú no lo hicieras —admitió con resquemor. Supuso que una cosa era enfrentarlo, y otra disimular su desagrado.

Él, sin embargo, no se lo tomó mal. Sonrió.

—Si deseas tomarlo en cuenta, desde que dejé las fiestas no tiendo a levantarme después de las ocho. Aunque preferiría que pudiéramos desayunar juntos —dijo con ternura.

Becca detestaba ese tono. Le hablaba como si fuera una niña encaprichada a la que intentaba contentar, como si lo que le hubiera hecho no fuera lo suficientemente grave para que ella no quisiera verlo.

No respondió, y él entendió su mensaje.

Por unos minutos, él no dijo nada más, y ella creyó que al menos tendría el consuelo de un desayuno silencioso.

Se equivocó.

—¿Te gustaría dar un paseo esta tarde, Becca?

—Pensaba familiarizarme con la casa.

No porque quisiera cumplir con sus deberes como esposa, sino porque sabía que ese trabajo sería una de las pocas distracciones que se le permitiría. En su casa, siempre había algún libro que leer, alguna actividad a la que asistir, o alguien con quien conversar.

Ahí estaba muy sola.

Tomó su segunda rebanada de pan como una excusa para no dirigirle la mirada. Él no se dio por vencido.

—En la noche, ¿entonces? Escuché que estaban presentando en la ópera a una cantante española.

Becca apretó los labios.

—No hagas eso.

Él parpadeó, confundido.

—¿No hacer qué?

—¿No hacer qué?

—Intentar hacer una vida conmigo como si no hubiese pasado nada.

Rebecca sentía que estaba a punto de perder el control. Creía que ya había superado el momento inicial de rabia, pero no era así. El rencor era un veneno que manifestaba su presencia ante la mínima provocación, recordando, incitando a odia.

El semblante de él se volvió serio, dejó la taza de té sobre la mesa y la miró con una intensidad que casi la desarmó, pues no veía

en esos ojos mentiras o engaños, solo un profundo deseo de ser sincero.

—No puedo cambiar lo que hice, Becca, pero te aseguro que sí quiero hacer una vida contigo. Mi intención jamás fue hacerte desdichada en este matrimonio. Cuando te dije que podía ser diferente a lo que esperabas, te lo dije de verdad.

Ojalá pudiera creerle. Sintió que los ojos le picaban, pero se prohibió llorar frente a él.

No le mostraría esa debilidad.

—¿No podríamos ni siquiera intentarlo? No puedo cambiar la decisión que tomé, pero puedo hacer mi mayor esfuerzo porque nuestro futuro no esté condenado a la desdicha. ¿Podrías intentarlo tú también, Becca?

Sus ojos suplicaban que respondiera que sí, y una parte de ella quiso hacerlo. Pero la otra no podía olvidar con facilidad.

—Entonces, ¿quieres que te perdone solo porque no me queda otra opción? —preguntó con voz ahogada.

Era injusto. Muy injusto.

Él suspiró y se puso de pie.

—No, Becca, quiero que me perdones porque voy a hacer todo lo posible por que lo hagas. Te dejo tranquila.

Se despidió con una inclinación de cabeza y una sonrisa triste.

A Becca se le quitaron las ganas de comer.

¿Por qué dolía tanto? ¿Por qué quería creerle?

Se quedó en la sala del desayuno hasta que una criada le anunció que alguien la buscaba. En cuanto Rebecca preguntó quien, Rosemary entró por la puerta. Llevaba un coqueto vestido rosa a juego con un sombrero con demasiados adornos, y sonreía como si fuera la mujer más dichosa del mundo.

—Hay que mejorar la seguridad en esta casa —dijo Becca con humor—. Hacen pasan a cualquiera a espacios privados.

—¿Por qué es difícil saber que somos familia, no? —respondió, jocosa—. Él mayordomo me ha mirado extraño cuando pregunté por ti. Tuve que explicarle que era tu hermana para que no creyera que estabas loca.

Rose tomó asiento en el puesto que Patrick había abandonado y observó con curiosidad lo que quedaba sobre la mesa.

—Oh, mermelada.

Sin pedir permiso, tomó una de las rodajas de pan y le colocó una cantidad generosa de mermelada.

—Siento mucha debilidad por la mermelada últimamente —dijo, justo antes de darle un mordisco.

—Siempre has sentido debilidad por la mermelada —acotó Becca.

—Pero ahora, si la veo, no puedo controlarme.

—Yo siento que usas el embarazo de excusa para no controlarte.

Ella la miró sin culpa, y dio otro gran mordisco al pan.

No la esperaba allí tan temprano, pero apreciaba su compañía. Si alguien podía comprender lo que era sentirse perdida en el día después de una boda no esperada, era ella.

—Hattie me dijo que no quisiste mandarte a hacer un ajuar, y he venido a convencerte de ir de compras.

—Ni lo sueñes.

—¿Por qué no? —preguntó—. Si una de las increíbles ventajas de estar casada es tener la excusa para comprar ropa nueva y a la moda.

—Nunca me ha gustado vestir a la moda, y como digas que ahora debo hacerlo, te echaré de mi casa.

Rose se echó a reír.

—Tenía que intentarlo, pero sí deberíamos ir de compras. Si al final es tu dote la que lo ha elevado su posición económica, es justo que disfrutes también de ella, ¿no?

Supuso que sería poético gastarse una cantidad infame de dinero en ropa y decirle con desdén que al menos tenía cómo pagarlas, pero no era una venganza que entusiasmase a Becca.

De hecho, en ese momento, no lograba pensar en ninguna que satisficiera el dolor de la herida que él le había causado. No, no quería vengarse, ni siquiera tenía ánimo para ello.

—Quizás otro día —dijo, para desviar el tema—. ¿Cuánto tiempo te quedarás en Londres?

—Tal vez hasta final de temporada. Oh, Becca, si debo agradecerte algo, es que fuiste la excusa ideal para que convencer a

ese ogro que tengo por esposo de venir. Ya no me aburro tanto allá, pero no es tan divertido como Londres.

—Ne alegro que mis desdichas te sirvieran de algo —dijo de mal humor.

La expresión de Rose cambió, se volvió más comprensiva.

—Perdóname, Becca. ¿Cómo estás?

Becca se encogió de hombros. Era una pregunta un tanto ambigua, con muchas respuestas.

Jugueteó con la taza que contenía un té ya frío, miró el líquido como si pudiera darle la respuesta.

—Se siente raro. No estoy segura de qué hacer ahora, Rose.

Rosemary entendía el sentimiento. Puso una mano sobre la de ella y le dio un apretón reconfortante.

—Podrías intentar ver cómo fluye la situación. Sé por experiencia que no tiene por qué terminar mal.

—Nuestros casos son diferentes, Rose. El barón era otra víctima, como tú. En no se hizo pasar por tu amigo, ni te embaucó para tenderte una trampa matrimonial.

—¿Al menos te ha dado una explicación?

Rebecca recodó a la conversación que había tenido la noche anterior. Había pasado mucho tiempo analizándola, pensando en qué haría ella en sus circunstancias.

—Creo que puedo entenderlo —dijo de mala gana—, pero no perdonarlo. Puedo haber tomado otras opciones, y eligió la que me dañaba a mí.

Y eso era lo que más le dolía. No era que no entendiera su proceder, lo que no entendía, era por qué había decidido involucrarla a ella.

Y pensar que Becca había llegado a considerar...

Se reprendió por ser tan tonta.

—Creo que está arrepentido —dijo Rose—. Y no me parece un mal hombre.

—¿En qué te basas para deducirlo?

—Pues a juzgar por tu forma de comportarte hoy, me atrevo a asumir que anoche ni siquiera te exigió nada.

Rebecca se ruborizó.

—No lo hubiese dejado.

—Lo sé. Pero no tuviste que resistirte porque no lo intentó. Creo que, si lo hubiera intentado, habrías pasado un mal rato, y podría notarlo. Tu rencor no estaría centrado en lo que te hizo, sino en lo que continuaba haciendo. Y no es así.

A veces odiaba que la conociera tan bien.

Becca no podía aplaudirle a su esposo que no le hubiera exigido nada después de todo lo que le hizo, pero no negaba que le había sorprendido. Quizás porque su imagen de él había quedado tan deteriorada que ese gesto le recordó al caballero que le caía bien.

—Podrían intentarlo, Becca —dijo con suavidad—. Todo podría ser muy bonito.

Becca lo dudaba. No sentía que pudiera perdonarlo. Su orgullo le impedía hacerlo. Si lo perdonaba, ¿quién garantizaría que no volvería a traicionarla? Pero, si no lo hacía, ¿qué sería de su vida?

Ese era su eterno dilema.

—Solo piénsalo —dijo Rose—. Dale la oportunidad de demostrarte que está arrepentido, y si crees que merece tu perdón, perdónalo. Todos merecemos una segunda oportunidad.

—¿Incluida Helen?

Rosemary hizo una mueca de desagrado.

—Quizás ella sea la excepción. Pensé en pedirle a Dom que nos quedáramos en otra parte durante nuestra estadía aquí, pero admito que me causa satisfacción verla rabiar cada vez que nos ve felices. El problema de Helen es que ella no se arrepiente, y no creo que tu venganza la haya hecho reflexionar.

A esas alturas a Rebecca le importaba poco. Patrick también le había quitado la satisfacción de regodearse con la desdicha de su enemiga.

—No desvíes el tema —la regañó Rose—. ¿Me prometes que al menos dejarás que lo intente?

Becca gruñó.

—Voy a pensarlo.

Rose sabía que eso era todo lo que podía conseguir de ella en ese momento tan delicado, así que se quedó satisfecha. Acompañó a Becca a pasear por la mansión, y familiarizarse con los detalles. No

necesitaba darle consejos sobre cómo manejar una casa, porque estabas segura de que Becca lo haría mejor que ella.

Se marchó hacia el final de la tarde, siempre prometiéndole que estaba solo a unas cuadras de distancia para que lo que necesitase.

Lástima que lo único que Becca necesitaba de verdad era perdonar, y Rosemary no podría ayudarla con eso.

Eran alrededor de las diez de la noche, y ya se le habían acercado al menos dos pilluelos con intención de robarle. Una fortuna que los hombres de Johnny llevarán persiguiendo desde que se adentró en Covent Garden. Supongo que no le gustaría que algún niño afortunado se quedara con el botín que llevaba en la pequeña maleta de mano.

Llegó a la taberna en donde se habían encontrado la vez pasada. En esta ocasión, nadie le impidió el paso a la oficina. Johnny lo estaba esperando, sentado sobre el sillón como un rey que acaba de obtener una gran victoria.

—Me alegro que al fin saldes esta deuda, Middleton.

Patrick no respondió. Dejó el maletín sobre la mesa y Johnny lo abrió con ojos codiciosos.

—Puedes contarlo si quieres.

—No creo que sea necesario, escuché que el dinero te sobra, pues te has casado con una joven muy rica.

Patrick intentó no demostrar lo mucho que le había disgustado el comentario, pues eso sería también evidenciar lo mucho que le importaba Becca.

—¿Estamos en paz?

Johnny sonrió.

—Estaba pensando, en que después de tantos años, me debes ciertos intereses, ¿no crees?

Patrick bufó.

—Debí imaginarme que saldrías con algo así, después de todo, estoy tratado con un hombre sin honor.

La sonrisa no desapareció, pero sí se tensó.

—¿Habla de honor el que forzó el matrimonio con una dama solo para conseguir dinero?

—No habría tenido que hacerlo si no me hubieras forzado a ello.

—Puedes justificarme, pero no te hace mejor que yo.

Patrick prefirió guardar silencio antes de decir algo de lo que pudiera arrepentirse.

—Estaba pensando, que después de ocho años, los intereses podrían rondar a mil libras, ¿no crees?

—Bastante conveniente para ti, diría yo —espetó Patrick con resquemor.

—¿Acaso olvidas quien tiene las cartas sobre la mesa, Middleton?

—Eso no significa que me voy a pasar la vida complaciéndote caprichos —espetó.

Supuso que tenía que oponer algo de resistencia. Una redención fácil sería sospechosa.

Él sonrió, como si lo esperara. Tocó una campana y dos hombres que no había visto, aparecieron. Sin que Patrick tuviese tiempo de reaccionar, lo inmovilizaron sujetándolo por los brazos.

Ni siquiera intentó forcejear. Sabía que era inútil.

Johnny se acercó, la sonrisa macabra bailando en su rostro.

—Yo creo que sí.

El golpe ya se lo esperaba. Sintió el sabor amargo de la sangre en la boca antes de que llegara el otro.

—¿No puedes solo, Johnny? ¿Siempre necesitas ayuda de tus matones?

No, no fue su comentario más prudente, pero no pensaba ponerse a suplicar para interpretar el papel de aristócrata asustado.

El tercer golpe llegó al estómago.

—Tienes diez días —fue todo lo que dijo.

Los hombres lo soltaron, y Patrick logró mantenerse de pie.

Esperaba que Gritsmore se estuviera movilizando.

Capítulo 18

Rebecca no podía dormir. Quizás porque se había tomado demasiado tiempo ese día para analizar su futuro y ya no podía sacar esos pensamientos de su cabeza.

Decidió bajar por un té, mientras seguía divagando. ¿Cuál sería su vida de ahora en adelante? Había conocido a todos los criados, y se había enterado de cómo se manejaba una cosa. No era nada difícil para una mente ágil, y le deprimía un poco pensar en que esa sería su obligación más importante a partir de ese día.

Becca siempre había tenido ciertos debates sobre el sentido de la vida. Era buena para muchas cosas, pero para nada que a una mujer le sirviera. Los días en monotonía pasaban en su casa entreteniéndose con sus hermanas o preparándose para algún baile al que ni siquiera quería ir. Si comparaban su vida con la de su hermano, que llevaba las propiedades familiares, administraba gastos y resolvía problemas, no tenía ningún objetivo.

Se había intentado consolar con que no era demasiado, y conformarse que, cuando fuera oficialmente soltera, tendría un poco más de libertad, aunque sin saber bien qué más podría ser. Quizás ayudar a su hermano con las cuentas, como hacía Hattie, puesto que este siempre había preferido no contratar a un administrador. Pero nunca sería su tarea principal, ¿entonces?

El objetivo de una mujer de clase alta siempre había sido casarse y llevar bien una casa, pero nadie decía qué hacer cuando no era solo eso lo que se quería, quizás porque no quererlo era considerado una tontería.

Por otra parte, estaba el tema su matrimonio. ¿Intentarlo o no intentarlo? He ahí el dilema.

Había pensado mucho en eso desde la conversación con Rose. Si lo perdonaba, le estaría dando el derecho de volver a dañarla, pues él creería que ella era blanda. Si no lo hacía... pues sería un matrimonio muy desagradable, pero ya se había estado preparando para ello.

Suspiró, y estaba tan centrada en sus pensamientos que casi choca con Patrick, quien venía subiendo las escaleras.

Becca ni siquiera hizo un comentario respecto a su hora de llegada. No lo había visto en todo el día, pero supuso que se habría ido a algún club de caballeros para vanagloriarse de su nueva adquisición. Fue una posibilidad que le generó tanta rabia que prefirió no seguir por esa línea de pensamientos. Sin embargo, apenas la luz del farol le apuntó el rostro, supo que no estaba de juerga. Al menos no una entre caballeros.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó, horrorizada.

—Un encuentro con unos ladrones —dijo como si no tuviera importancia.

Becca no le creyó.

No olía a alcohol, ni siquiera a cigarro, así que si se había ido de juerga, no había tomado ni una copa. La excusa de los ladrones hubiera sido plausible si no le hubiera estado evitando la mirada.

—Hay que desinfectar ese corte —dijo, observando con atención el pequeño corte en su mejilla. No parecía profundo.

—No es nada, Becca. ¿Qué haces despierta a esa hora? ¿Me esperabas?

Ella bufó.

—No podía dormir, eso es todo. Iba por un poco de leche.

—Entonces te acompaño, porque creo que yo también necesito uno.

A Becca no le agradó demasiado esa idea, pero la curiosidad por descubrir qué le había pasado pudo con ella.

Dejó que la siguiera, intentando fingir indiferencia y reprochándose haberse visto tan preocupada. Después de todo, ¿qué le importaba a ella lo que le pasara a él?

«Mucho», le dijo una voz desdeñosa en su cabeza. Porque la idea de pensar que tenía alguna herida de gravedad le erizó la piel.

«Es normal», intentó convencerse. Que lo detestase no significaba que le deseara la muerte. Tendría que ser una persona horrible para eso.

Su preocupación no significaba nada más.

Llegaron a la cocina, y Becca dejó la lámpara sobre el mesón. Apenas alumbraba el gran espacio, pero pudo encontrar el lugar donde guardaban los vasos, y en la despensa halló la leche.

La olió. No parecía estar dañada todavía.

Sirvió los dos vasos y le tendió uno. Lo calentaría, pero dudaba que alguno de los dos supiera prender los fogones, y no era como que valiera el esfuerzo.

—Gracias Becca.

Ella se limitó a hacer una inclinación de cabeza. Se sentó frente a él en el mesón y lo observó. Aparte del corte en la mejilla, tenía un moretón y sangre seca en la boca. Lo había golpeado con saña. Hizo una mueca solo de imaginarlo.

—Hacía tiempo que no escuchaba de asaltos violentos en Londres. ¿En qué zona fue?

Él sonrió. Sabía, por supuesto, qué era ella quería conseguir, pero aunque no le creyera, no estaba seguro de decirle la verdad. ¿Para qué? Sería preocuparla innecesariamente, si era que le importaba lo suficiente para generar ese sentimiento en ella.

Quería creer que sí, quería pensar que lo que había visto en sus ojos hacía un rato era genuina inquietud por su salud.

—Cerca de Covent Garden.

Ella abrió los ojos, sorprendida.

—Pero, ¿qué hacías por allí?

—¿Preocupada?

Como supuso, la pregunta hizo que ella guardara silencio.

Patrick bebió del vaso, seguro de que allí quedaría la conversación. Le sorprendió cuando ella dijo:

—Fuiste a llevar el dinero del chantaje, ¿verdad?

Había olvidado que era una chica muy lista. Se sintió tonto por intentar engañarla.

—Así es.

—¿Y por qué te golpearon?

—Porque ofrecía algo de resistencia a seguir siendo chantajeado. Consideré que mostrarme demasiado pasivo hubiera sido sospechoso.

—Estás loco.

Él se encogió de hombre.

—No es lo peor que he pasado.

Becca recordó que el día anterior él le había contado que casi lo mataban. En aquel momento estaba demasiado furiosa para pedir detalles, pero en ese instante la curiosa le generaba un cosquilleo irritante en la lengua.

Lo mejor sería ignorarlo y regresar a su cuarto, pero antes de que pudiera hacerlo, la venció la maldita curiosidad:

—¿Cómo dejaste el juego?

Patrick bebió del vaso antes de responder, no porque fuera una pregunta difícil, pues habían pasado tantos años que el recuerdo ni siquiera dolía, solo era una parte triste de su vida que había intentado remendar lo mejor posible. Solo que no siempre era agradable recordar.

—Creo que hay un momento en que, o se toca fondo, o te dedicas a caer eternamente en un pozo sin fin. Me pasó lo primero. Querían darme una advertencia, así que me golpearon hasta la inconsciencia y me hicieron saber que, si no actuaba rápido, mi madre sería la siguiente. No podía permitirlo, Becca. No podía permitir que mi madre sufriera por mi irresponsabilidad. Fue cuando le pedí ayuda al duque, le prometí que le pagaría todo, y él se encargó. Vendí la casa que teníamos en Londres e ingresé a la universidad. Había muchas deudas que pagar, así que la venta de la casa solo cubrió las más importantes y parte de la matrícula. Por lo que estuve pagando durante años la deuda que había contraído con el duque. Te habrás dado cuenta de que no es un hombre agradable de trato, así que no quería deberle ni un penique a pesar de que hubiese dejado pasar ese tema por mi madre. Mis arcas quedaron afectadas, pero funcionó, porque nunca he tocado un mazo de cartas desde entonces. A veces sentía la tentación, en muchas ocasiones estuve tentado de recaer, pero siempre recordaba las consecuencias de esos pequeños momentos de emoción y lograba contenerme. Y aquí estoy, ocho años sin jugar. Supongo que no está tan mal —dijo lo último con humor.

Pero Becca no encontraba nada de humor en eso. Era triste, muy triste. Y también un poco, solo un poco, admirable. Podía haberse

desentendido de esa deuda, pero había decidido enfrentarla con honor. Haber salido de un hueco era, de por sí, admirable, pues si fuera fácil, no habría tantas personas perdidas en el vicio.

—Debes creer que soy una persona desastrosa —dijo, al ver que ella guardaba silencio.

Ella tardó en responder. Intentaba hacerse una imagen de él en su cabeza con esa nueva información. Ya sabía que era un jugador retirado, pero no todo lo que había pasado para conseguir librarse del vicio. No quería creer que era admirable, pues había puesto en peligro a otras personas por su imprudencia, e incluso Becca estaba viviendo, indirectamente, las consecuencias de su error pasado. Sin embargo, no podía negar que al menos se había hecho responsable en aquel momento.

—Todos cometemos errores, pero no todos los reconocemos —murmuró.

No había sido su intención que él la escuchara, más bien había sido una reflexión en voz alta. Pero él no solo la oyó, sino que aprovechó la oportunidad.

—¿Y podrías ser capaz de perdonarme el error que cometí contigo, Becca?

Ella se tensó. Miró el vaso de leche. No había bebido ni una gota.

—Estaba pensando —musitó Becca, sin ser capaz de mirarlo a los ojos—, ¿qué tan justificables puedes ser los actos de una persona, cuando esta tiene razones válidas, pero daña a otros en el proceso? Hay un límite algo borroso de moralidad allí, supongo. Porque esta puede tener sus razones, pero ¿qué culpa tiene la otra?

—Ninguna —musitó Patrick—. Pero supongo que gana el egoísmo.

—Sí, en tu caso ganó el egoísmo, y el orgullo —lo acusó ella.

—¿Y no nos ha ganado a todos alguna vez? —replicó él—. Creo que una vez lo debatimos, y comentaste que todos tenían una semilla egoísta, y te parecía ridículo tener que aparentar que no.

—Yo...

—No vas a decirme que no has hecho daño a nadie —interrumpió él con tranquilidad—. Querías hacerle daño a Helen, y lo hiciste. ¿No es un caso similar? Quizás tus razones eran justificables, pero ¿justificaba el daño?

—¡Helen no era inocente, yo sí!

—Quizás sí, pero ¿quiénes somos nosotros para tomar la justicia por mano propia?

—¡Me ayudaste!

—Porque quería acercarme a ti, Becca. Porque mi intención siempre fue que aceptaras ser mi esposa, por tu dinero, sí, pero también porque me gustaba tu forma de ser. Tu picardía, tu inteligencia, e incluso tu malicia llegó a fascinarme. Cada conversación contigo era estimulante. Cada mirada me provocaba robarte un beso. Y te juro que, si esto no me hubiese puesto en una situación desesperada, lo habría intentado con paciencia, te hubiese cortejado con propiedad y hubiera aceptado tu negativa de haberla obtenido. Pero no fue así, y no puedo volver a atrás y rectificar todo, solo hacer lo posible por comenzar de nuevo.

Becca estaba tan aturdida por sus palabras que cuando él se acercó para acariciarle la mejilla, no se alejó. Odiaba la sinceridad de su declaración. Odiaba que le gustara su cercanía, y odiaba querer besarlo cuando vio que acercaba el rostro lentamente a ella.

Podría decir que le robó un beso, pero lo cierto era que tuvo el tiempo suficiente para alejarse y no lo hizo. Dejó que sus labios rozaran los de ella, envolviéndola en una dulce embriaguez que aislaba sus pensamientos mejor que cualquier sedante.

Qué bien se sentía.

Becca respondió al beso sin ni siquiera dudarlo. Era como una necesidad, una danza que quería ejecutar porque todo su cuerpo ardía de deseo de sentirlo.

Cuando él se alejó, estaba jadeante y ansiosa.

—Dame una oportunidad, Becca —murmuró entre sus labios—. Dame la oportunidad de conquistarte.

Sus instintos más guerreros querían decirle que no, pero su lado más blando estaba tan tentada de aceptarlo que tuvo que levantarse con rapidez para evitar el impulso.

—Buenas noches —musitó, y huyó como una cobarde.

Patrick lo observó con una pequeña sonrisa bailando en los labios. Ella no lo había rechazado.

Tampoco lo había aceptado, pero podría considerarlo como un avance para, al menos, hacer el intento.

La conquistaría, tenía muchas esperanzas de ello.

Capítulo 19

Él estaba siendo muy agradable, y Becca lo detestaba por eso.

Cuando le había dicho que se había propuesto conquistarla, no esperaba que de verdad hiciera algo lo suficientemente importante para que Becca reconsiderase su opinión al respecto.

Se había equivocado, y eso no le gustaba.

Los primeros días fueron detalles sencillos. Todas las noches, durante la cena, le servía un vaso de licor diferente. Recordaba muy bien que Becca le había expresado su curiosidad al respecto y, al igual que en su noche de bodas, lo usó para tentarla.

Y funcionaba. Becca no podía dejar pasar la oportunidad de probar lo que siempre que fue negado, así que aceptaba a regañadientes el vaso y probaba del licor por si no volvía a obtener la oportunidad. Nunca le servía lo suficiente para que ella pudiera acusarlo de querer emborracharla, pero algunos tragos eran tan fuertes que su juicio se veía afectado después de terminar la primera copa. En una ocasión lo vio y llegó a pensar en que quería besarlo de nuevo.

¡Vaya absurdo!

Después, siguió con algo más elaborado. Becca se estaba preparando para dar un paseo a caballo por Green Park cuando él se unió sin invitación a la salida. Con el fin de molestarlo. Rebecca había montado a horcajadas sobre la yegua, y él se había limitado a responder:

—Me alegra que tengas esa habilidad, porque así serán más equitativas las carreras entre nosotros.

Lo había dicho como si estuviera seguro de que iba a suceder. Becca, quien nunca había sido tímida cuando de un reto se trataba, dio todo el paseo montada a horcajadas. Las personas los miraron, murmuraron, pero él no dio ninguna muestra de sentirse afectado por ello. Se limitó a conversar sobre el agradable clima y a intentar entablar una conversación en la que Becca no quería participar.

Cuando regresaron a casa, ella no pudo más con su fachada de amabilidad y le espetó:

—¿Qué se supo que estás haciendo?

Él la miró, confundido:

—¿De qué hablas, Becca?

—De esto —dijo, señalando al caballo como si fuera su argumento más sólido.

—Temo que tendrás que ser más específica.

—Paseé por todo Green Park a horcajadas, y no te quejaste de las murmuraciones ni una sola vez.

—Querida, ¿por qué habría de quejarme?

Porque todos lo hacían. Su hermano y Hattie siempre se lo comentaban, no porque les importase o les pareciera incorrecto, pero acotaban con delicadeza (o al menos Hattie lo hacía) que era mejor no llamar negativamente la atención, pues rumores malintencionados habían arruinados futuros prometedores.

Becca, que siempre le había fastidiado tener que contenerse por tonterías, tuvo que limitarse a cabalgar como le gustase en el campo, lejos de ojos curiosos y juzgadores. Siempre había pensado que si se casaba, ese pequeño placer también le sería restringido.

—Porque deben estar diciendo que tu esposa es una atrevida.

Él la miró con diversión.

—A lo largo de los años, creo que han dicho cosas mucho peores de mí que el hecho de que mi esposa sea una atrevida.

Ella lo miró sin comprender, y a Patrick le causaba gracia su confusión. Ella de verdad se había hecho una idea muy particular del matrimonio, una tan mala que no le extrañaba que no hubiera querido casarse desde el principio.

—¿Hasta cuando vas a estar actuado así?

Él no la entendió.

—¿A qué te refieres?

—Así —chilló haciendo un ademán de manos que no explicaba absolutamente nada—. fingiendo que me das la libertad que deseo.

—¿Y por qué estaría fingiendo? —replicó él, con calma—. Te lo prometí una vez, Becca, no tiene por qué ser tan terrible como te lo habías imaginado.

Como no respondió, él dio un paso hacia ella.

—Quizás en ese momento no me conocías lo suficiente para creerme, pero estoy dispuesto a demostrártelo. No pienso como los demás, Becca. Al menos en cuanto de educación de mujeres se refiere. No has conocido bien a mi madre, ni a mi abuela. Creo que te caerían bien. No son mujeres fáciles de trato, ni ordinarias. E igual son mujeres increíbles. Tú eres una mujer increíble como eres, sería un tonto si intentara cambiarlo.

Ella no quería creerle, pero parecía tener un poder para que sus palabras le calaran hondo.

No supo qué responder, y él tampoco esperó que lo hiciera, sino que se limitó a seguirla cuando ella entró a la casa.

El mayordomo los estaba esperando con una carta sobre la bandeja.

—Milord, esto llegó para usted.

Patrick la tomó, casi con recelo. Hacía poco había entregado las mil libras a Johnnyh, y este había insinuado que quizás pronto supiera de él. Patrick temía que hubiera decidido aparecer más pronto de lo esperado.

No era Johnny, pero el remitente era igual de sorpresivo.

Abrió la carta con curiosidad, y una expresión de fastidio cruzó su rostro cuando leyó el contenido.

—Vaya, parece que mi madre al fin ha decidido regresarme la palabra, aunque sea por escrito. Quería Becca, ya que te acabo de mencionar sus grandes virtudes, tienes la oportunidad de confirmar que no miento. Nos ha invitado a cenar. La parte buena es que estoy seguro de que se llevarán bien, pues se indignó tanto con lo que te hice que no me ha hablado desde entonces. La parte mala: seguramente el duque también estaría allí. Pero conocerás a mis hermanos, así que lo compensa. ¿Vendrás?

Becca no tenía muchas ganas de ir a esa cena, por no decir ninguna. Sin embargo, su hermano y Hattie habían ido a visitarlos hacía dos días, y se habían autoinvitado a cenar.

No había sido una comida agradable. Ray hizo demasiados comentarios odiosos que Patrick tomó de la mejor manera posible y Hattie, aunque más discreta, no ocultó bien la preocupación por que

él le hubiera hecho daño, lo cual, si se ponía en el lugar de su no deseado esposo, debía ser un poco insultante.

No era como si no le hubiese hecho daño con su traición, pero no la había dañado de la manera en que Hattie podría estar imaginando, y Becca sintió un poco de pena por él, a pesar de que al final su cuñada se había ido tranquila y murmurando un consejo de llevar la situación lo mejor que se pudiera.

Odiaba sentir que se lo debía, pero a Becca no le gustaba la desigualdad de condiciones.

—Está bien.

Él la recompensó con una sonrisa adorable.

«¿Y por qué estás pensando que su sonrisa es adorable?», gruñó una voz en su interior.

Dio media vuelta y se fue a su habitación.

La casa del duque era una mansión como pocas. Gigante, con pisos de mármol, columnas corintias y una decoración tan exquisita que Becca sentía que estaba visitando lo más cercano al palacio real.

La duquesa, tal y como la recordaba, era una mujer hermosa, de cabellos negros brillantes y una sonrisa acogedora.

—Bienvenidos —dijo cuando el mayordomo los hizo pasar al que, supuso, era el salón principal. Un espacio grande donde habían dispuestos al menos cuatro sofás, y una mesa de centro. Sobre la chimenea descansaba un cuadro del duque y la duquesa, posando frente al pinto con expresiones serias, pero miradas cálidas, como quien se pone una máscara al público pero guarda en su interior algo más noble.

Al menos en el caso de ella.

—¿Ya llegó Patrick?

Dos niños aparecieron en la entrada, acompañados de una señora mayor que debía rondar los setenta años. Los pequeños tendrían unos ocho años, y Becca recordaba vagamente haberlos visto en su matrimonio.

La niña, que era la que había hecho la pregunta, corrió hacia Patrick y se lanzó a sus brazos. Él la atrapó y la hizo dar vueltas hasta que ella rompió en carcajadas.

—Tiempo sin vernos, hermano.

—Nos vimos hace dos semanas, pequeña.

Dos semanas. Era el tiempo que había pasado desde su boda. A veces parecía más y a veces parecía menos.

—No nos presentaste a tu esposa ese día —dijo lanzando una mirada curiosa a Becca—. Creo que se marchó después de la ceremonia.

Un buen eufemismo para no decir que había huido. No sabía si era una niña educada o inocente.

—Mi nombre es Rebecca —dijo ella haciendo su mejor esfuerzo por esbozar una sonrisa amble, pero los niños nunca habían sido su especialidad.

—Un gusto Rebecca, soy Victoria —La joven hizo una educada inclinación de cabeza y decidió que esa era suficiente cortesía.

El niño, en cambio, murmuró algo de que estaba encantado de conocerla y le pidió su mano. A Becca le pareció un gesto cómodo viniendo de alguien tan pequeño, pero era demasiado tierno pare negarse.

La mujer mayor se presentó como la baronesa viuda Minford, madre de la duquesa. Su forma de hablar era lenta pero firme, de esas personas que se acostumbraron demasiado tiempo a hacer lo que querían, pero sin perder la sensatez. Se parecía mucho a su hija físicamente.

—Abuela —saludó Patrick con un abrazo tan fuerte que la dama tuvo que apartarlo de un manotazo. Él solo se rio.

—¿Dónde está su encantador padre?

—Trabajando, supongo —respondió la niña con indiferencia y se sentó en uno de los sillones de forma tan poco elegante que solo podía permitirse por tener ocho años. Su hermano la acompañó.

—Viene en un momento —respondió la duquesa.

Patrick se dejó caer en el sillón con un gesto dramático.

—Espléndido.

El sarcasmo fue evidente incluso para los niños, porque la pequeña se carcajeó, y él recibió una mirada de advertencia de su madre.

—Querida, ¿por qué no te sientas?

Becca observó la disposición de los sillones. Los niños estaban ocupando uno de los sofás grades y la baronesa se había sentado en uno de los individuales. Becca estaba debatiendo qué tan grosero sería sentarse en el otro puesto único cuando la duquesa ocupó ese lugar.

Y no dudaba que lo había hecho a propósito, así que se ubicó al lado de su esposo.

Patrick sonreía y, quizás para molestarla, se acercó un poco a ella.

—Rebecca —dijo Victoria con un pequeño brillo travieso en su mirada—. En tu casa había un niño, se presentó como Robin.

—Es mi sobrino —respondió, sin entender bien a qué venía ese tema.

—Me pareció todo un caballero —continuó la joven—. En unos años, sería un buen esposo.

Había un brillo soñador en sus ojos que Becca nunca esperó que su serio sobrino generase en alguien. Sin embargo, a George no le gustó el comentario, porque frunció el ceño.

—¿Y por qué estás pensando en eso?

—Solo me agradó. ¿Podría casarme con él en unos años? —preguntó, sin tapujos.

Becca no supo qué responder.

—Dios mío, niña —intervino Ivory—. No digas eso. Si te escucha tu padre, te habrá casado a los diecisiete.

—¿Y qué tiene de malo?

—¿Cómo que qué tiene de malo? —intervino George—. Serías muy joven para casarte.

—¿Y a que edad consideras tú que debería casarme? —replicó la niña con altanería.

—Pues, como a los veinticinco.

—¿A los veinticinco? —chilló— Si quieres me caso cuando esté toda llena de arrugas. A esa edad nadie me querrá.

—Madre se casó después de los treinta, y padre la quiso así.

Patrick carraspeó, sin duda un mal intento de disimular la risa. La baronesa fingió no haber escuchado mientras Ivory los observaba con indignación. Sin embargo, no tuvo tiempo de replicar, pues ellos siguieron discutiendo.

- Madre ya se había casado antes. No es lo mismo.
- Pues yo no permitiré que te cases antes de los veinticinco.
- No eres tú quien debe dar la autorización, sino mi padre.
- Pues entonces me enfrentaré a padre de ser necesario.
- Eso me gustará verlo.

La voz grave del duque llenó la estancia. Cualquiera se hubiera intimidado, pero el niño, que evidentemente tenía su sangre con todos los defectos que eso conllevaba, alzó la cabeza orgullo y no desvió la mirada del duque ni un solo segundo, cosa que a él lejos de molestarle le complació, se notaba por el brillo orgulloso en sus ojos.

—Padre, ¿puedo casarme con el sobrino de Rebecca cuando cumpla diecisiete?

Gritsmore lo pensó.

—Supongo que puedo intentarlo.

Becca le deseaba suerte. Quizás Ray en sus momentos más calculadores podría aceptar un trato así, pero Hattie nunca lo permitiría. Y si era algo que enfadara a Hattie, Ray no lo haría.

Él niño estaba por replicar cuando Ivory intervino.

—Creo que ha llegado su hora de dormir.

La niña hizo un puchero.

—Pero Patrick ni siquiera nos ha comentado cómo conoció a su esposa. Un día estaba soltero y al otro, casado.

—Se tuvo que casar con ella porque los encontraron en una situación comprometida —intervino George. Por la expresión de todos, era evidente que nadie se los había dicho y se había enterado por otro medio.

Victoria jadeó.

—Comprometer a una dama así está mal, Patrick.

—Pero no pueden decir que no se hizo cargo de sus responsabilidades —intervino Gritsmore con malicia.

Por suerte los niños eran muy pequeños para entender el doble significado de sus palabras.

Todos, en cambio, lo miraron con dureza. La tensión entre él y Patrick era evidente, y la duquesa parecía querer sacarle los ojos a su esposo.

—Niños, a dormir —repitió, esta vez con un tono que los pequeños no se atrevieron a replicar. Se despidieron entre murmullos y desaparecieron como dos ladronzuelos que se iban después de haber causado estragos.

Becca no se atrevía a hablar. El duque tenía en sus ojos un brillo de quien se divierte fastidiando a los demás. Mientras, a Patrick se le había borrado una sonrisa, y sus hombros estaban tan tensos que Becca temía que se lastimase los músculos.

Sin saber por qué, se enfadó con el duque. No era un comentario apropiado y él lo sabía. Lo había hecho a propósito, y eso le parecía despreciable.

En ese momento, solo en ese momento, Becca se dijo que podía entender por qué Patrick no quería deberle nada.

—No tengan niños después de los treinta y cinco —comentó Ivory para aligerar el ambiente—. Ya no hay energía para eso.

No funcionó. El odio silencioso entre el duque y Patrick era papable.

El mayordomo entró oportunamente a mencionar que la cena estaba lista, y Becca caminó hacia el comedor con la impresión de que no sería una cena agradable.

Y no se equivocó.

La conversación fue liderada principalmente por la duquesa y su madre, que de tanto en tanto hacían comentarios sobre el clima, la moda y temas seguros que no le interesaban a nadie. Intentaban incluirla, pero Becca jamás había sido buena para eso y respondía con monosílabos. Iban por el último plato, y la conversación estaba tana aburrida que la duquesa intentó una pregunta arriesgada:

—¿Hay algo en particular que te guste, querida? ¿Pintar, bordar, cantar?

Becca arrugó el ceño.

—Hago todo eso con habilidad promedio —confesó.

—Oh, debes ser excepcional en algo.

—Se me da bien las matemáticas —dijo con indiferencia.

—Oh, sí, es muy buena haciendo cálculos —dijo Patrick a modo de broma.

Becca contuvo el impulso de lanzarle una mirada asesina.

—Una habilidad muy útil para Middleton —intervino Gritsmore.

A nadie le pasó desapercibido el doble sentido de sus palabras. La duquesa parecía querer asesinarlo allí mismo.

A Patrick se le borró la sonrisa.

—No lo creo, a él también se le da bastante bien —respondió Becca, no dándole el gusto de incomodar el ambiente.

Sin embargo, aunque no se refería a los números, y Patrick lo sabía, la duquesa sonrió y Becca entendió por qué.

Lo había defendido.

Quiso resoplar con fastidio.

Quería decir que no había sido su intención, pero una parte de ella supo que los demás lo verían así, e igual había hecho el comentario.

Pero eso no significaba nada. Era su esposo, y su deber era estar de su lado, no porque se lo mereciese, sino porque no le gustaba darles a otros el gusto de saber que era infeliz mostrando su indiferencia hacia él.

«¿Eres infeliz?», le preguntó una voz en su cabeza que Becca ignoró. No era el momento para tales cuestionamientos.

Notó que el duque la miraba con interés y Becca temía lo que estuviera pensando. Parecía un lobo a punto de lanzar otro ataque para probar la resistencia de su víctima.

Por suerte, la loba no lo dejó.

—¿Te ha gustado la cena? —preguntó.

Y por eso era una excelente duquesa.

Becca asintió, y el ambiente perdió un poco de incomodidad.

Cuando terminaron de cenar, Gritsmore le pidió a Patrick que lo acompañase.

—No es necesario —dijo Patrick—. Te aseguro que todos en esta mesa sabemos la situación, así que puedes hablar con confianza.

Becca se sorprendió. Aunque su familia no era especialmente estricta en qué cosas debía saber una dama y que no, no era como que solieran incluirla en las reuniones masculinas. El ofrecimiento hizo que el le desagradara un poco menos, y eso no le gustó.

A Gritsmore lo que no le gustó fue la idea de que ella estuviera presente, lo supo por su mirada intensa.

—Preferiría hablarlo a solas contigo —acotó.

—No te lo tomes personal —le dijo Ivory a Becca—. Le gusta consolarse con la idea de que al menos tiene poder en este tipo de reuniones. Ven conmigo, querida. ¿Sabes jugar póker?

Becca casi sonrió cuando vio al duque tensarse por la ira. Cualquiera se habría intimidado, pero la duquesa se limitó a sonreír y pararse de la mesa con elegancia. Becca la siguió. Aunque la conversación le generaba curiosidad, no era tan tonta para quedarse siendo víctima del mal humor del duque. Quizás si estaba de ánimo le preguntaría en la noche a Patrick.

Regresaron al salón. La baronesa viuda murmuró algo de que iría a descansar y Ivory le pidió a una criada que le trajera un juego de cartas.

Mientras esperaban, la conversación no distó mucho de la que habían tenido en la cena. Pasaron varios minutos hasta que una criada apareció con el mazo y varias fichas.

—Hay un juego americano, que me enseñó una vez un amigo de mi primer esposo. Se llama póquer. Siempre me pareció más entretenido que el piquet. ¿Lo has escuchado?

—Mi hermano tiene un amigo que sabe jugar todo —respondió Becca—, y es muy mala influencia.

—Me alegra entonces no tener que explicarlo.

—¿Apostaremos? —preguntó Becca. En su familia solían jugar con fichas simbólicas.

—Peniques —respondió—. Solo para mantener la emoción.

Ivory repartió dos cartas tapadas a cada una sobre la mesa de caoba pulida y luego dejó caer suavemente las primeras tres cartas comunitarias al centro: un 7 de corazones, un 10 de picas y un As de diamantes.

—Sabes, no apruebo lo que Patrick te hizo, pero estoy en el deber de decirte que no es un mal hombre —comentó mientras miraba con curiosidad sus cartas. Deslizó un par de fichas al centro para iniciar la apuesta—. Y no porque sea mi hijo y admitir que no es un buen hombre sería confesar que hice mal mi trabajo como madre, no, nunca he tenido problemas en reconocer mis errores. Lo digo de verdad. No es un mal hombre.

Rebecca no supo qué responder, así que igualó la apuesta. Sus ojos fijos en las cartas de la mesa, pues temía que revelaran demasiado, y no precisamente del juego.

—El matrimonio puede ser difícil incluso cuando dos personas están dispuestas a intentarlo, pero lo es aún más si no es así —continuó Ivory.

Becca no pudo seguir guardando silencio.

—No tengo por qué intentarlo. No se lo merece.

—No —concordó ella—, ¿pero que ganas guardando rencor?

—Venganza.

El ambiente se tensó. Ivory dio la vuelta a la cuarta carta sobre la mesa: una Reina de corazones.

—¿Una que también te carcome a ti? —replicó Ivory con la sabiduría que solo dan los años. Miró las cartas y subió la apuesta—. Lo sé por experiencia, querida, la venganza es una pérdida de tiempo, sobre todo porque no siempre tenemos toda la razón. Sabes, somos egocéntricos por naturaleza, creemos tener todo el derecho de cobrar justicia por mano propia cuando muchas veces no vemos toda la historia.

—Sé toda la historia —objetó Becca, igualando la apuesta—, y sigue sin parecerme justo.

—No lo es —concordó Ivory—, pero, querida ¿nunca te has equivocado? Que sería del mundo si no personamos a quien se arrepiente de verdad. Te aseguro que mi matrimonio sería un infierno si no pudiera perdonar al duque lo que me ha hecho, y él la mayoría de las veces ni siquiera se arrepiente.

—¿Y eso le parece correcto?

—Sí, porque él también me ha perdonado grandes errores a mí. Cuando formas una alianza con alguien, no queda otra opción que hacer un buen equipo. Gritsmore mataría por mí, no lo dudo. Y yo mataría por él.

—Pero no pagó por usted —dijo con resquemor.

Ivory colocó la quinta y última carta comunitaria en el centro de la mesa: un Rey de corazones. Ambas miraban las cartas con interés.

—No lo hizo porque no quisiera, sino porque se divierte manipulando vidas ajenas, el muy desgraciado. Su forma de dar

lecciones es bastante desagradable, te fuerza hasta el límite para ver cómo reaccionas y así se hace una idea de la naturaleza de cada quien. Quería ver hasta que punto Patrick era capaz de hacerse cargo de sus responsabilidades y consiguió herirle el orgullo lo suficiente para que tomara esa insensata decisión. No justifico su actuar, aún sigo enfadada con él, pero si Patrick no hubiese pagado, él lo hubiera hecho. Está haciendo lo imposible por resolver esto, y te aseguro que lo conseguirá. Porque nos quiere, a su manera, y me protegerá a mí y a sus hijos hasta el final. Para eso es el equipo

Becca guardó silencio. Ivory decidió no forzarla más. Hizo su jugada empujando un grupo considerable de fichas al centro y Becca contrarrestó pagando la diferencia sin ni siquiera dudarlo.

Ivory la miró con interés.

—¿Por qué se casó con él? —preguntó Becca al cabo de un tiempo, ganada por la curiosidad.

Cada vez que los observaba, veía una contradicción. A veces se parecían mucho, y a veces nada.

—Algunos te dirán que por los niños. Patrick seguro te comentó que sospecha que se aprovechó de mí, pero lo cierto es que yo lo amo, y él también me ama a mí. Me pidió matrimonio antes de enterarse de que estaba embarazada.

Así que al menos los rumores del embarazo eran ciertos. Los niños habían sido concebidos antes del matrimonio. Eso significaba que sí habían sido amantes. Ella se había vuelto su amante para salvar a Patrick. Becca no podía imaginarse nada más horrible.

—No me veas así —intervino como si pudiera leerle la mente—. Nunca fui su víctima. Tenía mi objetivo, yo también quería destruirlo. Sin embargo, los planes no siempre salen como uno desea. Al final, compartimos una intimidad mayor a la física, y ya no pudimos vivir sin el otro.

—Pero, ¿cómo pudo soportarlo al principio?

No era una pregunta prudente, pero la curiosidad fue mayor

Ella sonrió con picardía.

—Te aseguro que no fue ningún sacrificio. No tienes que estar enamorada de alguien para que la intimidad sea agradable, aunque tengo la sospecha de que el cuerpo reconoce antes que uno quién

es su complemento. Debí saber que ese hombre sería mi perdición desde ese momento.

Ivory dejó ver su jugada destapando un As de corazones y un diez de corazones. Había formado un color al As. Su expresión evidenció que creía haber ganado, pero Becca mostró sus cartas: el nueve de corazones y la Jota de corazones.

Ivory no tardó en comprender. Se carcajeó.

—Vaya, sí eres calculadora.

—Te lo dije —intervino Patrick desde la entrada. Sonreía, aunque su cuerpo estaba tenso, seguro debido a la conversación que acababa de tener con el duque—, pero me sorprende que caigas en esa clase de trucos, madre.

Ella se encogió de hombre.

—Tenía la mente en otra cosa. Creo que te debo una libra, querida. Súmalo a mi cuenta.

Patrick se sentó al lado de Becca, despertando un pequeño cosquilleo con su cercanía. Quizás era que tenía muy presente las palabras de Ivory sobre cómo respondía el cuerpo ante la persona correcta, aunque ella prefería pensar que no tenía nada que ver con el amor.

La duquesa no se ofreció a jugar otra mano, sino que recogió las cartas con rapidez.

—No se detengan por mí —acotó él.

—No me detengo por ti —respondió Ivory, aunque a Becca le dio la impresión de que era así—. Me detengo porque es tarde, y creo que después de esta larga noche, a tu esposa le gustaría ir a casa.

—¿Ya te hartaste de mi familia, Becca? —preguntó con humor—. No te culparía por decir que sí. Yo de vez en cuando también me harto de ellos.

La duquesa le lanzó una mirada de fastidio que Patrick respondió con una sonrisa. Se despidió de ella con un fuerte abrazo, y Becca pudo ver entre ambos un cariño difícil de describir con palabras. No era un lazo frío entre una madre que solo había criado por obligación, sino una unión tan potente que podría destruir a quien se metiera con ellos. Era lindo.

Muy lindo.

En el carruaje de regreso a su casa, Becca estaba pensativa.

Las palabras de la duquesa revoloteaban en su mente y se juntaban con los otros consejos que todos se habían empeñado en darle, el de su hermana, el de Hattie. Todos parecían iguales, pero Becca se resistía un a ellos precisamente porque su orgullo también lo hacía. ¿Perdonar? ¿No era eso decirle que podía tolerar que la hiriera?

O tal vez era solo darse una oportunidad, pues, aunque le molestase admitirlo, él parecía estar siendo sincero. Después de todo, ella era su esposa. Bajo la ley, podía hacerle lo que quisiera, y aún así se había tomado la molestia de intentar conquistarla.

No creía que fuese fingido. No tendría por qué. Conquistarla y después decepcionarla solo los llevaría a la misma situación en la que estaban en ese momento, o quizás incluso a una peor. Y él lo sabría.

—Ella me dijo que lo ama de verdad —murmuró sin apartar la vista de la ventilla.

Patrick tardó en entender de qué estaba hablando.

—¿Te refieres a mi madre? Sí, creo que estoy aceptando la idea. Pero el hecho de que se lo hayas preguntado es que tuviste las mismas dudas que yo —dijo con una sonrisa—. Es difícil de creer.

—A veces sí y a veces no. En momentos parecen uno para el otro, y en otros momentos dos grandes enemigos. Mi duda venía porque él es un hombre difícil de querer.

Becca no se imaginaba estar al lado de un hombre como el duque. Autoritario, arrogante, y con una manía de herir con las palabras. Destrozaría a una mujer más sensible, y Becca creía que precisamente por eso se había casado con Ivory, porque tampoco era alguien fácil de tratar.

—Supongo que hasta los canallas pueden encontrar el amor. Eso me da un poco de esperanzas.

La broma consiguió su objetivo: que Becca lo mirase. Él había introducido, quizás sin querer, una nueva palabra en su relación. Amor. ¿Quería que lo amase?

—¿Cuánto tiempo tardaste en pagarle la deuda? —preguntó, para desviar un poco el tema.

—Comencé después de terminar la universidad. Unos tres desde entonces.

—¿Puedo preguntar cuánto era la deuda?

—Con intereses, al menos cinco mil libras.

Ella no se había esperado esa cantidad de dinero.

—Cuando vendí la casa en Londres, recibí seis mil libras. Le di dos mil a Gritsmore. El resto el destiné a otras deudas, y a la universidad. Por no decir los gastos de la casa de campo que tenía bastante deteriorada.

—¿Y cuánto es tu renta anual?

No era una pregunta que una dama debía hacer, pero ella siempre había considerado las finanzas importantes pues, después de todo, la dama vivía de esas finanzas, y si iban mal, todos salían perjudicados.

Le agradó que él no pusiera peros en responder.

—Cinco mil al año. A Gritsmore le di mil cada año, y otras tres mil se iban en el mantenimiento de la casa. Lo que quedaba me mantuvo esos años un poco justo, pero nada demasiado grave.

—¿Siguen yéndose tres mil en el mantenimiento?

—Unas tres mil doscientas. He aumentado el personal para que sea más sencillo para los otros, y mantener la casa en mejores condiciones. Gasto otras mil libras durante la temporada de Londres. Ya sabrás por que aún no tenía dos mil libras para pagarle a Johnny.

Becca empezó a sacar cuentas mentales y algo no le cuadró, pero no era un momento para pensar bien en ello, sobre todo porque él se había cambiado de lugar, ubicándose al lado de ella. Empezó a jugar con uno de sus rizos.

—Gritsmore me dijo que logró infiltrarse a alguien, y que cree que todo está por terminar.

—No entiendo —dijo Becca, separándose un poco de él—, te negaste por orgullo a que pagara el chantaje, pero debe estar gastando bastante en intentar acabar con esa banda.

—Lo sé —respondió él con resignación—. Tampoco me agrada eso, pero ahí yo no puedo intervenir. No tengo sus contactos, ni siquiera su forma macabra de elaborar planes. Si lo único que puedo hacer es aportar dinero, entonces afrontaré mi responsabilidad de

esa manera. Créeme, me gustaría no involucrarlo, pero no tengo muchas opciones si quiero que mi familia esté a salvo.

Y eso era algo a lo que ya se había resignado. Siempre le debería eso al duque, y él no se lo dejaría olvidar. Pero, al menos, no le debería más dinero.

Patrick no soportaba la idea de volver a deberle dinero a ese hombre tan insoportable.

No lo dijo en voz alta, pero algo en la mirada de Becca lo hizo sentirse comprendido. Él volvió a tomar uno de sus rizos entre sus manos y esta vez ella no se alejó.

—¿De qué hablaste con mi madre? —le preguntó él.

Estaba cerca, demasiado cerca. Tanto, que Becca no pensó en su respuesta.

—Quería convencerme de que eras un buen hombre.

De haber pensado mejor la respuesta, quizás no lo hubiera comentado. Sobre todo, porque supo que iba a responder él.

—¿Y lo logró?

Becca optó por guardar silencio. El dedo de él viajó desde su cabello hasta su mejilla, en una caricia que amenazó con desarmarla. ¿Por qué se sentía tan bien? Y no hablaba solo del ligero cosquilleo en su piel, sino en una extraña sensación de seguridad, como si ese simple gesto le dijera que él la protegería.

Becca nunca había necesitado que alguien la protegiera, pero no podía negar que se sentía agradable.

—Responde, Becca. ¿Lo logró?

—Tal vez —dijo con un hilo de voz—, me desagradas menos después de haber conocido al duque.

Y después de haber conocido a su familia. Había sido solo una cena, pero Becca se había dado cuenta de que amaba mucho a su madre y a sus hermanos. Alguien que quería de esa manera, ¿podía ser mala persona? A lo mejor sí, pero siempre había más probabilidades de que no lo fuera.

Dicho fuera de paso, ¿qué definía a una mala persona? ¿El egoísmo natural de salvarse a sí mismo? ¿Pero qué pasaba cuando se trataba de salvar a los suyos?

Patrick sonrió ante su comentario. Becca fijó la vista en sus labios y recordó la última vez que él la había besado. El recuerdo fue la chispa que su cuerpo necesitó para encender la llama, cosquilleando, causando un ligero dolor en un punto que ella ni se atrevía a mencionar.

¿Y qué pasaba si lo besaba? ¿Sería de verdad tan malo dejarse llevar?

Cuando juntó sus labios con los de él, ni siquiera lo pensó.

A Patrick el beso lo tomó desprevenido, pero no era tan tonto para evidenciar la sorpresa. Le rodeó la nuca con una mano y profundizó el beso hasta que le robó el aliento. La llama se convirtió en fuego, y el ligero dolor en una punzada constante y necesitada. Él pasó de sus labios a su cuello, y en cuanto tocó ese punto sensible, ella gimió.

Dios, ¡qué bien se sentía eso!

No protestó cuando él la sentó encima de su regazo y volvió a tomar su boca. Lo besó de vuelta, con ferocidad, hasta que volvieron a quedarse sin aliento.

—Tal vez sea tonto de mi parte preguntar a qué se debe esto.

Becca tardó en encontrar su voz.

—Solo curiosidad. Ya sabes, me gusta probar cosas buenas.

Y la duquesa le había dicho que no tenía por qué significar amor.

Aunque sí su perdición.

Él rozó su mejilla con su nariz.

—¿Y hasta dónde dejarás llegar a curiosidad, pequeña aventurera?

Becca sintió que las manos se él se aventuraba bajo su falda, rozando sus muslos con una intimidad que la derretió.

—No lo sé —contestó con sinceridad.

—¿Me dejarías entrar esta noche a tu cuarto? —rozó cerca de su oído.

El carruaje deteniéndose la salvó de responder. Becca se apresuró a arreglarse para bajar. Tenía aún el corazón acelerado, y la piel cosquillándole de una manera que le fue difícil sostenerse en pie. Y él, de alguna manera, lo sabía, porque le ofreció su brazo para caminar.

Dejarlo entrar a su cuarto.

En el fondo, Becca sabía que era más que eso, y esa noche, no le importó. Tal vez porque su cuerpo ardía. Quizás porque no le veía sentido en prorrogar todo. O a lo mejor porque simplemente tenía demasiada curiosidad.

—Supongo que podríamos ir al tuyo —dijo antes de arrepentirse.

Él solo la guio.

Becca no había entrado a su habitación, estaba decorada en tonos oscuros y elegantes. Al igual que la de ella, le faltaba mobiliario, pero parecía tener lo indispensable. No tuvo mucho tiempo de fijarse en los detalles, él le rodeó la cintura con sus brazos y la pegó a su cuerpo.

—Becca, ¿te arrepentirás? —preguntó contra sus labios.

Ella respiró hondo.

—Es probable. Pero eso nunca me ha detenido.

Él le respondió con una sonrisa.

Becca, al menos esa noche, no se arrepintió.

Capítulo 20

Cuando Patrick despertó, estaba solo en la habitación. Aún no había amanecido, por lo que la ausencia de Becca era aún más extraña.

«Se arrepintió», pensó con tristeza, aunque no permitió que la idea lo desanimara. Tal vez se había arrepentido, pero a lo mejor estaba un poco más dispuesta a escucharlo. Se levantó, salió del cuarto y caminó hasta su habitación. Había una puerta que comunicaba ambos dormitorios, pero no se atrevió a usarla sin su permiso.

Tocó la puerta. No hubo respuesta. Volvió a tocar. Seguían sin responder.

Se arriesgó a entrar. Ella estaba recostada en la ventana, con la vista fija en el paisaje de fondo. La luna estaba desapareciendo, dando lugar a las luces pálidas del amanecer.

—No sé por qué tocas la puerta si aún así entras sin invitación —comentó ella con desenfado, sin ni siquiera mirarlo.

—Para demostrar que soy un caballero educado.

Ella no respondió, aunque desde donde estaba, atisbó su sonrisa. Se acercó a ella y se ubicó a su lado.

En ningún momento Becca fijó la mirada en él, pero tampoco le pidió que se marchara, así que Patrick se limitó a observarla. Se había colocado un camisón que hacía su mayor esfuerzo por ocultar las curvas que él ya había visto. Tenía las mejillas sonrojadas, y el pelo lacio envuelto en una trenza improvisada que poco hacía por ocultar lo alborotado que estaba.

—¿Cómo estás? —preguntó con dulzura.

Ella lo miró solo por un segundo. Sus mejillas enrojecieron más y decidió que volver a fijar la vista en el paisaje era lo más seguro.

¿Cómo estaba? Becca no podía responder esa pregunta, porque no tenía idea de la respuesta. Sentía muchas cosas. Tenía muchos pensamientos en la cabeza, y no lograba organizar ni uno solo.

—Creo que tu administrador te ha estado robando.

Patrick parpadeó, sorprendido. Ella lo miró de reojo. Sí, era un tema que no tenía ninguna relación con lo que él le había preguntado, pero era seguro.

—¿Y has llegado a esa conclusión porque...?

Porque no había querido pensar en lo que había sucedido entre ellos, y mejor se puso a sacar cuentas.

—Gastar tres mil o tres mil doscientas libras anuales me parece demasiado. ¿Cuánto personal tienes?

Patrick tardó en responder. Tenía algo de sueño aún, y nunca había funcionado rápido recién levantado.

—¿Unos quince?

—Sé más específico.

—El mayordomo, el ama de llaves, el cocinero, tres criadas, un lacayo, el jefe de cuadras, dos jardineros, creo que tres mozos y un guardabosques. Al menos mientras no estoy allá. Se suele contratar a uno o nos criados más cuando paso la temporada en el campo. Y el administrador, por supuesto.

Becca asintió.

—Si eres un patrón justo, el criado de mayor ganará, a lo muchos sesenta libras al año, y los de menor rango, veinte. No tienes ni quince personas a tu servicio, por lo que esos gastos no deberían superar las setecientas cincuenta libras al año, incluyendo uniforme, comida, etc. Ahora bien, ¿cuánto le pagas al administrador?

—Doscientas cincuenta libras.

—Van mil libras. En impuestos se gasta en promedio otras quinientas, así que ya vamos por mil quinientas libras. Te podría creer que el primero año se te fueron las otras mil quinientas libras en reparaciones de la casa que tenías descuidada, pero me es difícil creer que, en general, se gaste más de mil o mil doscientos en reparaciones. Así que creo que tu administrador se ha estado quedando para él como mínimo, unas trescientas libras al año. Lo que me parece una fortuna.

Patrick la observó, sorprendido.

—A mi hermano una vez le pasó, y desde entonces no contrata administrador —continuó ella—. No es difícil camuflarlo. Se pone que cada criado gana dos o tres libras más de lo que en realidad gana,

se le sube una o dos libras a cada gasto de la casa, y cuando te das cuenta, te han quitado un dineral. Deberías revisar los libros de cuentas.

—Temo que no los tengo aquí.

—Entonces deberías traértelos.

Lo dijo como si fuera lo más evidente del mundo, y Patrick supuso que lo era. Pero jamás había sido un avezado con los números, así que no se había puesto a ver a detalle cada gasto.

—¿Lo revisarías por mí?

Ella se encogió de hombros.

—Quizás sí. No tengo mucho que hacer.

No lo miró en ningún momento, así que el le tomó con suavidad la barbilla e hizo que lo observara.

—Becca.

—¿Qué?

—Por qué has estado sacado cuentas a las cinco de la mañana.

Becca le sostuvo la mirada, pero no encontró la voz para responder con la verdad.

Se encogió de hombros con indiferencia.

—No tenía sueño.

—¿Alguna razón en particular?

Ella se alejó de él y se fue a sentar a la cama. Apoyó los codos sobre la rodilla y acunó la cabeza entre sus manos. Siguió mirando al horizonte.

—Muchas, creo. Estaba pensando en el futuro.

Él dio dos pasos hacia ella, pero optó por mantener cierta distancia para no presionarla.

—¿En qué aspecto en específico?

—En cuál será mi futuro.

—¿Cuál quieres que sea, Becca?

—Ese es el problema, nunca lo he sabido.

Se dejó caer en la cama, esta vez con la mirada fija en el techo. Parecía querer ver a cualquier lado menos a él.

—Siempre pensé que me conformaría con estar soltera, tener cierto grado de libertad, ayudar a mi hermano, consentir a mis sobrinos, y simplemente ser yo. Sin embargo, aunque siempre supe

que era la vida que más se adaptaba a mi forma de ser, también era un poco... aburrida. No obstante, tampoco podía casarme, porque entonces tendría que organizar fiestas, llevar la casa y sonreír ante todos como si no los odiara, lo cuál me parecía aún más desgastante. Mi esposo tendría ciertas expectativas que yo no podría cumplir, y cuando no lo hiciera, se decepcionaría, y no habría ni siquiera respeto para sostener el matrimonio. Por lo tanto, la mejor opción seguía siendo la primera. Al menos hasta que apareciste tú.

Patrick, que estaba dando otro paso hacia ella, se paró en seco. Decidió que lo mejor era no hablar para que ella continuase.

—Yo consideré tu oferta, ¿sabes? En algún momento, sí pensé en casarme contigo, porque me ofrecías algo diferente. Algo que no era tan horrible como me imaginé el matrimonio y que parecía mejor que la perspectiva de quedarme sola. Veía en ti alguien con quien hablar de cosas interesantes por las noches, que no intentaría moldear mi conducta para adaptarla a sociedad y que podría ser un buen compañero. Entonces, pasó lo que pasó.

Él se sentó en el borde de la cama y la observó desde arriba. Sentía que alguien le apretaba el corazón, porque nunca había sido tan clara con lo mucho que la había herido.

—Lo siento.

Eran palabras que no servían de mucho, pero lo único que podía decir.

Ella giró la cabeza hacia él.

—Creo que puedo entenderte. Después de conocer al duque, yo tampoco hubiera querido deberle más de lo necesario. —Suspiró—. Pero me molestando lo que hiciste, no porque no pudiera entenderte, sino porque me sentí muy tonta por confiar en ti. Tal vez, solo tal vez, si me hubieras hablado con la verdad, yo habría accedido a ayudarte, con todos los riesgos que conllevaría ser tu esposa. En cambio, sentí que te aprovechaste del aprecio que te tenía para engañarme.

—Becca...

—Juré que me vengaría, y no pude hacerlo, porque te empeñaste fingirte encantador.

—No estaba fingiendo.

—Pero yo necesito creer que estás fingiendo, porque si no es así, entonces no puedo odiarte.

Otro golpe duro. Patrick nunca se había sentido tan canalla.

—Lo...

—No digas más que lo sientes, ya lo sé. Quiero creer que es verdad, que esto puede ser un matrimonio diferente y que tus palabras no fueron solo un engaño. Deseo pensar que estas semanas no me has mentado solo para que te perdone, pues, ¿qué sentido tendría embaucarme ahorita y cambiar después? Solo nos traería a la misma situación incómoda de la que intentas salir.

—Así es. No te miento, Becca. Yo no quiero cambiarte porque me gustas tal y como eres.

Ella se incorporó, y, por primera vez, lo miró a los ojos sin titubear.

—Pero no sé si yo me adapte.

—¿A qué te refieres?

—A ser esposa —dijo—, porque invariablemente, habrá responsabilidades, y no sé si pueda cumplirlas. No estoy segura ni siquiera de verme como madre, y tú necesitas un heredero.

—A decir verdad, no había pensado en niños hasta que los mencionaste.

Supuso que nunca había sido su prioridad. No era que le disgustasen los niños, ni mucho menos, pero era tan difícil educarlos que lo mínimo para soportar la carga era sentirse preparado para ello.

—Podemos esperar un tiempo, mientras la idea se concibe mejor —propuso.

Ella lo miró sin entender.

—¿Se puede evitar tenerlos?

—Bueno, habría sido mejor que me dijeras esto antes de anoche, pero si no quedaste hoy embarazada se pueden hacer ciertas cosas para... reducir las posibilidades. ¿No te hablaron de ello?

—No dejé que Hattie entrara a mi cuarto la noche antes de la boda.

Él sonrió.

—¿Preferías la ignorancia?

—No. Sabía que no te iba a dejar entrar a mi cama, así que lo consideré información innecesaria.

Patrick se carcajeó sin poder evitarlo.

—La gente murmurará.

—Que lo hagan, no serán ellos quien lo criaran. ¿Alguna otra iniquidad?

—¿A veces no piensas que la vida puede llegar a ser muy aburrida? Es un poco lo que me pasaba cuando estaba soltera. Tenía idea de qué podía hacer, pero no era nada que... llenase. Si no tengo como objetivo convertirme en la esposa perfecta, entonces, ¿cuál es mi objetivo?

Patrick podría entender un poco ese sentimiento de vacío. No era no tener nada que hacer, sino no sentirse lo suficientemente bueno para hacerlo. Ese sentimiento llevaba a detestar lo que se hacía, y entonces, venía la inconformidad. La pregunta de si en esa monotonía transcurriría el resto de la vida.

—Creo en la vida no siempre se tiene que tener un objetivo, o no uno grande. A veces, es solo hacer todo lo mejor que se pueda, sin caer en la presión, o en el exceso. Y no, no creo que eso sea aburrido —continuó—, la vida en general nunca lo es. Se presentarán algunas situaciones en el futuro que seguro nos entretendrán, y las tomaremos porque somos esa clase de personas. Pero he aprendido que vivir tranquilo es mejor que estar en un estado de alerta o emoción constante. A lo mejor, el sentido está en disfrutar de levantarte un día a las cinco de la mañana y mirar al amanecer con tu esposa que se ha pasado toda la noche haciendo cuentas mentales.

Ella curvó los labios y observó la ventana. La luna se había ido por completo y el cielo rosado le daba la bienvenida al sol. Patrick colocó una mano sobre la de ella y Becca lo aceptó mientras veían en silencio como la oscuridad daba paso a la luz.

—Tal vez tengas razón —murmuró ella.

—¿Me darás una oportunidad, Becca?

Hizo la pregunta con más miedo del que había sentido en su vida, porque si la respuesta era no, sentía que no habría muchas esperanzas después.

Ella lo observó. Había muchas emociones en su corazón. Resquicios del odio sentido por la traición, recuerdos de la hermosa noche que habían pasado juntos, y también algo más, algo diferente. Esa pequeña conexión que sintió la primera vez que habló con él a sola, ese entendimiento, ese sentimiento de que estaba con la única persona que podría comprenderla.

—¿No lo he hecho ya?

—No lo sé. Por un momento pensé que me habías usado para tu placer y abandonado luego —dijo con dramatismo.

Ella no pudo contener su carcajada.

—Eres un tonto.

—Y tú una pequeña arpía capaz de eso y más.

—Si eso crees, ¿por qué me aceptas?

—Porque prefiero un carácter calculador genuino que una amabilidad falsa. Además, supones un constante desafío, y tal y como mencionaste, la vida de vez en cuando requiere un poco de emoción.

Ella no respondió, y él la besó antes de que pudiera hacerlo. Becca no lo rechazó.

Tampoco lo apartó cuando él le rodeó el hombro con los brazos y la atrajo hacia él.

«Podría salir bien», pensó.

Y de verdad lo esperaba.

Capítulo 21

Los días siguientes fueron extraños. Como no era una dama acostumbrada a perdonar, era raro haber aceptado convivir con alguien que le había hecho daño, pero no extraño porque estuviese incómoda por ello, sino por lo contrario. Porque no sentía que se traicionaba a sí misma al darle una oportunidad.

Él no cambió con ella. Seguía ofreciéndole un trago diferente cada noche, la invitaba a salir por allí y si Becca no quería asistir a alguna de las veladas a la que habían sido invitados, se quedaba con ella esa noche, y hablaban en la biblioteca sobre cualquier cosa.

Eran conversaciones agradables, donde compartían una intimidad distinta a la que vivían en el dormitorio. Becca recordaba por qué le había caído bien en un principio.

—¿Y si te volvieras mi administradora? —le dijo una noche en particular en la que se habían negado a asistir a una velada.

Ella, que estaba sentada frente a la chimenea viendo como el licor que tenía en la mano variaba de color con la luz, le dirigió una mirada burlona.

—No creo que los arrendatarios lleguen a respetarme lo suficiente para aceptar eso —respondió Becca—, desventajas de ser mujer.

—Entonces, yo cobró las rentas y tu llevas las cuentas.

Becca se dio cuenta de que estaba hablándole en serio.

Hacía uno días Patrick habían mandando a un hombre de confianza a la propiedad de campo, para buscar uno de los libros de cuentas. Este había hecho ciertas indagaciones con el servicio, y después de comparar la información recopilada con la escrita en los libros, se dio cuenta de que Becca tenía razón, el administrador le estaba robando.

Se sintió como un idiota, pero, para su sorpresa, Becca le mostró su apoyo diciendo:

—Mi hermano dice que le pasa al menos a la mitad de los nobles. A muchos les aburre revisar su libro de cuentas, y a los que no, les es difícil cotejar gasto por gasto porque tienen cosas más

importantes que hacer, por eso pocas veces pueden ser descubiertos.

Eso lo hizo sentir un poco mejor, pero no demasiado. Sentía que era otro aspecto de su vida en el que había fallado. Había despedido al administrador sin referencias y se había iniciado en la búsqueda de otro, pero Patrick ya no sentía demasiada confianza. Entonces, recordó que la joven que tenía como esposa sacaba cuentas en la madrugada y sin ni siquiera usa papel.

¿Por qué no?

Se dio cuenta de que su propuesta la había tomado desprevenida porque tardó en responder. Se podría decir que era un logro dejar a Becca sin palabras por la sorpresa. Eso solo había sucedido cuando le arruinó su venganza sin querer.

—Podríamos ahorrarnos doscientas cincuenta libras al año. Te diría que podrías gastártelas en vestido, pero no estoy segura de que ese sea el soborno adecuado en tu caso. ¿Podrías gastártelo en libros, quizás?

Ella parpadeó, forzándose a salir de la sorpresa.

—¿Por qué?

Él se encogió de hombros.

—¿No temías que tu vida fuera aburrida? ¿No deseaba un objetivo? Podría ser un desafío interesante.

Sin duda Aunque su hermano de vez en cuando la dejaba husmear en los números, Becca nunca se había dedicado de pleno a ello. Que él se lo ofreciera le generaba sentimientos contradictorios. Por un lado, le daba algo de miedo, pero por otro, le emocionaba, y le gustaba que tuviera ese nivel de confianza en ella. A cualquier hombre le hubiera parecido ridículo que una mujer se hiciese cargo de las finanzas.

Maldito fuera por ser tan diferente.

—Lo voy a pensar.

Pero terminaría diciendo que sí, y ambos lo sabían, porque quizás era lo que su vida necesitaba para dejar de ser tan monótona.

Becca se terminó el contenido de su copa, y se observaron sin decir palabra. También habían aprendido a disfrutar de los silencios sin que estos se tornaran incómodos.

—¿Cómo va tu asunto? —preguntó Becca mientras consideraba la opción de servirse otra cosa.

Había tratado en lo posible de no inmiscuirse, no porque no le interesase el tema, sino porque saber que esa fue la razón de su matrimonio aún le dejaba un sabor un tanto amargo en la boca, pero en momentos como esos le ganaba la curiosidad. Además, sentía que ella más que nadie tenía derecho a esa información.

—Hace poco llegó otra petición de dinero. No dudo que se está divirtiendo, pero también se está confiando. Debería entregar el dinero mañana, pero mientras el me espera, el infiltrado de Gritsmore hará su trabajo. El problema debería quedar resuelto.

Becca se estremeció solo de imaginar la solución, pero era consciente de que no había opciones más amables.

Sin saberlo, sintió que le quitaban un peso de encima. A lo mejor, si ese problema desaparecía, también lo harían los resquicios del rencor.

—Es curioso —comentó él después de un rato—, cómo errores del pasado pueden volver a traer consecuencias años después. ¿Por qué será, Becca? ¿Consideras que dios cree que no aprendiste bien la lección en ese entonces, y decide volver a enseñártela?

Becca sopesó la respuesta mientras decidía que sí tomaría otro trago. Esa era la clase de conversaciones que le gustaba tener con él, las que no se conformaban con lo simple, no con algo más.

—Yo creo que dios no repite lecciones a menos que se haya vuelto a incurrir en el error —dijo después de unos segundos—, lo cual no es tu caso. No, yo pienso que intentaba enseñarte algo nuevo, pero se valió de hechos pasados para no tener que crear nuevas circunstancias. A veces a los escritores se les acaban las ideas, o utilizan recursos de otros libros. Quizás a Dios le pase lo mismo.

Patrick se rio.

—Entonces, ¿se supone que esta era una nueva lección?

—Sí, intentaba medir qué clase de persona eres en este instante de acuerdo a la decisión que tomaras —lo provocó.

—Si es así, reprobé la prueba.

—Eso no tiene que ser malo, pues ¿no es así como se aprenden las lecciones? Si todos tomáramos siempre las mejores decisiones y no nos equivocáramos, no tendríamos nada que aprender, y Dios no tendría que andar por allí tomándose tantas molestias para hacernos pasar un momento desagradable. ¿Ha aprendido la lección, lord Middleton?

La pregunta pretendía sonar como broma, pero Patrick sabía que solo quería rectificar la verdad.

—Sí, Becca. La he aprendido.

—A Dios le agrada saber eso. Yo también he aprendido ciertas cosas. Creo que dejaré de tomar venganza por mano propia, todo se puede complicar demasiado.

Él se inclinó hacia ella.

—¿Te arrepientes de haber iniciado ese plan?

—Es una pregunta difícil. No puedo decir que no aprendí la lección, pero como las consecuencias no han sido tan catastróficas como me imaginé, entonces ya no me pesa tanto mi forma de actuar como me pesaba hacía un mes. —Le dirigió una mirada pícar—, pero es lo que pienso hoy. A lo mejor mañana decido que sí me arrepiento y le prometo a Dios que no lo volveré a hacer a cambio de que me saque del problema.

—Entonces, debería asegurarme de que no sea necesario.

Le tendió una mano y Becca la aceptó con una sonrisa tímida.

No, quizás no fuera necesario.

Patrick le había dicho que sería conveniente que, los días después de ejecutar el plan, no saliera demasiado hasta confirmar que el problema había sido resuelto, así que Becca optó por visitar a su hermana antes de que se viera forzada la reclusión.

Le pareció un poco extraño estar visitando la casa donde vivía Helen.

Hasta el momento, no se había encontrado con ella, tal vez porque Becca había evitado los eventos sociales, y en los pocos a los que había asistido Helen no se encontraba. No le extrañaría que esta también la estuviera evitando, pero la suerte no podía estar siempre de su lado.

Mientras esperaba a su hermana, ella apareció en el salón. Su rostro, de por sí poco agraciado, se arrugó en una mueca de disgusto, y Becca estaba segura de que habría huido si esto no hubiera sido considerado cobarde.

—Rebecca —saludó con frialdad.

Ella había prometido no volver a tomar justicia por cuenta propia, pero tampoco era una santa para resistir la tentación que la vida acababa de servirle en bandeja.

—Puedes llamarme lady Middleton.

Helen apretó los labios.

—Estás disfrutando de esto, ¿verdad?

—Pues es lo único que puedo hacer —respondió con indiferencia.

Había terminado en un problema gigante gracias a esa venganza, lo menos que podía hacer era disfrutarla, aunque las consecuencias de todo ya no le parecieran tan trágicas.

Helen estaba fúrica. De no haber sido educada con severidad, Rebecca sabía que la hubiera abofeteado.

—¿No tienes remordimientos? Me quitaste al hombre que amaba.

—Él ni siquiera era el hombre que amabas, solo tuvo la mala fortuna de interponerse cuando te iba a confesar que había inventado todo. Por otra parte, si tú puedes dormir en paz después de lo que le hiciste a Rose, ¿por qué no podría yo no sentir remordimiento?

—Tu hermana me ha dejado claro que se encuentra muy feliz —siseó.

—Y eso te hace desdichada, porque tu intención es que no lo fuera. Obtuviste lo que te merecías, Helen, y no me pienso sentir mal por ello.

Helen apretó los puños. Si iba a replicar algo, fue interrumpido por el carraspeo de Rose. Helen las miró a las dos como si fueran la causa de sus desgracias.

—Es muy fácil para ustedes —les espetó—. Son bonitas, de buen linaje y con una dote generosa. Tenían un hermano que los protegiera cuando murió su padre, y un sobrino que las hubiera amparado si su hermano faltaba. No saben lo que es tener la presión

de querer casarse atormentándote cada noche, sabiendo que cada día que pasa te vuelves menos apetecible en el mercado.

Rose la miró con compasión, pero Becca no se dejó convencer.

—¿Y eso te da derecho a dañar a otros?

—En una guerra no gana el más generoso, sino el listo. No se puede tener piedad con los enemigos.

—Nunca fuimos tus enemigas, Helen —dijo Rose con tono tranquilo.

—¡Las jóvenes como ustedes siempre son enemigas de mujeres como yo! —exclamó con enfado—. Mientras haya en el mercado una joven bonita, con clase y dinero, todos los caballeros querrán conseguir ese trofeo. Y mientras, nosotras tendremos que mendigar por un poco de atención. La única opción que nos queda es esperar que se casen y lograr cazar a alguien antes de que aparezca otra joya. —Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero no las derramó—. Nunca aspiré demasiado alto. Si no hubiera habido esa confusión, jamás me habría atrevido a acercarme a lord Midletton. Y tú, Rosemary, podrías haber tenido quien sea, y te fijaste en alguien por debajo de tus posibilidades, el único que podría aceptarme a mí. Si me preguntas si me arrepiento, no, no lo hago, porque ninguna de ustedes se lo hace de ser las causantes de nuestras desdichas. Que bien que la vida las haya favorecido, pero no pretendan que me alegre por ello, ni me juzguen por guardarles rencor.

Enderezó los hombros y se fue con toda la dignidad que pudo haber recogido alguien que acababa de desnudar su hermana. Becca no dijo nada, pero Rose sí quedó algo afectada.

—Estoy intentando convencer a Dom de que le devuelva su dote —comentó en voz baja—, pero él es muy rencoroso. Viene de familia, supongo. Sin embargo, creo que lo lograré. Me da un poco de pena.

A Becca también, sobre todo porque veía en ella la amargura de quien se había dejado consumir por los rencores. ¿Así habría terminado ella de haberse dejado cegar por la venganza? Quería pensar que no. El caso de Helen diferente. Eran años de desprecio y de sentirse inferior. No justificaba su accionar, pero hacía difícil que pudiera actuar de otra manera.

—A mí también —confesó Becca.

—¿Te arrepientes de lo que estuviste a punto de hacer porque no salió como esperabas, o de verdad le tienes compasión?

—Soy capaz de sentir compasión, hermana. Y sobre mi matrimonio... bien, de eso quería hablar.

Becca se ruborizó un poco y se odió por ello. Pero a Rosemay le brillaron los ojos.

—Vamos a mi cuarto donde nadie nos escuche. Mandaré a traer galletas.

Huyeron a la habitación como cuando ambas estaban solteras, y solo se tenían una a la otra. Becca le contó de sus conversaciones, y de cómo había optado por darle una oportunidad.

—Una parte de mí siente que me estoy traicionando a mí misma.

—Yo pienso que solo aprendiste que todos cometemos errores, y que a veces algunas personas sí merecen ser perdonadas. Además, por lo que me cuentas, es un hombre que podría entenderte muy bien, hermana.

Becca se encogió de hombros. No quería admitirlo, no aún.

Rose la invitó a cenar y Becca aceptó.

El barón le pareció mucho menos desagradable de lo que recordaba, tal vez porque fruncía menos el ceño y sonreía muy de vez en cuando. Rose actuaba con él como si se sintiera en confianza, y eso le dio a Becca esperanzas de que a veces lo que parecía una desdicha no tenía que ser tal.

Se había hecho muy de noche cuando regresó a casa. Su hermana le ofreció que se quedara a dormir, pero Rebecca rechazó la oferta. Si Patrick no había vuelto todavía, debía estar por hacerlo, y Becca sentía bastante curiosidad por lo que hubiera acontecido esa noche.

Se montó en el carruaje y regresó a casa. En el vestíbulo, el mayordomo le informó que el señor aún no había regresado. Becca les dijo que podían irse a dormir, pues sabía que a Patrick no le importaría. Subió hasta su habitación y tocó la campanilla para que su doncella la ayudara a quitarse el vestido. Había decidido que esperaría a Patrick en la habitación de él, porque si llegaba demasiado tarde a lo mejor no se aventuraba a la de ella.

Cuando abrieron la puerta, Becca ni siquiera se volteó, asumiendo que se trataba de su doncella, a quien a veces se le olvidaba tocar. Sin embargo, cuando se giró para pedirle que la ayudara con el vestido, no encontró a joven vivaracha que llevaba dos años trabajando con ella, sino a un hombre que la apuntaba con una pistola.

Pudo decir en su defensa que no se desmayó, pero debió haberse quedado a dormir en casa de su hermana.

Capítulo 22

Patrick estaba nervioso.

Sentado en la biblioteca del duque de Gritsmore, esperaba que este terminara la conversación que estaba teniendo en el despacho con el hombre que había coordinado el ataque de esa noche.

Si todo había salido bien, no tendría nada más de que preocuparse. Si no... era mejor no pensar en ello.

Empezó a dar golpecitos con el pie por la impaciencia. La reunión había comenzado hacía diez minutos, y lo habían dejado deliberadamente afuera porque Gritsmore no quería que identificara a sus contactos.

Patrick no tenía tiempo para sentirse ofendido. No le importaba nada más que terminar con todo ese problema.

Observó a su madre, que estaba recostada en el sillón frente a él. Parecía relajada, pero Patrick la conocía lo suficiente para saber que también estaba inquieta y, además, molesta por no poder participar en la reunión. Supuso que no era para menos, cuando era su vida la que había estado en juego desde el inicio.

—¿Alguna vez te he pedido perdón, madre? Parece que no hago más que meterte en problemas —dijo con voz cansada.

—No digas tonterías —resoplo Ivory—. Todos cometemos errores.

—Pero no todos los errores te ponen en peligro de muerte.

Ella se encogió de hombros.

—Lo importante, cariño, es haber aprendido por qué se cometió un error. Lo demás carece de relevancia.

Patrick observó a su madre con una pequeña sonrisa. A veces sentía que no la había valorado lo suficiente.

—¿Eres feliz, madre?

—Claro que lo soy. Creo que te empeñas en pensar que no porque te gusta castigarte con eso, pero Víctor es un buen esposo, e intenta ser un buen padre. A veces sale algo bueno de las desgracias, ¿no lo crees?

Patrick asintió.

—¿Te ha perdonado tu esposa?

—Creo que está en proceso de hacerlo.

—Pienso que es la clase de mujer que necesitas —dijo, pensativa—, no te dejará cometer más tonterías. Cuídala y, en cuanto esto termine, sé feliz. Yo lo soy. No te castigues por siempre por un error que ya rectificaste.

Sí, Patrick suponía que eso era lo que había estado haciendo. No permitirse olvidar era una forma también de no volver a caer en lo mismo.

Su madre le sonrió y él le devolvió la sonrisa.

A lo mejor por fin podría estar en paz.

Gritsmore ocupó ese momento para entrar. Siempre había sido difícil leerle los pensamientos, por lo que Patrick no pudo sacar nada de su mal encarado semblante.

—Será mejor que regrese a casa —le dijo a Patrick sin alterarse—, y cuida bien a tu mujer.

Patrick se tensó.

—¿Qué diablos pasó?

—Logramos hacer la emboscada, acabamos con la mayoría de la banda, pero Johnny escapó. Nadie está seguro hasta que no lo localicemos. Estoy trabajando en ello.

—Me esperan otras semanas de encierro —dijo Ivory con dramatismo—. ¡Qué triste!

Gritsmore le dirigió una mirada fúrica, pero Ivory, fiel a su carácter, se limitó a sonreír.

Patrick no necesitó más explicaciones. Guiado por un mal presentimiento, se levantó del sofá y caminó a la salida.

Durante todo el trayecto, fue incapaz de controlar los nervios que le atenazaban. No tenía que haber pasado nada, seguramente Becca estaba en su habitación, esperando con impaciencia que él regresara para que le diera los detalles de la misión. Eran pocas las posibilidades de que Johnny se hubiera logrado infiltrar a su casa sin ayuda, pero lograba quitarse de la cabeza el mal presentimiento.

Cuando llegó a la mansión, esta estaba extrañamente silenciosa.

«Debe de haberle pedido a los criados que se fueran a dormir», se dijo. Subió las escaleras con rapidez, sintiendo que el corazón

amenazaba con salirse del pecho. Intentó convencerse de que no pasaba nada, pero no se tranquilizaría hasta ver a Becca.

Cuando llegó a su habitación, no se molestó en tocar la puerta. Abrió, y la imagen que encontró lo dejó paralizado. La doncella de Becca estaba tirada en una esquina de la habitación, inconsciente. Becca estaba atada en la silla del tocador, su y Johnny apuntaba un arma a su cabeza.

—Estoy bien —le dijo esta.

Se podía decir en su favor que estaba manteniendo bien la calma, pero Patrick no podría tener tanto autocontrol.

Verla en tal estado de vulnerabilidad estaba a punto de desquiciado.

—No lo estará por mucho tiempo si no me colaboras, Middleton.

—Ella no tiene nada que ver en esto, Johnny.

—Es verdad, dijiste que te casaste con ella por su dinero. Sin embargo, algo te debe importar, porque pareces bastante preocupado.

Patrick prefirió guardar silencio. Cualquier paso en falso en ese momento era peligroso para Becca. La observó, estaba tranquila, o lo aparentaba muy bien.

—Te dije que, si yo caía, alguno de los tuyos caería también.

Patrick se maldijo por no haber puesto más seguridad en su propia casa. Había algunos hombres del duque vigilándola, pero al parecer no suficientes.

—Déjala y podrás marcharte en paz.

—Un trato poco conveniente para mí, puesto que los hombres del duque han saqueado mi negocio, se han llevado parte del dinero que me entregaste y me han dejado sin gente de confianza.

Patrick desconocía ese detalle, pero no le extrañaba. No había nada que el duque detestase más que alguien se llevara un dinero que no se había ganado.

—Te puedo dar más dinero. Para eso estás aquí, ¿no?

—Estoy aquí para vengarme. Quiero que veas como te quito algo que quieres.

Acercó el arma a la cabeza de Becca, y Patrick sintió que se le iba el aire. Johnny sonrió. Lo disfrutaba, y mucho.

—Sé que no voy a vivir mucho tiempo —continuó—. Quizás pequé de ambicioso confiándome, pidiéndome más dinero. De verdad creí que tenía control, y el descuido me costó caro. Pero resarciré mi error y al menos me iré con el consuelo de que vengué a mi padre.

Quitó el seguro del arma y apuntó directo a Becca.

—¡No! —gritó Patrick.

Johnny no le prestó atención.

—Vaya que eres idiota.

El comentario vino de Becca, quien fijó sus penetrantes ojos verdes en la pistola que la apuntaba como si esta no fuera más que un juguete. Patrick supuso que cada persona reaccionaba distinto cuando estaba al borde de la muerte, y Becca actuaba como ella misma: siendo impertinente y arriesgada.

—Rechazas la oportunidad de marcharte vivo y con dinero, solo por el placer de cobrar una venganza. Ni siquiera yo me he dejado cegar tanto por el rencor.

—Becca... —dijo Patrick, temiendo que ella empeorase todo.

Pero Rebecca sentía que no tenía nada de perder.

Hasta el momento, se sentía orgullosa de la forma en que había mantenido la calma, a pesar de que no sabía si su doncella seguía viva, y de que su misma vida peligraba bastante. Había intentado mantenerse en lo posible tranquila, pues sabía que el miedo era lo que alimentaba a personas como él, y ya su esposo estaba evidenciando bastante.

Puesto que el hombre que tenía la pistola no se veía dispuesto a negociar, Becca se dijo que habría que probar otras técnicas.

—Pero no me extraña viniendo de alguien sin honor.

Jonh le dedicó una sonrisa torcida.

—Hablas mucho para estar atada a una silla.

—Y usted es un cobarde —espetó—. Me amenaza porque es la única manera que tiene de sentirse superior, nunca ha ganado nada en su vida. Creía que podía chantajear indefinidamente a un conde, ahora sabe que no, y se dio cuenta que ni siquiera es lo suficientemente listo para eso.

Patrick quería ahorcarla. ¿Qué estaba haciendo esa muchacha inconsciente?

Johnny se inclinó hacia ella, sus ojos brillando con una amenaza peligroso.

—¿Qué pretendes, niña? ¿Hacerme sentir mal? No me conoces ni sabes lo que he logrado.

—Soy de las que opina que si no se logra nada de forma honesta, en realidad no se logra nada. Cualquiera puede hacer dinero engañando y chantajeando, y más si otros hacen el trabajo sucio. Apuesto a que ni siquiera es capaz de ganar una partida sin hacer trampas, no tiene la inteligencia para eso.

Johnny apretó los labios. Patrick dio un paso hacia ellos, pero Johnny alzó la pistola y lo apuntó.

—Al parecer te has conseguido una joyita de esposa, Middleton. No puedes decir que no es lista. Me estás intentando provocar, ¿no? ¿Crees que voy a caer?

—Usted lo ve como provocación, yo como una verdad que no quiere aceptar. ¿Ha ganado alguna vez un juego sin trampas? ¿Sabe siquiera lo que es el dinero lícito?

—En los bajos fondos hay otras reglas.

—Supongo que eso es un no. A mí me daría vergüenza enorgullecerme de quitarle dinero a quienes al menos se molestan en pagar impuestos. Seguramente no sabe ni siquiera lo que es esforzarse.

—¡Basta! ¿Por qué no dices claramente lo que pretendes?

—Un juego, una apuesta. Si nosotros ganamos, se marchará y nos dejará en paz. Si usted gana, se habrá ganado el derecho de cobrar su venganza. Ya nos quitó mucho dinero de manera sucia, podría concedernos eso. A menos que no tenga ni un poco de fe en sus habilidades.

Johnny se carcajeó.

—Estoy tentada de dejarla ir solo porque ya tenerla como esposa debe ser un infierno. Pero admito que me hace una propuesta tentadora, no porque necesite demostrar algo, sino por su confianza. ¿Tienes mucha fe en que ganarán? ¿No te dijeron la reputación que tenía tu esposo en el juego?

A Patrick tampoco le parecía una buena idea, y no sabía qué pretendía con ella con todo eso.

—Yo confío en él —dijo, segura.

Una fe muy tonta.

—No tengo ningún mazo aquí —Interrumpió Patrick, sin saber cómo tomarse ese absurda.

La sola mención de jugar hacía que su cuerpo se pusiera en alerta. Contenía la respiración, las manos amenazaban con temblarle y sudaba. No, él no podía jugar. Salía mejor que lo hiciera Becca, pero dudaba que él se atreviese a desatarla, pues, por un breve instante, dos personas contra una no le era conveniente.

Johnny metió una mano en su bolsillo y sacó un mazo de cartas.

—Siempre cargo uno a la mano.

—¿Y cómo sé que no está truqueado?

—Revísalo por ti mismo.

Le tiró el mazó y Patrick lo atrapó en el aire. Mientras sacaba las cartas y veía los familiares dibujos, su corazón se aceleró. ¿Podía hacer eso?

No estaba seguro.

Observó a Becca, quien asintió, confiada.

Se habría sentido alegre de que le tuviera tanta fe si la situación no fuera tan delicada.

—¿Piquet? —propuso Johnny.

Patrick asintió.

—¿Por qué no arrimas entonces esa mesa y comenzamos?

Se refería a la pequeña mesa de centro que acompañaba a las dos butacas que estaban frente a la chimenea. Patrick la rodó hasta donde estaba Johnny, e hizo lo mismo con las butacas. Johnny se aseguró de mover a Becca a su lado para siempre tenerla a tiro de ser necesario.

—Baraja tú —ofreció Johnny—. No quiero que la dama piense que hago trampa.

Patrick inició descartando las cartas que no se usarían. Cuando tuvo el mazo listo, lo barajeó con manos temblorosas.

No se sentía orgulloso de sí mismo en ese momento. En otra época, quizás el frenesí del juego lo hubiera instado a actuar con una seguridad que no merecía, pero tantos años de pérdidas había

convertido las cartas no en un entretenimiento, sino en una fuente de desdicha.

Intentó no fijar la vista en Becca, porque verla amarrada no ayudaría a sus nervios. No fue capaz de barajar, así que decidió arriesgarse y le tendió las cartas a Johnny.

—Mejor hazlo tú.

Era peligroso, pero le daba otras ventajas. Johnny repartió.

—¿Quién va a llevar la cuenta?

—Yo —se ofreció Becca, demasiado calmada para tener las manos atadas—. Tengo buena memoria —replicó—. Si no confía en mí, cuente usted en su mente también.

Patrick examinó sus doce cartas con calma. Había varias que podían funcionar, o eso esperaba.

—Descarto tres —dijo mientras sacaba unas cuantas cartas de su mazo y las cambiaba por las que estaban en la reserva.

Johnny lo observó fijamente. El picket era un juego de lógica. Debía estar averiguando qué tan bueno era su mazo de acuerdo a cuántas cartas Patrick había descartado. Este, por su lado, empezó a contar en silencio.

De acuerdo a las nuevas cartas, y tomando en cuenta las que había descartado, su rival debía tener un buen número del palo de corazones, y quizás del de diamantes.

—Point de seis —anunció Patrick.

—Bueno —gruñó

Le hizo un gesto a Becca. Seis puntos para Patrick.

—Secuencia de cuatro —dijo Patrick

Su rival sonrío.

—Secuencia de cinco.

A partir de ese momento, todo se puso tenso. Patrick cantó un tío de reyes y Johnny uno de reinas. Nueve puntos contra quince. Comenzó mal.

Empezó la primera ronda de bazas.

Patrick intentó en lo posible estar centrado en el juego, pero los nervios de ver a Becca atada le dificultaban el conteo. Johnny veía su miedo. Atacaba y Patrick jugaba a la defensiva. Tras la primera ronda, Johnny había ganado siete de las doce bazas.

—Porque no nos dices el conteo, preciosa.

—Quince sobre treinta a su favor —respondió Becca, malhumorada.

Patrick se dijo que no podía perder la esperanza. Aún quedaban varias manos por jugar.

Iniciaron la segunda ronda.

Quedaron cuarenta y tres contras treinta y cinco a favor de Johnny

Sus esperanzas empezaron a menguar cuando en la quinta ronda, Johnny cantó un Point de seis que Patrick no pudo superar, no le habían tocado buenas cartas. La secuencia logró levantarlo, pero John volvió a tener ventaja en los tríos. Si ganaba las bazas, el juego sería suyo.

Patrick empezó a pensar con rapidez. De vez en cuando, fijaba su vista en Becca. Seguía sentada, aparentemente tranquila, Pero Patrick la conocía lo suficiente para saber que tramaba algo.

—Yo confío en ti —dijo ella, con una sonrisa.

—Qué tórtolos tan idiotas —comentó Johnny, descartando con descuido tres cartas.

Patrick analizó el juego. Él se veía confiado, pero ese podía ser su mayor desventaja.

Se obligó a respirar hondo y concentrarse. Las manos aún le temblaban, sentía que tenía la camisa empapada de sudor y que podía desmayarse de lo rápido que le latía el corazón. Esa ronda era la decisiva, estaba seguro.

Por un momento, se sintió de nuevo en los antiguos salones de juegos. Las apuestas rodaban por la mesa, y la necesidad de ganar le nublaba el juicio.

Tenía de nuevo esa necesidad, porque si perdía, no sería dinero, sino algo mil veces más valioso e irrecuperable: a Becca.

«Cálmate, Patrick»

Su error siempre había entrado en pánico, y no podía permitírselo.

Eligió con cuidado que cartas descartar, viendo cuáles tenían más posibilidades de hacerlo ganador. Tomó lo que quedaba de la reserva y lo miró con la mente fría.

¿Podría funcionar?

Quizás.

—Point de seis —dijo Johnny, con orgullo.

—Siete —replicó Patrick.

Y ahí fue cuando su sonrisa se borró. El marcador estaba en noventa contra ochenta y cuatro. Patrick necesitaba dieciocho puntos para ganar, y evitar que Johnny obtuviera los diez que le faltaban.

—Secuencia de tres.

—Secuencia de cuatro.

Lo escuchó maldecir.

—Trío de Ases.

—Reyes.

Se tranquilizó un poco, pero no demasiado. Aún le faltaban siete puntos.

Patrick empezó a atacar.

Dedujo mentalmente las cartas que tenía Johnny, y lanzó cada carta con cuidado.

El rostro de su rival se contraía ante cada baza perdida, y llegada la última, por fin se dio cuenta que Patrick había ganado.

Lazó un diez de tréboles.

Y Patrick es As que faltaba.

Había ganado ocho bazas, y los diez puntos que venían con esta.

Su rival esbozó una sonrisa cruel. Con una mirada cansada, dejó las cartas sobre la mesa y tomó el arma que había estado descansando en su regazo.

—Por esta razón nunca se juega limpio. Sé que hicimos una apuesta, Middleton, pero si creíste que la iba a cumplir, fuente muy ilusa.

—Creo que el iluso fue otro —dijo Becca en voz baja.

Johnny se giró hacia ella, quien ya no estaba en la silla, sino atrás de él. La sorpresa y el momento de duda fue crucial para que Patrick se le

—Becca, vete —le gritó Patrick.

Ella lo ignoró. Sus ojos buscaron con rapidez algo que pudiera serle de utilidad, y dieron con el atizador de la chimenea. Sin

dudarlo, lo tomó y golpeó con fuerza la espalda del hombre que estaba distraído intentando mantener la pistola.

El arma se disparó y cayó al suelo después de que Johnny perdiera el equilibrio por el golpe, que también le había alcanzado parte de la cabeza.

Quedó inconsciente.

—¿Te has vuelto loca? —le reclamó Patrick.

—De nada —siseó ella, y se acercó a su doncella.

Entre la tensión del momento, Patrick no se dio cuenta de que se había despertado. La joven estaba acurrucada en una equina, sollozando en silencio y temblando.

—Lo has hecho muy bien, Lily —murmuró Becca ayudándola a ponerla de pie—. Ella me desató.

—¿Cómo?

—Pues ustedes los hombres son un tanto egocéntricos, ¿sabes? Estaban tan centrados en el juego que no vieron que Lily estaba despertando. Yo lo noté cuando empezó a amenazarnos, y me comuniqué con ella por la mirada. Es una joven lista, me entendió. Pero necesitaba ganar tiempo.

—Por eso propusiste el juego.

—Nunca fui tan idiota para creer que cumpliría su palabra —dijo, encogiéndose de hombros—. Tampoco te habría hecho pasar por eso de no ser necesario, pero si te sirve de algo, lo has hecho muy bien.

De no estar tan agotado, Patrick se habría reído del tono que empleó, era como una madre condescendiente que le decía a su hijo que sus garabatos eran una obra de arte.

Ambos miraron el cuerpo de Johnny.

Patrick se acercó con cautela. Estaba vivo.

—¿Qué vamos a hacer con él? —preguntó Becca.

La respuesta se materializó en ese instante en la puerta. El duque de Gritsmore, malhumorado, entró a la habitación con el semblante de alguien que quería estar en cualquier otro lado.

—¿Está muerto? —preguntó.

Patrick negó con la cabeza. Entonces, el duque hizo una pregunta propia de alguien sin sentimientos:

—¿Y por qué no?

—¿Qué haces aquí? —inquirió Patrick, cansado.

—Poco después de que te fuiste, me informaron que alguien lo había visto por esta zona. No fue difícil deducir a dónde venía. ¿Qué ha pasado?

Patrick le hizo un breve resumen de lo ocurrido, y Becca acotó:

—Patrick luchó con él por el arma.

—Y Becca lo golpeó con un atizador.

Él miró a uno y luego al otro. Sus ojos con brillaron con una emoción difícil de identificar, pero que se asemejaba al orgullo.

—Un equipo interesante. —Miró a Patrick con burla—. Y pensar que protestaste tanto por tener que convenirla en su esposa de esa manera. Hubiera sido permisivo y dejar que te tomaras el tiempo de cortejarla y aún estarían en proceso.

Patrick abrió los ojos por la sorpresa. No, no estaba insinuando que...

—¡Lo acorraló para obligarlo a forzar el matrimonio! —acusó Becca.

Gritsmore se encogió de hombros.

—Mis hombres están abajo. ¿Quieren que me deshaga del cuerpo o se lo quedan de recuerdo?

La doncella tuvo una arcada ante ese comentario y Patrick sugirió que todos salieran de la habitación. Temía que Becca se lanzase sobre el duque.

Dejaron a Lily en su cuarto, a cargo de una somnolienta ama de llaves, y ellos fueron a refugiarse al de Patrick.

—Ahora mi habitación quedará oliendo a sangre —dijo Becca con desagrado mientras se dejaba caer en la cama—. No puedo volver a quejarme de que tengo una vida muy aburrida.

—Perdóname, Becca. Yo...

Ella hizo un gesto con la mano para que se detuviera.

—No fue tu culpa. Es decir, sí, lo fue, pero no tu intención, que es lo que realmente importa. ¿Estás bien?

Patrick soltó una risa nerviosa.

—A ti es a la que te tuvieron atada en una silla, con un arma apuntándote, ¿y me preguntar si estoy bien?

—Bueno, yo...

Él le tomó la cara entre las manos y le robó un beso.

No fue suave, sino intenso. Quería sentirla, quería saber que estaba bien. Becca lo supo, y por eso le devolvió el beso con el mismo ímpetu.

—Fue la peor noche de mi vida, si te hubiera pasado algo, no me lo habría perdonado.

—No me pasó nada —dijo con tranquilidad.

—Te amo —confesó. Ante su perplejidad, añadió—: No tienes que decirme lo mismo si no lo sientes, no me importa. Solo quiero que lo sepas. Amo a esa mujer que no le tiene miedo a nada, a la que replica, la que decide que es mejor vestirse cómoda. Tenemos toda una vida por delante, Becca. Y me esforzaré hasta el final porque así sea

—No creo que sea necesario —murmuró ella.

Se acurrucó en una esquina de la cama y se abrazó las rodillas.

Observó hacia la ventana. Era de noche. Y pudo haber sido su última noche.

Acababa de caer en la cuenta de ello.

—Cuando te apuntan con una pistola, de repente entiendes que la vida es muy corta para guardar rencores, o para ser orgulloso —dijo, con una pequeña sonrisa—. Creo que desde te conocí, supe que eras la clase de hombre que podría tolerar toda una vida, pero tenía miedo de admitirlo. Creo que me enamoré de ti desde nuestra primera conversación en el jardín, o quizás cuando nos escapamos de la mascarada. ¿Importa? Me había enamorado de ti cuando forzaste el matrimonio, y por eso me dolió tanto. Pero ya no es relevante, sobre todo porque hubo otras intervenciones —dijo con resquemor. Al parecer, había una nueva víctima para su rencor—. Tal vez me cueste un poco olvidar todo esto, pero dije que lo iba a intentar, y es verdad. Creo que puede valer la pena.

—Lo valdrá. Te juro que lo valdrá.

Volvió a besarla, esta vez con suavidad, cariño. Becca se acurrucó entre sus brazos, y, por primera vez en su vida, ninguno de los dos temió al futuro o la monotonía, porque sentían que estaban donde debían estar.

Epílogo

Cuatro años después.

Becca miró el libro de cuentas que tenía frente a sí y, aunque siempre había tenido un don para los números, en ese momento los odió.

—Son demasiadas cosas —siseó con tono lastimero y cerró con tono fastidiado el libro.

El problema no era que fuera difícil, el detalle era que ocupaba demasiado tiempo y precisión. Por eso, los lores preferían contratar un administrado que hacerse cargo ellos mismos.

Becca estaba tentada de volver a ese sistema.

—¿Necesitas ayuda?

Estaba sentado frente al escritorio de su despacho, uno que Becca se había usurpado apenas había conocido la casa de campo.

Extendió el libro hacia él.

—Creo que me retiro por hoy.

Pero al día siguiente, volvería a tomarlo, porque administrar los gastos se había convertido en un propósito entretenido.

Al principio había sido difícil, muchos detalles para los que no estaba preparada, demasiadas cosas que tomar en cuenta, pero entre los dos lo habían estado llevando bien, y eso le gustaba. Él no la reprendía si había un error, y ella tampoco se ensañaba por eso, se habían limitado a trabajar juntos para no quebrar.

Era lindo.

Él observó el libro de cuentas por unos segundos antes de cerrarlo.

—No hay nada que no pueda esperar hasta mañana. ¿Cenamos?

Ella asintió. Tenía un hambre atroz, y eso le recordó que tenía que decirle algo.

—Creo que estoy embarazada. Bueno, no, no lo creo. Estoy segura. Hoy vino el médico y lo confirmó.

Patrick agradeció estar sentado.

—No podía funcionar toda la vida, supongo —dijo, manteniendo en lo posible la calma—. ¿Cómo te sientes?

Becca no estaba segura de ello. Aún procesaba la noticia. Sin embargo, no sentía la inquietud que la idea le provocaba hacía unos años. Al contrario, veía la idea incluso con cierta ilusión. Ella y Patrick habían vivido muchos momentos lindos juntos, quizás sí había llegado el momento de tener más compañía.

—Yo... bueno, supongo que no es un mal momento para intentarlo. ¿Tú qué piensas?

Él lo meditó.

No se había esperado la noticia, pero tener niños nunca fue una idea que le desagradó. Si había un momento de su vida en que creía que podría ser buen padre, era ese. Había abandonado poco a poco su pasado y su situación económica no era mala.

—Creo que podemos hacerlo bien.

Ella le sonrió.

—O muy mal.

—Creo que puede sobrevivir.

Ambos se rieron.

—Entonces, ¿no iremos a Londres esta temporada?

No sería la primera vez que se quedaran en el campo. El año anterior ambos estuvieron de acuerdo en que no era necesario soportar fiestas y veladas obligatorias sin ninguna razón, y pasaron buenos momentos en el pueblo.

—Tal vez dos o tres meses, antes de que se note.

—¿Te importaría que se notase?

—No, pero no tendría humor para aguantar a quien dijese que es de mal gusto.

—Entonces, ¿por qué quieres ir?

—Hattie me escribió. Dice que Alison no se siente bien. Está triste, casi no sale. Creo que ha caído en la cuenta de que no es un buen partido. Hattie piensa que si Rose y yo vamos, tal vez se anime un poco.

Su hermana había sido presentada en sociedad hacía dos años y eran pocos, por no decir ninguno, los pretendientes decentes que se

habían acercado a ella. Enferma como estaba, los hombres veían más un problema que una ventaja.

—¿No ha intentado tu hermano arreglarle un matrimonio?

—Ray no es de esos. Creo que prefiere ver a Alison soltera y bajo su cargo, que cargar con la culpa de casarla con alguien malo.

—Yo creo que puede encontrar a alguien. Después de todo, las hermanas Astor tienen fama de conseguir pretendientes de la manera más inesperada posible.

—Y hemos tenido suerte —apoyó Rebecca—. Dentro de lo que cabe.

Ante su broma, él se acercó a ella con pasos de depredador.

—Yo sé que he sido un hombre muy afortunado. Por primera vez, creo que jugué bien mis cartas.

—Yo creo que hiciste trampa —respondió ella alzando la cabeza hasta que estas estuvieron solo a un palmo de distancia.

—Tal vez, pero funcionó. Era para un bien mayor.

—Espero que no te acostumbres.

—No. Uno no tienta la suerte tantas veces, lo aprendí a la mala. He sido afortunado, y estoy dispuesto a demostrar que tu también lo has sido.

La besó. Pero lo que no sabía Patrick era que Becca no necesitaba que le demostrase nada. Ella ya lo sabía.

Estaba más que convencida.
